

# El Ángel del Árbol

En las Tierras  
del Viento



Luis Felipe Cáceres Vizcarra

Lectulandia

La guerra a cobrado muchas vidas, el licor de la esperanza se ha derramado, pero una posibilidad brilla en medio de la oscuridad, un error y todo habrá acabado...

**Lectulandia**

Luis Felipe Cáceres Vizcarra

# **El ángel del árbol en las Tierras del Viento**

**El ángel del árbol-2**

ePub r1.0

Titivillus 22.07.2017

Luis Felipe Cáceres Vizcarra, 2016

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Con suave ternura la emoción dibujada en una sonrisa viene a ser la mayor inspiración para continuar una travesía que no se detiene y que se fortalece en la dulzura de una palabra. Gracias Mamita.

La magia es creer, el poder su producto. El poder es voluntad, la magia su realización. Uno no existe sin el otro y juntos son tres, ya que lo imposible se hace posible.



## Prólogo

Crear no es lo mismo que conocer, solemos vivir en la comodidad de las creencias que nos brindan cobijo y seguridad mientras nuestros deseos se van realizando, pero en el momento exacto que nuestros anhelos dejan de cumplirse nos transformamos y dejamos de creer; cómodos en nuestra existencia hemos dejado de buscar, pues ya ni siquiera anhelamos encontrarnos, tal vez en la ironía de la ficción podamos descubrir el vestigio de nuestra misión o por lo menos dar amparo a la imaginación que es divina para cobijar en un breve descanso a la razón, que ya se atormenta durante el día.

Sentirnos acompañados y a gusto con nosotros mismos es la forma contradictoria y misteriosa de empezar a amar, puesto que este sentimiento nace en el interior y es reflejado al exterior; sentimiento que es muchas veces confundido por una obsesión que dura solo la llama imprecisa de una pasión. Escribir esta obra ha sido una gran compañía y todo lo que es grato se debe compartir ya que al final nada es nuestro, solo la emoción que usa el medio para ayudarnos a crecer.

Los invito a acompañarnos a través de esta novela que no es más que la continuación de una primera emoción.

## Una nueva tentación



Dicen que el Bardok perdió la cordura al final de la guerra y que es por ello que grita sin cesar, su llanto se asemeja a la más pura tristeza, pero el error está en que no saben entender «el suplicio de la ira callada».

Mientras los festejos se elevaban al cielo, unas cuantas miradas se cruzaron incrédulas mientras disimulaban la dicha de la victoria, la cual a hurtadillas esperaba paciente a que los corazones agobiados por la proeza dejaran de rugir y así al fin poder reaccionar. Pero solo un corazón dejó escapar a la dicha, pues la maldición se había ido, y no por el exterminio causado, sino por la osadía entregada al sacrificio que buscaba un nuevo inicio.

Los Yabel ganaron la guerra, pero estaban a punto de perder la victoria a pesar de que la algarabía en engaño rasgaba el cielo en todo su esplendor... Solo un grito bastó, el grito del rey repudiado junto al desate de su locura: «¡No está!». «¡La esencia de mi hermano no está!». Palabras ilógicas para aquellos que derraman y beben la sangre, infundadas para los que se alzan al frenesí y absurdas para los presos de la razón. Pero lo que el Bardok gritaba era ignorado y hasta el mismo Zandar sugirió que se cuidara de la locura.

—Mi victoria se dibuja ante mis ojos, no escucharé el lamento de lo inexistente. Acéptalo, tu hermano ha muerto, ahora solo hay un rey natural y ese eres tú, así que actúa como tal —refunfuñaba Zandar al sentir que se escapaba de su pecho el festejo de todo un sueño realizado, luego sin dejar de sonreír y abrazado de su intuición miró al Bardok y con su mente preguntó—: ¡Explícate!

—Mi esencia es luz, la luz regresa a su origen para luego volver a ser luz, en mi raza no hay muerte, sino solo el giro de un nuevo inicio, las vidas no se pierden solo se redirigen y sin mi guía para mostrarles el camino solo tu plaga volverá a brotar. La esencia de mi hermano es el vórtice de energía de un nuevo origen. Su sacrificio guardó las vidas sin dejarme ninguna, su esencia no está, su esencia se aleja y



mientras la sorpresa nos inmovilizaba él junto a nuestra victoria se escapa.

El rostro de Zandar se tergiversó y hasta se pudo ver sus mejillas temblar, pero cuando estuvo a punto de desatar su frustración, con la intención de aplastar las asquintas sonrisas de la ignorancia, una fuerza conocida que se elevaba al infinito se posó en su hombro desatando el halago en medio de la falacia.

—Bien hecho, hijo mío... —De inmediato las risas se convirtieron en loas, así como la alegría en fascinación y paulatinamente empezó a regir el silencio por el temor de ofender al nuevo visitante.

—¡Padre! ¿Qué haces aquí? —Era evidente el desconcierto, y ya el corazón acallado y torturado por el silencio se debatía ante la ironía de su sueño envenenado en el fracaso.

—¿Preguntas qué hago aquí?, las siete casas de los Yabel comentan y festejan tu victoria, ha sido una larga jornada en la que tu dedicación por conseguir tu meta ha forjado el templo de fuego en tu interior, fortaleza que caracteriza a los Yabel. Has demostrado ser un hijo predilecto y ahora ya no espero tu visita, pues me complace recorrer el camino para visitarte. Has ganado tu guerra y mi orgullo ha despertado por ti.

Palabras añoradas que sin el néctar de la verdad caían como un pacto amargo en el recipiente mal fundido.

*«La verdad es un acto doloroso que brinda alivio continuo, apaciguando a los demonios de la mente para que dejen en paz al espíritu adolorido».*

—Padre, tus palabras son melodía que se convierten en un deseo realizado, tu visita es inspiración para un hijo olvidado, pero el merecimiento de tan maravilloso agasajo es aún una utopía inmerecida... Me parte el alma no ser digno de tu halago, pero sería un suplicio mayor aceptarlo sin haber conseguido nada, mi guerra continúa, mi guerra ha escapado, mis guerreros festejan porque ignoran... Estuve a punto de silenciarlos, pero merecen algo de regocijo. Puedes decepcionarte, si es lo que sientes, pero no viviré aferrado a una mentira. Soy el Yabel de la tenacidad, ese es el apodo que brotó tras las burlas de mi cruzada y no me convertiré en un mentiroso solo para complacer mi idolatría.

Sus palabras sorprendieron al soberano Galios, rey de los fuegos, su sorprendida mirada abocó una reacción inesperada y mientras Zandar esperaba el impropio acompañado de la ira disfrazada como burla, solo la satisfacción de una sonrisa le mostraría lo contrario, al dibujarse de forma fugaz, siendo reemplazada de inmediato por la mirada incrédula de ver a un hijo impulsivo convertido en un futuro rey.

—Tus palabras son música para mis oídos, tu sinceridad me ha conmovido —sonrió como hace mucho no lo hacía y le entregó un anillo ostentoso cuyo sello real, del espíritu que arde, yacía grabado en su interior—. Hijo mío, termina tu cruzada y regresa a casa antes del eclipse del solsticio sagrado de Agnaruk, porta el anillo y reclama tu derecho de ser el nuevo rey o al menos a intentarlo —rio con fuerza dando un paso hacia atrás y entre susurros agregó—: «Será un torneo interesante» —dicho

eso, los caballos alados del infierno que arrastraban la carroza del temible rey bajaron, logrando capturar la atención de los atónitos espectadores y plagándolos de fascinación relincharon para luego alejarse llevando consigo a Galios, el rey Yabel.

—Mocdry, he estado tan absorto en esta guerra que el tiempo ha pasado como un parpadeo —habló con firmeza Zandar, mientras contemplaba el anillo portador del sello real—. Por primera vez he sido reconocido, la maldición se ha alejado de mí y mi poder fluye libremente, tantos años en guerra han dado fruto. Seguir mis afinidades han trazado una ruta directa hacia mi realización, ¡festeja Mocdry!, ¡festejen, que su lord pronto será rey!

*«Las afinidades son pruebas y/o enseñanzas que pulen el espíritu dejando a la luz mostrar el camino por recorrer».*

Setecientos años... mi padre ha cometido un error, sé que sus espías han estado siempre cerca, pero ni yo mismo conozco mi poder libre de la maldición...

Mocdry no tardó en dejar que la fiesta se apoderara de él, se unió a los bailes, pero pronto quedó atrapado por el sabor de la cerveza de miel que había sido adquirido en los saqueos de los refugios Liliums y mientras se dejaba llevar por la felicidad engañosa del adormecimiento vio llegar a los Tantros, guerreros de los más altos rangos de los Yabel y por un instante la rúbrica de la cruz de espinas de uno de los Tantros sacudió sus entrañas, pero el peso del adormecimiento lo mantuvo preso de una posible reacción llevándolo a la comodidad del sueño en el suelo; dejándolo a merced de las burlas y del paraíso del exceso en la inmundicia.

La música se oía menguada por las risas y gruñidos, y los pasos en falso se convirtieron en pan del día. Algunas grescas aumentaban la algarabía, mientras que el caminar errático de algunos despistados dejaba marcas en el General que yacía privado.

Pronto el bullicio encontraría refugio; a medida que las horas pasaban, los Fungals, Fangars y Fungars disfrutaban y aunque lo que realmente festejaban era la partida de los suyos y su supervivencia, la falsa victoria creaba la tapadera del sollozo reprimido, por la esclavitud descubierta, al haber sido liberados de la maldición.

Sensaciones encontradas y remordimientos de los que abrían los ojos hacia su propia voluntad, desesperación por buscar de nuevo el silencio, quietud que la cerveza de miel no lograría brotar; las risas fueron callando y el dolor en sus pechos aumentando, mientras que la negación de esas nuevas sensaciones solo lograba reafirmar con mayor fuerza la realidad de su existencia. El vacío incalculable y profundo era calmado por las rizas forzadas y el alcohol, pero el desbarajuste en sus almas se asemejaba más al abismo. La naturaleza despertaba de su letargo y la ausencia de la maldición creaba un nuevo tormento en la verdad.

*«La verdad es el veneno de los actos en inconciencia, así también la verdad intolerante es destructora de la verdad».*

La necesidad de guardar silencio se comparaba a las consecuencias que la traición acarrearía, dejando el peso de las sensaciones en una completa confusión.

Shelac, mano derecha de Mocdry, no aguantó más al ver el silencioso sufrimiento y aprovechando la suavidad de la madrugada junto a sus guerreros escapó; pronto otros grupos siguieron su ejemplo hasta que el campamento fue quedándose desierto, dejando a las almas manchadas, que inclusive sin la maldición no despertarían más.

Era tiempo de que los Fungals encontraran su sendero; muchas almas fueron soltadas y otras sujetadas con mayor fuerza, ya sea por el temor de abandonar el hábito ante un cambio o por el verdadero placer de matar.

Los Ugur's cantarían como la verdad arrebataría el arma del corazón de los malditos. Y esos malditos eran los Fungals quienes al no poder sostener las consecuencias de la guerra se escabulleron para seguir su verdad.

Zandar presenció extrañado durante un corto tiempo, pero muy en el fondo sabía que su ejército era la vil mentira nutrida por la maldición y que sin esta los perdería, «el calvario de la libertad es muchas veces la soledad», se repetía constantemente y lo hizo desde un inicio para prepararse a ese momento. Se iba quedando solo otra vez o al menos descubriría a los fieles de su jornada, compañía deliciosa con la que le encantaría compartir. «Un rey merece conocer la lealtad» pensaba, mientras la incertidumbre de quedar completamente abandonado envenenaba con dudas el orgullo desatado, suspiró profundamente mientras controlaba un temblor helado en sus entrañas, luego giró para atender a los inesperados visitantes.

—Lord Zandar, los Tantros te saludan... —los recién llegados colocaron el puño derecho a la altura del hombro izquierdo e inclinándose levemente completaron el saludo.

—No es necesario tanto protocolo frente a mí —dijo Zandar, mientras respondía al elegante saludo con la misma cortesía—. Sean bienvenidos —quiso completar la frase con: «a lo que queda de mi hogar», pero se contuvo audazmente—, ¿qué buscan Tantros, en estas tierras lejanas?

—Sus proezas y en especial esta última batalla han desatado el fuego en los siete reinos de la familia real y no hay lugar donde su nombre no se alce hasta el cielo, nosotros los Tantros estamos conmovidos y deseamos unirnos a su cruzada.

Zandar contempló la voluntad ardiente de los Tantros y se impactó ante la ferviente decisión. Dudó de lo que sus ojos veían y los puso a prueba.

—Mi jornada es muerte, mi jornada es destrucción y no garantizo la gloria... ¿Ustedes darían su vida a la locura? —Prestó especial atención al atisbo del arrepentimiento, pero solo logró confirmar el más puro fervor.

—Somos Tantros, generales y élite entre los guerreros, hemos forjado nuestro nombre en la guerra y solo vivimos para ello. La locura da sentido a nuestra vida —esbozaron una media sonrisa, evocando recuerdos del pasado y mientras lo hacían sus ojos se llenaron de una macabra luz.

—Si eso es lo que buscan, eso es lo que encontrarán junto a mí. Sean bienvenidos y descansen, que apenas descubra hacia donde huye o se esconde mi enemigo partiremos.

En ese momento uno de los Tantros dio un paso adelante. Sus pesadas prendas combinadas con su presencia reflejaron la fiereza consumida en serenidad gracias a las innumerables batallas, y sin titubeos aseveró:

—Permítame ayudarlo... —entonces sacó una cruz cubierta de espinas, de color plateado y con algunas gemas misteriosas impregnadas. La sujetó llevándola a la altura de sus ojos y luego sopló larga y pausadamente. En ese lapso la cruz se mantuvo en el aire y empezó a girar hasta que siguiendo la voluntad de la misión apuntó hacia las tierras altas, luego el cursado guerrero se acercó para ver lo que las espinas señalaban y en su mente se dibujó por unos segundos el sendero de Dralar, en el cual tres errantes almas atravesaban; pero cuando quiso ver mayor detalle, una fuerza descomunal irrumpió su visión rompiendo el equilibrio de la cruz en suspensión y llevándola estrepitosamente al suelo. Cruxios no pudo evitar el dolor en su mente, dejando escapar un quejido, pero a la vez encendiendo su interés, pues una misión a su altura había nacido. Cerró los ojos para reafirmar los detalles de su visión y luego con la convicción que forjó su nombre miró a Zandar.

—Tu enemigo avanza por el sendero de Dralar, cerca al cruce de las mariposas en el antiguo Obelisco de Niria, son tres y un guardián... —Suspiró impaciente y continuó—: Estoy listo para demostrar mi valía, si tu voluntad así lo precede.

Zandar no podía creer que un guerrero de tanto reconocimiento, como lo era Cruxios, el guerrero de la cruz, inclinara su cabeza hacia él, con el único fin de buscar satisfacer su voluntad. No pudo evitar el brote de la alegría, pues al sentir sus manos vacías por el abandono de los Fungals, por un momento sintió un desgarró en su corazón, pero esa herida no brotó gracias a la inesperada llegada de los Tantros.

—Esperaba algo más abundante —rio con desprecio— muy bien, tráiganmelos y recuperen la esencia, el brote de los Liliums que según el Bardok está en su poder. Sin duda recuperará la cordura cuando lo consigan —de pronto, cierta pesadez se dejó ver en su rostro—, bastarán solo cuatro de ustedes para esa misión, los demás vendrán conmigo. Aunque mi prioridad es cumplir mi sagrada cruzada, ahora también me urge prepararme para la corona —sonrió macabramente y antes de continuar preguntó—: ¿Tengo su palabra de que seguirán a la locura?!

*«El valor de la palabra prevalece, pues no solo el honor se columpia en ella, sino también la dignidad de una existencia aprovechada, creando el puente entre los guerreros y los cobardes».*

—Tienes nuestra palabra, respondieron los Tantros sin dudarlo.

Cumplir cabalmente con lo que sus labios soltaban los engrandeció, pero también en sus inicios les trajo muchas nostalgias y pesares, pero aprendieron a caminar por el camino del guerrero y su prudencia en sus promesas les dio sabiduría y liderazgo, gracias a la exigencia en el cumplimiento de la expresión.

—Entonces iremos al volcán Zugh... —Uno de los Tantros, algo confundido preguntó:

—¿El volcán Zugh? Es tierra del Yabel A'gol, ¿para qué ir si la guerra no está en

ese lugar? —entonces Zandar lo miró con cariño, aunque su intención era ver al ingenuo que hacía la pregunta.

—Exactamente; es tierra Yabel, iremos a negociar con mi primo su pronta abdicación al torneo por la corona. Y si se niega, ustedes desatarán su locura, si solo se rinde... ustedes desataran también la locura, ¿estoy siendo claro?

Los Tantros se sorprendieron del plan macabro y aún en silencio, solo asintieron con la cabeza.

Zandar satisfecho con el gesto, continuó:

—El volcán de Zugh es solo un mensaje, así girarán las miradas hacia mí. El torneo se acerca, pero la guerra de los Yabels ya debe empezar.

Los Tantros habían soñado con la guerra, pero jamás imaginaron que esta se posaría en los hombros de los de su raza, aun así la idea no los perturbaba por completo, lo único que no lograban entender era al Yabel de la tenacidad, un posible emperador nacido del exilio, por no decir del desprecio de su misión. Estaban intrigados y más aún al percibir el poder de su pureza latente en su interior.

Satisfechos con su lord, empezaron los preparativos, pero no pudieron evitar pensar en las consecuencias de su actuar...

## Los Druskas



*«El viento regresa a su cauce, pero su llanto presagia las lágrimas derramadas que pronto volverán a verter; el corazón arde y quema por dentro, mientras la mente vuelve a repetir y a repetir las emociones difamadas, ensuciadas y perturbadas por el macabro recuerdo que busca con desdén hacerse lejano cuando está tan cercano, irrumpiendo al presente con el engaño regresivo del peligro latente».*

«La concepción de la paz ha sido transformada, la concepción de la libertad ha sido trastocada, mi concepción de los sentimientos ha sido endurecida, pero la concepción de mi misión aún sigue impoluta en su búsqueda; pues mi ángel, te añoro y te busco en mi corazón desde que me alejé de ti». Pensaba Kailem, mientras el sol quemante empañaba el camino. Se detuvo un momento para apreciar el sendero recorrido, mientras suspiros de cansancio, no físico, escapaban de sus labios.

La vista era impresionante, pues la pureza natural se erguía en esplendor, la calidez del aire refrescaba el calor y la vegetación creaba melodías, las cuales se escuchan distintas según el pesar de cada corazón. Kailem escuchó a la soledad acompañada del dolor de las almas en el vacío, esperó que el silencio llegase, pero este no llegó.

—Las almas están molestas, pero los Liliums sabemos perdonar. Llegará el momento en que nos toque regresar, para entonces ya no habrá herida pues su mirada estará en el presente y aunque tal vez tengan que olvidar para lograr una vida llevadera, sin duda alguna mi raza lo logrará —susurró O'da.

—Mi querida O'da..., no es por los muertos por quienes suspiro, sino por los que quedamos cargando su recuerdo. —O'da se apoyó en el hombro de Kailem y en ese momento al fin el silencio llegó.

—Aún hay mucho que hacer Kailem, las esencias están libres y los cuerpos brotarán cuando mi padre regrese; verás como la vida se abre camino a través de lo nefasto, sacudiendo el veneno del odio y floreciendo para dar luz a la oscuridad.

Kailem sonrió con dulzura y O'da no pudo evitar sonrojarse, sin embargo la sonrisa ocultaba el presagio que el Noluc con su poder detectó, pues la sombra de la cruz de espinas se expandía tapando la luz.

—O'da, algo nos sigue, nos ve a la distancia y saborea, esa es la impresión que tengo —luego respiró con fuerza alejando la fatiga—, deberíamos continuar.

O'da asintió y dando una última mirada atrás entendió que los brazos de la muerte aún la invitaban a pasar.

Continuaron por el camino y los tenues colores delataron al clima que empezaba a cambiar, combinándose el calor con el viento helado de las alturas y dejando libre al silbido que se estrella con las faldas de la montaña y que luego intrépidamente busca derribar. A la distancia una pequeña nube se interpuso ante el sol y unos segundos de sombra dibujaron la silueta del invierno; la cual se encontraba al acecho, permitiendo que su sola presencia incitara a buscar un lugar de protección antes que su aliada la noche bostezara dejándola prematuramente libre.

No muy lejos una pequeña fogata dejaba rastros de su existencia aún en el claro.

—Debe ser un grupo nómada —dijo O'da—. Vayamos a ver —era intrigante como podía mantener la curiosidad, pero a la vez se revelaba el cauce de su sabiduría.

*«La sabiduría nace en la inocencia, se comprende en la práctica y se enseña con el ejemplo, no tiene palabras, pero suele confundirse con la astucia del verbo, en vez de ser este solo un canal».*

El viaje había sido hasta ese momento muy silencioso por lo pesado de las vivencias y tardamos en entender que realmente aún nada se había perdido, pues lo importante era la esencia, ya que sus cuerpos como la madera crecerían; extraña raza condenada a un nuevo inicio, aunque eso desde mi perspectiva era una oportunidad para corregir y pulir sus errores.

—Parece ser una familia... —Dije como primera impresión, y luego solo pude reír al ver a Ábreas cómodamente cerca al fuego y en una plática amena y en demasía con los desconocidos—. Parece que nos excedimos con la cautela. —O'da se aseguró dando un vistazo rápido a su alrededor, luego sonrió disimuladamente al darse cuenta de su actuar exagerado.

—Tienes razón Kailem, no estaría mal relajarnos un poco. Asentimos sin desviar la mirada y nos acercamos visibles al calor.

—¡Nia Aja'las Derubians! —(Buen augurio extraños). Saludó O'da con una pequeña venia.

—¡Nia Aja'las Shidar Olama! —(Buen augurio para ti princesa). Respondieron los nómadas con gran respeto.

—¡Buenas noches! —Fue lo único que se me ocurrió decir, mientras imitaba la venia, procurando el protocolo implícito en el saludo.

—¡Nia Aja'las Caído! —Su tono fue algo hosco y pude percibir la amabilidad disimulada por respeto a mis compañeros; no me sorprendía mucho, era evidente que los humanos eran considerados como una raza sucia que aparece del fango, que se

arrastra y se lamenta, para luego convertirse en alimento de los salvajes; solo podía esperar cambiar esa apreciación. A pesar del poco éxito logrado, sonreí con cortesía, esperé paciente a que me invitaran a sentarme, pero pronto me di cuenta que eso no ocurriría.

El Noluc se burló en mi interior.

—¿Qué se siente caído?

—¿No te das cuenta que al rechazarme, también te rechazan a ti? —le devolví la burla—, ¿qué se siente Noluc?

No le causó mucha gracia cuando lo entendió así y justo antes que mis compañeros intercedieran por mí, el Noluc se mostró, causando una reacción inesperada en el jefe de los nómadas, ya que solo un ojo entrenado podría ver a un ser de luz.

—Recuerda Noluc, no te pueden ver, tendremos que ir al rincón de los rechazados —me reí de la situación y cuando me dispuse a alejarme con la intención de crear mi propia fogata, mientras disfrutaba de la incredulidad del Noluc, quien se había quedado pasmado ante tanta indiferencia hacia su divinidad, el jefe nómada tomó de improviso mi mano y me invitó a sentarme a su lado. El acto desató algunos murmullos, pero el respeto a su longevidad apaciguó su actuar con aceptación.

No hay nada mejor que una charla placentera, es muy grato compartir ideas con desconocidos y aún más gozar de otras formas de pensar. Pero a la vez otro pensamiento daba vueltas en mi cabeza buscando una respuesta: ¿En qué momento va a soltarme la mano?, no quería parecer descortés, por lo que de vez en vez trataba de librarme, sin mucho éxito. Detalle que se intensificó cuando sirvieron un pequeño caldo, pues tuve la ilusión de ver mi mano liberada para poder comer.

—Jefe Okum me encantaría recuperar mi mano, pues la necesito para poder comer —pensé que con esas palabras al fin sería liberado, es más, vi comprensión en su rostro y algo de sorpresa también. Entonces sonrió con gran paz y prosiguió a darme de comer.

No pude evitar sentirme sorprendido, incómodo y algo extrañado. Pero lo cierto es que era un desconocido en el actuar de su cultura, tragué los prejuicios de mi humanidad, cogí la cuchara hecha de hueso y madera, acerqué el plato de comida hacia mí y sin pensarlo más, también le di de comer. Nuestro pequeño romance a la luz de la luna fue en realidad un pacto y aunque en ese momento no lo sabía, el Noluc les dio su bendición, ahora velaría por ellos también...

Lentamente todos fuimos cayendo al sueño, me sentía contento de haber recuperado mi mano y también sentí la calidez del Noluc en mi interior.

—Te siento contento mi buen amigo —susurré.

—Gracias Kailem por cumplir el sueño de un Noluc, no siempre nuestra divinidad es apreciada, pero el cariño de estos nómadas sellado en pacto, me abre las puertas a una mejor práctica de mi camino.

—Me alegro mucho por ti, aunque no entiendo...



—Ya puedo volver a andar por mí mismo gracias al pacto, expresado a través de ti, aceptado por mí y bendecido por todos con un latido tranquilo del corazón. Ahora mis pasos ya no necesitan un cuerpo. Porque solo debo gratitud, mi alianza contigo Kailem Istramus es un voto de amistad.

—Mi amistad y mi agradecimiento para contigo Noluc... —Eran palabras que brotaban desde el fondo del corazón y a la vez sabían al agridulce de una despedida. Entendíamos nuestro propio lenguaje más allá de las palabras, sabía que su camino lo ligaba a los nómadas y él entendía que el mío era el del Ángel del Árbol—. En algún momento nos volveremos a encontrar Noluc y tal vez ya seas un Dios. —Me reí amablemente dibujando una sonrisa silenciosa y el calor de la luz del Noluc, carente de figura, se dejó sentir con la calidez implícita en compañía de la amistad.

—Eso espero, como también espero el fin de la búsqueda. Espero que encuentres la joya de tus pensamientos y a la joya de tu corazón y que nos volvamos a ver junto a tu ángel del árbol.

—Ambas joyas son una sola... —Respondí algo tajante; tal vez para ocultar esa duda que ya me iba carcomiendo y aunque preferí no aceptar el consejo, no pude evitar mantenerlo en mi mente como algo utópico, como una herida nacida en la razón que pone excusas, pretextos y posibilidades para manchar la pureza de lo incorruptible...

—Las estrellas brillan con fuerza esta noche, sabes Noluc, si te aburres de los nómadas... te estaremos esperando.

—Descansa Kailem, tu viaje aún continúa...

—Supongo que sí —la frase terminó dando lugar al austero regazo confortable como ninguno del descanso.

Pero el placer efímero de un pestañeo, fue interrumpido por la sensación y el aroma de peligro. Abrí ligeramente los ojos y empecé a prestar mayor atención a esa sensación que atravesó el confort del sueño arrastrándome al gélido de la noche. Cerca de mí Ábreas descansaba apoyado en un tronco seco y sus ronquidos disimulaban el brillo menguado de sus ojos en constante vigilia. Hizo una señal para continuar guardando silencio. Los sonidos desinteresados de las criaturas del bosque también habían desaparecido y ya ni los bichos daban rastro de su existencia, la incertidumbre combinada con la curiosidad en aumento engendraba intrigas y estas buscaban ser liberadas golpeando abruptamente en mi pecho, aumentando el calor de mi cuerpo. En ese momento el alboroto se hizo evidente, pero en el lugar menos pensado...

—¡Pronto, cúbranse bajo los árboles!, gritó Ábreas mientras hacía lo mismo; su mirada estaba fija en los cielos y la incógnita en su rostro me llevó por inercia a mirar el firmamento. Pero, a pesar del brillo de las estrellas, la oscuridad seguía cubriendo el misterio.

—¿O'da, qué está pasando? —Traté de terminar la pregunta cuando gritos de extrañas criaturas ensordecieron la interrogante, evitando su formulación al ir en

aumento y ya el cielo se tornaba como una pesadilla, dejando ver de vez en vez extraños seres alados que buscaban escapar; con la mayor desesperación gritaban y chillaban mientras estrepitosos golpes en el suelo retumbaban asemejándose a un tambor sin armonía, espeluznante al solo hecho de imaginar su caída—. ¿O'da, qué sucede? —Volví a preguntar con mayor énfasis, rogando que mi pregunta surfeara el bullicio, mientras atónito observaba la sorpresa indescriptible dibujada en su rostro. Entonces sin bajar la mirada del cielo extendió una de sus manos apoyándola en mi hombro y compartió conmigo su visión la cual era espeluznante.

A pesar de que el sonido ya describía de modo enfático el escenario oscurecido, verlo resultaba ser menos creíble que imaginarlo, por la crudeza de esa extraña realidad.

Enormes e imponentes criaturas parecidas a los cobayas saltaban y se impulsaban en los aires; no tenían alas como lo había creído ver, chillaban y graznaban una mezcla desconocida y casi ensordecedora. Se notaba el pánico a pesar de la cantidad de su número, detrás de ellos y en lo más alto, monstruosas criaturas parecidas a los murciélagos los acechaban. Se abalanzaban y caían juntos generando la repercusión que sacudía el suelo, tratando de engendrar la percusión de un tambor.

—Son bargrios —dijo Okum acercándose con cautela—. Nunca habían sido tan violentos, sin duda algo está perturbando su conducta —hizo una pausa mientras miraba con tristeza—. Pobres saltanubes, su magia es su condena, si tan solo no hubieran aprendido a saltar en las nubes ahora no estarían siendo exterminados.

O'da miró a Okum con cierta congoja, tal vez porque sabía que sus palabras perturbarían su pena reemplazándola con preocupación, pero el hecho apremiante de su observación se imponía a la sutileza de la gentileza.

—Ves a los seres, pero yo veo a los que los manejan... ¿Desde cuándo está sucediendo esto?

O'kum se estremeció, entendiendo parte de lo que implicaría la inteligencia involucrada.

—Esta es la quinta semana consecutiva, pero es la primera vez que se da tan cerca al campamento... —Tembló ligeramente al ser presa de la reflexión.

—Me temo que los Druskas se han organizado, lo lamento Okum, pero tú y todo tu campamento deben movilizarse hacia las tierras bajas antes que se acabe el alimento en los aires. Y me temo que eso sucederá pronto, los Druskas son como una plaga, comen cualquier tipo de ser vivo y cuando empiezan con sus festines son insaciables. No están seguros mientras ellos merodeen por aquí.

El alboroto en el cielo continuaba, y gracias a los ojos de O'da vi a algunos murciélagos lentamente alejarse llevando entre sus garras a los saltanubes. A pesar de ello la carnicería aún no había terminado.

—¡Váyanse ya! —gritó Ábreas a los nómadas mientras desenvainaba un largo cuchillo—. Va a ser una larga noche —agregó mientras se fundía en la oscuridad.

O'da hizo lo mismo y pronto también desapareció.

«Cuando las palabras son una necesidad, los actos son mejor explicación por su reacción».

Entendí que lo inevitable se acercaba, di un vistazo rápido y vi como los nómadas poseídos por la adrenalina cogían sus pertenencias para emprender el descenso. Crucé miradas con el Noluc, asentimos mutuamente entendiendo el significado, sabía en lo profundo de mi corazón que no sería la última vez que lo vería y observando su partida busqué colaborar con la seguridad de los errantes y solo pude mencionar:

—Kala Traps... —Ante mis ojos la oscuridad se tornó plomiza y los cuantiosos enemigos al fin dibujaron sus siluetas en rojo carmesí, la tierra se veía ensangrentada por tramos y los cuerpos aún calientes de los saltanubes atraían a los Druskas cercanos, quienes no esperaban llevarse el botín y preferían comérselos tal como estaban. En los árboles colgaban las pieles, tiraban de ellas y lamían los residuos, me pareció repulsivo; por el lado izquierdo un grupo grande caminaba y se apoyaban en sus manos cuando buscaban acelerar. Cada cierto tiempo un escuadrón de nueve Druskas, montados sobre los bargrios dibujaban una «V» en el cielo; estaba sorprendido por su organización y su salvajismo. El color sangre me atraía, traté de acercarme a uno de ellos, pero su percepción era muy elevada o tal vez mi olor, pensé por un gesto que realizó al elevar la cabeza mirando las nubes; pero pronto descartaría esa posibilidad, pues el viento corría en contra. Todo el caos generado tenía orden y parecía que ya se iban a marchar, cuando inesperadamente uno de ellos empezó a balbucear, llamando la atención de los Druskas cercanos, quienes corrieron a darle el encuentro; me acerqué un poco, manteniendo la distancia con la intención de solo observar, pero al hacerlo otra silueta apareció. Era uno de los nómadas, uno con el que recién habíamos cenado. Empezaron a empujarlo hasta que uno de ellos no aguantó más y lo mordió arrancándole un pedazo de carne, el cual dejó ver una lluvia de sangre a su alrededor. No pude evitarlo, me acerqué y sin vacilar dejé que las hojas filudas de Siomac el justo danzaran creando un escarmiento camuflado por el Kala Traps. No me di cuenta de la carnicería que había desatado. Sencillo, recuerdo que pensé, pero aun así no detuve las estocadas, en eso las luces rojas empezaron a alejarse quedando solo la silueta del nómada.

—Ya puedes irte —le dije, mientras descubría que estaba más aterrado de mí que del agresor que intentó comerlo—. Que ya puedes irte —volví a repetir con mayor énfasis y desgano al contemplar lo que había hecho. Mi corazón palpitó con fuerza dando paso al remordimiento, el cual quedó silenciado repentinamente al ver al nómada que trataba de escapar, ser levantado de forma misteriosa para luego perder la cabeza salvajemente. Quedé en *shock* y sin proponérmelo perdí la concentración y el Kala Traps se desvaneció. Al mismo tiempo un Druska corpulento y de mediana estatura también se dejó ver. Llevaba consigo una espada ancha, se quedó mirándome fijamente, no vacilé y por inercia también hice lo mismo evitando cualquier parpadeo, de reojo vi los cuerpos brutalmente destrozados de tres Druskas; no podía entender en qué momento creé semejante escenario, pero la sangre ajena que cubría

mi cuerpo delataba y sentenciaba a gritos mi actuar, no tanto por las muertes, sino ante la posibilidad de no haber podido cumplir con mi promesa a Siomac de blandir sus espadas para actos de justicia, para lo cual necesitaba conocer a plenitud ambas caras de la moneda. Sin embargo desconocía las circunstancias de los Druskas, traté así de justificar mi actuar, excusas que buscaba para tratar de tapar la voz insidiosa de mi conciencia, que se elevaba con cada latido para escapar de mi pecho y a la cual no quería oír. Hasta que al fin el grito fue tan grande que la vergüenza sucumbió... A pesar de ello no despegué la mirada del recién aparecido Druska, quien fruncía el ceño con rabia y molestia.

—¡Amatuna, sinsi casun kelto, sinichi chakené! —Gritó con fuerza mientras me apuntaba con su espada de manera desafiante.

—No entiendo tus palabras, pero reconozco mi falta —respondí y traté de agregar una disculpa...

*«Vivir en la doble moral, donde se respeta una vida y se sentencia a otra aunque se use el pretexto de alimento, es carecer de principios cayendo en la brutalidad de la mentira, ponzoñosa en los adornos de actos sinceros, pues no existe sinceridad en la doblez de la moral».*

—Realmente lo...

—¡Cómo osas matar a mis creaciones! —Gritó con fuerza y hasta pude sentir el crujir de sus dientes; sin embargo, su amenaza se convirtió en un alivio en mi pecho, pero eso no bastaba.

—¿Acaso no son Druskas? —Pregunté con recelo, esperando que el término «creación» me librara de mi crimen.

—No insultes a mi raza criatura, que se parezcan a mí es solo por mi reflejo, que se muevan es por mi voluntad y sus instintos los rastros de mi sangre. Has derramado mi sangre, me has ofendido, has matado la voluntad de mi creación y has blandido las espadas contra mi reflejo escupiendo la forma de mi existencia. Ahora te enfrentas al verdadero y tu castigo será tu exterminio —rugió mientras desataba su poder el cual era verdaderamente abrumador. En ese momento apareció Ábreas a mi lado.

—Este si se ve peligroso, ¿cómo haces para encontrar siempre el peor problema? —Entrecerró los ojos dejando una pausa y luego agregó—: Su poder es enorme, ten cuidado Kailem.

—¡Cobarde! ¿Traes ayuda? Eres despreciable, pero no serás el único que juegue sucio, ¡salgan hermanos!, ¡salgan! Y de inmediato innumerables y poderosos Druskas se quitaron el velo de su invisibilidad. No los habíamos visto y mucho menos los habíamos sentido, y eso era un claro indicador de nuestra desventaja en la pelea.

—¡No te confundas ser! —Gritó Ábreas, no vengo a interrumpir su pelea, solo vengo a ver que esta sea justa... Lo siento Kailem, pensaré en algo, aunque por ahora que lo derrotés sería lo más conveniente.

Estábamos rodeados de seres misteriosos, la ferocidad y la profundidad de sus miradas bastaban para descubrir las dudas, el nerviosismo y el peligro propio de

cualquier ser vivo que se encuentra acorralado por los colmillos de las circunstancias y por el bostezo de actos prematuros.

La incertidumbre crecía y ante ello la misión que nos unía se sacudía.

—Ábreas, pase lo que pase no olvides la semilla en mi mano... —Vaya lío que se dibuja por la inconsciencia de mis actos, pensé, qué fuerza tan grande se deja sentir.

—¡Qué esperas cobarde! Nadie insulta a un Druska y menos a Quetzel, sellen el espacio hermanos que esta bazofia no escapará de mi sentencia.

Quetzel estaba frenético y confiaba en sus habilidades, observó con desprecio al salvaje que había atentado contra sus creaciones, «se ve frágil, no durará» pensaba y cuanto más lo observaba más se convencía. A la vez su esfuerzo y su concentración se detenían más en Ábreas, mientras su instinto le advertía del peligro aún oculto y cercano; si intenta algo mis hermanos lo matarán, en cuanto a esa otra presencia estoy seguro que Ketlú ya debe andar tras su rastro.

Los demás Druskas habían empezado a crear con su poder una cúpula de energía alrededor de la planicie y de sus alrededores, con el fin de evitar cualquier intento de escape.

—La barrera está hecha, sonrió Quetzel, es tiempo de pagar. Empezó a acercarse desafiante tratando de vencer la guerra psicológica. Pero se sorprendió al ver la calma de su enemigo, quien inquebrantable aún no había dado ningún paso adelante y mucho menos un paso atrás, ni movimiento que develaría el titubeo de su espíritu.

—Soy Kailem Istramus, quién eres tú Druska que te empeñas en saldar cuentas con violencia —gritó con fuerza el caído mientras que en sus pensamientos daba gracias a las clases de actuación aprendidas en el Instituto. Al menos no perderé en mi mente, se repetía.

Extrañado Quetzel volvía a evaluar la situación de su entorno.

—No hay error en mi observación, este no es un ser fuerte, entonces ¿por qué aún no puedo atacarlo?, ¿qué es esta presión que me obliga a mantener mi distancia?, ¿hay algo acaso que no logro ver? —cavilaba, mientras su decisión inicial se veía abofeteada por la naciente duda.

—Soy Quetzel Druska, se presentó no con el fin de mantener la formalidad, sino con la intención de ganar tiempo y descubrir la estrategia enemiga, al no ver ninguna reacción y ante la pesada mirada de sus demás hermanos al fin se animó a atacar, pero su primer golpe chocó contra la roca sin que el agresor hubiera movido algún dedo.

Magia, gruñó Quetzel, hace mucho que la magia no era usada en tierras altas.

—¿Esa es tu carta escondida? —Empezó a reír a carcajadas, al mismo tiempo que la roca que paró el golpe se iba derritiendo hasta desaparecer. En ese instante una corazonada detuvo abruptamente la carcajada y el semblante impávido del enemigo lo estremeció.

Por otro lado Kailem veía por primavera vez el Teldoras Sidaré disolverse con gran facilidad y la inquietud daba el primer zarpazo en los latidos desbocados y

silenciados. En su interior crecía el caos, pero el exterior solo reflejaba una tranquilidad abrumadora y desconcertante.

—No escondo cartas, solo prolongo el juego, no necesito de ases escondidos, pues cada vez conozco más tus secretos. Falacia que golpeaba y alimentaba las dudas del Druska, obligándolo a volver a juzgar la situación.

Las miradas se cruzaron, el Druska intentó un nuevo ataque, pero lo contuvo, al ver una media sonrisa que podría preceder a una reacción que iría en su contra al haberse adivinado el movimiento.

—Tienes buenos reflejos Quetzel, casi me ayudas a vencerte. Veo tus movimientos antes que puedas hacerlos. ¡Qué harás Quetzel, sino puedes escapar de mis instintos! Podría dejarte vivir o podemos continuar con la locura transformando tu honor en capricho a punto de dejar brotar una muerte sin sentido.

Quetzel empezaba a ver a un temible enemigo que se escondía en la más frágil apariencia; tenía lógica, sino como podría haber vencido a sus reflejos. No se había movido en lo absoluto y la tranquilidad de su rostro solo podía ser explicada por la destreza y la experiencia de las batallas. La incesante búsqueda de la razón por tratar de explicar un comportamiento inexistente fue creando un paradigma mental que limitaba la confianza pintando el plomo de negro, agregando temor y convirtiendo al enemigo en una pesadilla incomprendida.

—Si tu poder es ver mis movimientos, ¿qué harás si no puedes verme? —Dicho eso, Quetzel respiró profundamente y desapareció.

Es difícil imaginar las sensaciones que despiertan al no poder ver al enemigo cuyas intenciones vociferan y claman por su realización. Las llagas que las palabras habían creado esperaban sangrar, mientras la estrategia del temor tomaba otro aliento.

—Puede que creas en tu invisibilidad, pero existes ante mis ojos. La pregunta es: ¿Yo existo ante los tuyos? —Kailem esbozó la media sonrisa que despistó a Quetzel y de inmediato invocó al Kala Traps...

La nube del silencio acentuó la presión en el entorno englobado y los roces de los murmullos atrapados en la cúpula solo nutrieron la ansiedad. Los Druskas en el exterior parecían ver los movimientos camuflados y algunos suspiraban pesadamente, como preparándose para un desenlace inesperado.

—Vamos Kailem, no sé a qué juegas, pero eso es peligroso... —Susurraba Ábreas desde el exterior, mientras buscaba una solución al dilema, pero solo el clamado de la sangre mostraba una respuesta y siempre desfavorable. Suspiró con cierta desvalía y se tensó al ver un movimiento tenue en un lugar donde el viento ya no había; ante sus ojos era evidente la fuerza del enemigo y su estómago se revolvía imaginando lo peor. Volvió a dar un vistazo al rededor y las posibilidades solo dejaban ver la muerte de dos por el intento de salvar a uno. Pronto Ábreas entendió que las posibilidades de librarse del problema eran inexistentes, pero tal vez las circunstancias podrían abrir una brecha en donde el fracaso resultaba evidente. Se concentró en el momento esperando ver aquella abertura tan deseada y mientras solo

esperaba, rugió en silencio por la impotencia de esperar a la paciencia.

«*La paciencia encuentra sus cimientos en la convicción de la realización de lo tangible e intangible y es esta misma certeza la que lo vuelve real*».

Los Druskas abrieron repentinamente los ojos, como preparándose a un evento esperado, pero luego volvieron a cerrarlos ante la falsa alarma del desenlace deseado.

Murmuraron entre ellos, pero esta vez se sintió la preocupación en los labios de algunos y mientras el tiempo corría la ansiedad se alimentaba dejándose ver en la respiración a veces entumecida y a veces agitada. Dentro de la cúpula, Quetzal ya casi había recorrido la totalidad de la misma, sin lograr detectar al enemigo. Las palabras del caído que afirmaban poder verlo empezaban a ser creíbles, pues no había forma de encontrarlo. La angustia, sumada al desaire frente a sus compañeros era una burla para su orgullo. Maldiciones empezaban a nacer en su mente y de pronto al borde de la locura observó el único lugar que sin razón había evitado. ¿Será posible?, se preguntó mientras aún temeroso se acercaba al lugar inicial del caído.

Llegó a la zona con las palpitaciones aumentadas, a punto del desborde, con la temperatura aumentada, con la ansiedad en su límite, con la incredulidad de semejante posibilidad y con el temblor vibrante que su mente había pintado, su respiración cesó mientras sus sentidos forzados a sus límites daban el paso que develaría sus angustias... Dar ese paso fue un alivio como ninguno para Quetzal y al no encontrar a su pesadilla exhaló botando la tensión. En ese preciso momento el frío del metal se posó en su nuca y la voz que había empezado a temer escarapeló su cuerpo.

—Jaque mate...

Quetzal cerró los ojos, había sido superado y ahora su vida colgaba en las manos de un asesino, lentamente los atisbos de la invisibilidad se fueron perdiendo quedando ambos descubiertos. Los cuerpos ilesos describían mejor lo sucedido y a pesar de la veracidad de los hechos, los rostros de los Druskas seguían mostrándose incrédulos. Se miraban entre ellos sin poder entender lo acontecido y mientras luchaban en crear una teoría que explicase mejor lo impensable, los más antiguos Druskas afirmaban con sus gestos en silencio y aceptaban lo ocurrido. Los susurros solo alimentaban el desconcierto y los ojos incrédulos de Ábreas se sumaban al *shock* que iba en aumento y a la vez inconscientemente respondía a los Druskas cercanos, que tenuemente dejaban escapar su asombro:

—No puedo... creerlo ...

—Yo lo creo...

Estaba tratando de recuperar la compostura y sentía mi aliento caliente salir mientras el frescor se abría paso en mis entrañas, era como si al fin lograra dejar escapar la tensión que como vapor empezaba a silbar en mi pecho, de alguna forma entendía a Quetzal, nuestra batalla psicológica nos llevó al límite, donde el ansiado respiro se convertía en el error anhelado. Realmente estaba agotado, a pesar que en toda la batalla de invisibilidad solo hiciera cuatro movimientos, el primero voltear y

confiar que el ataque vendría desde atrás, el segundo dar un paso atrás, el tercero enterrarme con el Sidaré y esperar. Aunque en teoría era solo un escape, jamás pensé que llegaría a escuchar su corazón acercarse a la trampa, mientras su esencia se hacía visible ante mis ojos como un rojo carmesí. Aun no estoy seguro de cómo se hizo tan visible, lo cierto es que solo bastó levantar el brazo para terminar el suplicio y enfrentar al otro que crecía en murmullo, pues aún seguíamos rodeados.

Quetzel cayó de rodillas ante el peso del arma que descansaba en su cuello, su orgullo se ocultó permitiéndole asumir el inquebrantable destino. Dijo un par de palabras en su idioma, que sonaron a despedida y luego con el temor envalentonado dejó escapar la última pizca de orgullo y asumió el fin de sus días:

—Estoy listo extraño, mis antepasados me esperan...

—Que sigan esperando —respondí—, no puedo dañar a alguien que asume con valentía su destino. Quetzel te debo una disculpa, mi ímpetu derramó tu sangre y por poco se convierte en mi mayor error, no veo lo malo en un combate justo, pero ante tus creaciones tenía ventaja y aun sabiéndolo abusé de ellos. Hace mucho juré respetar las espadas del justo..., y me temo que fallé contigo. Ya nada te amenaza, ahora me pregunto: ¿tú, qué vas a hacer conmigo?

Quetzel abrió y cerró los ojos totalmente desconcertado, pues era él el que tenía la espada en el cuello y ante lo antagónico de lo absurdo el vencedor pedía el perdón de su vida. La espada había dejado la amenaza, permitiéndole ponerse de pie, la ira trató de apoderarse de su espíritu, pero el agradecimiento fue mayor. En sus ojos se dibujaba la duda, mientras su corazón aprendía lo que era el perdón, algo que jamás dio y ese peso recién entendido hizo tambalear su simiente. Pues en lo oscuro de la vida, lo repentino y distinto puede marcar un sendero desconocido, en donde el cambio nace junto a la resistencia del hábito antiguo por uno desconocido.

—Nueva vida, nuevo inicio —respondió Quetzel y su respuesta terminó con el murmullo.

Es difícil expresar el agradecimiento mutuo que brotó como un loto, pues en ese combate tanto Kailem como Quetzel se convirtieron en barro, pues ambos perdieron para luego salir victoriosos.

Quetzel cogió su rostro fiero, que en realidad era una máscara y al retirarla su apariencia endemoniada desapareció, quedando el perfume y la delicadeza de un ángel, cuya mirada me desarmó. La bella Quetzel se inclinó para darme las gracias y por reflejo me incliné junto con ella, para agradecerle también.

Su piel cobriza tomaba vida con el brillo de ráfagas de fuego que se dejaban ver a través de su ser y esclarecían algunos tatuajes que disimulaban cicatrices de vivencias antiguas, su rostro a pesar de la seriedad dejaba traslucir la amabilidad de un corazón libre. Su mirada era astuta y sus ojos veían más de lo que aparentaban, lo sentía por una extraña sensación de profundidad.

Me llamó la atención que nunca bajó la guardia y en un inicio pensé que la confianza aún no lograba dibujarse, pero luego entendí que esa sensibilidad de alerta



era una cualidad innata de los Druskas.

—Lamento el conflicto que nuestra ignorancia al actuar ha creado. Somos solo caminantes que tratan de llegar a las Tierras del Viento, no somos sus enemigos ni pretendemos serlo.

Un momento después las espantosas criaturas que ponían a prueba hasta al corazón más valiente, se transformaban al retirar las máscaras de sus rostros, mostrándose tal cual; en donde tanto hombre, mujer, ancianos y niños mostraban los tatuajes de su voracidad.

Uno de los ancianos se acercó, y en contraste a pesar de sus cabellos blancos, su rostro se mantenía como el de un joven y su cuerpo mostraba la vitalidad envidiable de las mejores épocas. Su presencia describía mejor el alcance de su poder, se quedó observando el suelo en el que estábamos parados y luego rio.

—«Solo diste un paso en toda la batalla», debes ser un magnífico guerrero, cuya experiencia de la guerra ha forjado el temple para hacer fútil la máscara del demonio. He visto cada uno de tus movimientos y tu expresión era tan misteriosa que no se acoplaba a la situación en la que te encontrabas. Pensé que eras un tonto, pero ahora pienso que de alguna forma sabías todo lo que ocurriría, dime viajero, ¿cómo se llama tan impresionante técnica?

No sabía qué responder, ya que la batalla desde mi punto de vista no fue más que el azar y quise responder así, sin embargo mis labios dijeron lo contrario:

—Se llama actuación...

—¡Oh, qué impresionante técnica! Nosotros los Druskas valoramos la certeza de los actos y sentenciamos la vanagloria del albur. Pues el azar es mediocre, ya que se sienta a esperar mientras ruega ganar. Nuestras vidas son causalidades, donde el reflejo de nuestro presente fue el actuar pasado y el tejido de nuestro futuro serán las decisiones de nuestro presente. Decir que hubo suerte o simplemente creer en la circunstancialidad es admitir haber olvidado lo vivido o simplemente haber despreciado los momentos que se han presentado. Has respondido bien y por eso son bienvenidos...

Recién en ese momento respiré y supe que el peligro había pasado y mientras la respiración recuperaba su cauce natural fui entendiendo el mensaje, y el sobresalto del peligro esfumándose escarapeló mi ser.

Solo un suspiro me ayudó a entrar en razón otra vez.

—Veo que estás cansado, eso me alegra un poco, porque sería cruel para mi orgullo saber que ni fatiga te hubiera causado... Lo cierto es que ya es cruel de alguna forma.

Quetzel esperó una respuesta, pero Kailem andaba un poco desconcertado buscando a O'da y a Ábreas, por lo que sin pensarlo mucho, respondió:

—Si no hubiera orgullo, no habría crueldad herida... Lo lamento —agregó de inmediato al sentir la rudeza de la respuesta que también a él sorprendió.

Quetzel se impresionó y de inmediato por primera vez sonrió:

—Gracias Kailem, es buena respuesta y la llevaré conmigo. Si buscas a tus amigos uno está cerca a las sombras de aquella roca y la otra en lo alto de aquel árbol.

—¿Cómo puedes saberlo?... ¿Acaso los ves?

—¿Es una pregunta capciosa? —Quetzel se rio vivamente. Nosotros los Druskas no vemos lo que se oculta, pero sí sentimos el origen de cualquier intención y es esa perturbación la que se esboza en nuestros ojos. Pero está claro que dedujiste nuestra habilidad, de lo contrario hubiera sido fácil encontrarte...

«Si supiera que estaba espantado, como un animal acorralado, sabría que su don tiene una falla mortal. Si supiera que no me moví, no por una estrategia preconcebida, sino por la simple carencia de la misma sería un insulto aun mayor al orgullo ya herido de la temible cazadora». Pensó Kailem, mientras disfrazaba la respuesta.

—Por supuesto, qué clase de guerrero va a un duelo con la mente atada. Al mismo tiempo sonreía con nerviosismo, pero esa tenue expresión fue captada de inmediato por Quetzel.

—No puede ser, realmente no tenías ninguna estrategia. ¿Cómo pudiste engañarme si eres tan fácil de leer?, esto realmente me molesta.

Quetzel sintió un abismo creciente en intriga al no poder conciliar al guerrero de sangre fría que la derrotó sin pestañear, con la predictibilidad confusa del ser frente a ella.

—Quetzel, ni tú ni yo éramos los mismos momentos atrás —respondió Kailem, buscando armonizar con ella nuevamente.

*«El ambiente con sus circunstancias cambian a los seres predisponiendo su reacción, así también las reacciones ajenas condicionan y perturban el corazón; un corazón perturbado te transforma en otro ser. La posibilidad de crecer está en la transformación de la impresión en algo positivo; y la posibilidad de empeorar en solo dejarse arrastrar por la circunstancia».*

—Supongo que no —quetzel sonrió con agrado, mientras recogía su cabello que se sacudía con el viento. A su alrededor otros Druskas conversaban sin perderlos de vista. La tensión que generaban se dejaba sentir como el aleteo de las aves al volar cerca a uno.

—Dime Kailem, ¿qué los trae a estas tierras lejanas?

—¡Turismo! —respondió Kailem mientras reía fuertemente y luego recuperando la solemnidad miró a Quetzel fijamente para descubrir la impresión de su respuesta en su rostro y al ver la sorpresa dibujada, agregó—: Vamos a las Tierras del Viento.

Quetzel disfrutó del momento y se jactó de la confianza que brotaba.

*«La afinidad es el silencio agradable que goza de la compañía sin razón alguna».*

—El camino a las tierras del viento se mostrará semanas antes del solsticio sagrado de Agnaruk, y no se puede llegar por tierra.

—¿Solsticio sagrado de Agnaruk?

—Es un evento sagrado que se da cada setecientos años y que por su alineación decide lo que regirá la siguiente era; ya sea la magia o el poder. Lamentablemente no

todos pueden entrar.

—¿Qué se necesita para entrar?

Quetzal se rio.

—¡Realmente van a las tierras del viento sin saber nada! Mis abuelos los llamarían «insulsos suicidas»... Para entrar necesitan el sello de los reyes elementales, ya sea el sello del elemental de la magia o el sello del elemental del poder.

En ese momento O'da se acercó haciéndose visible. Quetzal no mostró rasgos de sorpresa e inclusive agregó:

—Al fin decides mostrarte, supongo que el temor de nuestra gente causó el retraso o simplemente te diste cuenta que no hay invisibilidad perfecta.

—Solo olvidé mostrarme. Respondió O'da y agregó: —Tal vez podrías pedirle a tu compañero que ya deje de perseguirme.

Quetzal hizo una seña, como respondiendo a un saludo y en ese preciso momento una presencia que había estado desde el inicio se alejó, pero solo la presión de sus ojos liberando la vida en su acecho nos permitió descubrir la verdad de su existencia.

—Debes ser alguien muy especial para haber percibido a Ketlú, no es común que una de sus víctimas la descubra y viva para contarlo... ¿Eres una Liliun?

—Soy O'da, es un placer conocerte Quetzal, no imaginaba que el temible invocador de sangre fuera alguien tan amable.

—Las historias mutan tras cada persona que la narra y te aseguro que los hechos son menos de lo que las exageraciones pintan. Pero imagino que te sucede lo mismo, pues yo te conocía como la princesa que sucumbió a la maldición de la locura y ahora estás frente a mí con gran cordura.

—Tienes razón Quetzal, el pasado que se conoce ahora es muy distinto al que realmente fue.

Quetzal extendió la mano y con la sinceridad delineada en su rostro, respondió:

—Soy Quetzal y es un placer Princesa O'da.

—Lamento haberte interrumpido Quetzal, ¿podrías continuar explicándonos como conseguir el sello de entrada a las Tierras del Viento?

—Tú eres una Liliun, de algún modo tu afinidad está relacionada con la magia. El problema es que no hay forma de encontrar a los reyes elementales... Son ellos los que te encuentran. Aquellos guerreros que conocen su afinidad, ya sea con la magia o el poder, pueden hacer una solicitud y uno de los reyes elementales responderá. Pero si responde el elemental de condición contraria significa que morirás. Como lo dije, no es tan fácil entrar a las Tierras del Viento. Es un merecimiento..., y también un riesgo. Pero sé que la incesante curiosidad por descubrir los secretos de esas tierras sopesan adecuadamente el posible beneficio. Reyes se coronan y guerreros se consagran con el poder de los elementales, pero así como los victoriosos se jactan, así también esas tierras se tiñen de sangre... Los antiguos consagrados también narran que hay una prueba máxima en ese lugar; que inclusive los que ya han entrado temen,

y se cuenta que aquellos que lo superan reciben de los elementales la magia para conseguir lo imposible y el poder para soportarlo. Eso es lo único que sé...

Esas últimas palabras escarapelaron mi ser y de algún modo supe que la esperanza de los Liliums reposaba aún en lo desconocido.

Me sorprendió el temblor de mis rodillas, como si el viajero de los presagios hubiera hecho una parada repentina para susurrar sobre el miedo creciente a lo desconocido. Cerré los ojos y el puño mientras sentía la esencia del gran rey y una corazonada que gritaba en mi pecho, «el abismo de mi misión está en la prueba de las Tierras del Viento», al mismo tiempo la nostalgia y la alegría compungida se desataban ante la posibilidad despejada de encontrar a mi ángel del árbol.

—Magia y poder... ¿Quetzel, tú ya tienes una invitación verdad?

Quetzel hizo una pausa, tratando de descubrir el signo o la palabra que desbocaba a crear tal suposición, pero no encontró nada que hubiese impulsado tal supuesto. Un pequeño tartamudeo retrasó la respuesta y sin poder negarla, solo quedó reemplazada con otra pregunta:

—¿En qué te basas para suponer tal cosa?

—En lo esquivo de una respuesta... —Respondió Kailem, mientras las miradas amortiguaban las dudas y expresaban cortesía.

Nuevamente lo complejo y lo sencillo entraban en contradicción y sonriendo con cierto grado de sorpresa, sinceró sus palabras:

—Soy una invocadora de sangre, mandé mi solicitud y fui respondida pero aún no soy aceptada, porque no he logrado cumplir con la tarea asignada.

—Quetzel, ¿qué podemos hacer?, ¿o cómo hacemos para mandar esa solicitud? —preguntó O'da, mientras su corazón caía presa de las ansias; y aunque trató de camuflarlo, la fuerza de sus latidos se hacía visible en el color de su piel.

Quetzel dudó por un instante.

—No necesitan de mí para mandar una solicitud. Su magia es su medio... No debería ser gran problema.

O'da comprendió de inmediato, hizo una venia con respeto y agradecimiento luego dejando que el viento con su frescor la escoltara, con mucha gracia se alejó.

Ábreas que desde las sombras escuchaba, movió suavemente la cabeza, afirmando el mensaje. Y ante el escenario asertivo de pleno entendimiento, con cierta pena y vergüenza Kailem atinó a susurrar con la esperanza de ser respondido y a la vez deseando no ser escuchado:

—¿Cómo usar la magia como un medio?

La bella Quetzel no pudo evitar la sorpresa y dejó libre la expresión que se revelaría en su rostro agrandando ligeramente las facciones de su mirada, mientras los labios luchaban entre la seriedad y el gozo.

—¿Es una broma?, tú desconoces las bases de la magia y sin embargo tus hechizos se igualan a la de los Vitoraes e inclusive también al de los Yabels... No debería ser difícil para ti mandar una petición a los sagrados elementales —hizo una

pausa repentina—. Si te ayudo, tú me ayudas...

Sus últimas palabras sonaron a una petición más que a una condición y tal vez por orgullo las palabras de su boca decían y expresaban lo contrario, pero sus ojos reflejaban la verdad de su mensaje y sabiendo que bastaba pedir a O'da o a Ábreas dicha solicitud, Kailem no pudo evitar escuchar el susurro que se escondía en el semblante de fortaleza y sin pensarlo más, solo pudo contestar:

—Te ayudo, si me ayudas...

*«Los ojos son los rostros que no pueden ocultar la verdad; pues reflejan las experiencias y las intenciones, esencias del corazón».*

Quetzel se acercó repentina y bruscamente, acelerando un corazón que gozaba de tranquilidad y se quedó muy cerca, mirando fijamente a los ojos de Kailem. Y cuando el rubor de sus mejillas delató la agitación de su pecho, que con desmedro paralizaba la respiración, en ese momento Quetzel sonrió con dulzura y algo de malicia. Tomó su mano y sin despegar la mirada, agregó:

—Te va a doler..., un poco —en ese momento el frío filo de una navaja se abrió paso en la palma de su mano y ante la inesperada sensación carente de dolor, Kailem trató de alejarse, pero no pudo escapar del fuego en sus ojos; luego sintió la vida resbalar entre sus dedos y a pesar de ello jamás percibió el peligro, pasó un momento y al fin la piel de fuego se avivó en Quetzel—. Eso bastará —dijo, mientras el aroma de las cenizas de luna embriagaban los sentidos. Dio un paso atrás, perturbando el cruce de las miradas y dejando brotar el desconcierto irónico de un momento extraño. Sonrieron para apaciguar el entorno y de pronto Quetzel levantó sus manos empapadas en sangre, mientras que en el cielo gruesas y oscuras nubes empezaban a formarse y a girar a su alrededor; en ese instante un rayo cayó y la sangre desapareció, dejando una llama de fuego viva casi inexistente como un simple suspiro en el frío.

Fue muy repentino y rápido, pero el aroma delicioso de la sangre entrelazada persistió como la esencia de un perfume recién descubierto, esencia que se dejó sentir como una mirada furtiva e inesperada, que con firme voz inescrupulosa se deja llevar ante la incierta posibilidad de una atracción no entendida.

*«Una simple mirada que despierta lo impredecible que como un antojo revolotea creando las bases de una fantasía que añora hacerse realidad, pero su brevedad delata que la intención mueve el pensamiento y este alimenta el deseo, pero el deseo jamás llega a tocar el corazón. Sin embargo, no deja de ser una sensación hermosa».*

Quetzel sintió brotar algo en su pecho, respiró con profundidad y suavidad y detuvo el deseo, pues los tiempos se quejan por asuntos que disimulan su importancia en la frialdad de los cambios y el acecho de la muerte que no deja de observar.

—Tres días Kailem y los dioses elementales te buscarán, no olvides que uno representa la magia y el otro el poder. El que te busque es el que predomina en ti...

Dicho eso sonrió y en el momento en que se disponía a alejarse, Kailem la retuvo sujetándole de la mano:

—Espera Quetzal... —Aunque la intención era solo retenerla un momento para darle las gracias, fue inevitable que ante el primer tirón las miradas reanudaran las chispas que anhelaban extinguirse, sin éxito alguno—. Gracias Quetzal, no olvidaré tu gentileza, así como tampoco tu petición.

Quetzal entrecerró los ojos y se rio de la intrepidez escondida.

—Era un trato, no una petición —respondió.

—Lo que sea... —Ambos sonrieron y dejaron que la noche los separase.

Bastó solo un momento de descuido y la silueta de Quetzal desapareció entre los rayos de luna.

Kailem miró el cielo estrellado disfrutando del momento y gozando de la música nocturna, cuando el silencio al fin deslumbró la astuta jugada del destino, que traza caminos distintos para pulir almas afines y reunir las después en un mismo lugar. Sin embargo, la pena de una separación que se avecina y lo impreciso de la meta, rasgaban el cariño de un viaje turbulento.

Kailem pensativo se acercó a un arbusto voluminoso que rodeaba una gran roca, parecía un lugar adecuado para dejar brotar las posibilidades invadidas de pensamientos y abrazarse al descanso y en medio de los pensamientos alborotados e incontrolables, la suave voz de O'da brindó un poco de paz.

—Aunque el camino nos separe, nuestra misión nos une y confío que nos veremos pronto en las Tierras del Viento... Ya deja de pensar tanto Kailem...

—Me es difícil concebir el viaje sin ustedes, pero también estoy convencido de que en algún momento nuestros destinos se hicieron uno y es por ello que no me preocupo, pues estemos dónde estemos, estaremos caminando el mismo camino y en la meta nos veremos, eso lo sé. Sin embargo O'da, ¿acaso no sientes el peligro en tus instintos? Si fallamos, todos los Liliams se perderán.

—Mi querido Kailem, no fallaremos. El espíritu de mi padre de alguna forma nos está guiando y mi voluntad se resiste al fracaso. No desvanzcas mi guardián, guarda el llanto así como yo guardaré el mío para cuando culminemos nuestra misión.

Esa noche O'da me abrazó con todas sus fuerzas por primera vez y al corresponderle pude tocar la delicadeza de su ser y comprender su hermoso corazón detrás de la fuerza en sus ojos.

Había aprendido a quererla, mi amiga y mi princesa, a pesar de su gran fe yo sabía que no lograba escapar por completo del presagio y de las incertidumbres futuras. Su mirada no dejaba escapar su objetivo y tal vez por esa concentración tan plena en su misión, el cansancio y la fatiga exterior no tenían acceso. Energía plena en convicción, reconfortante para encarar el destino sin titubear.

## Ola inquebrantable



Las Tierras de A'gol al fin frente a mí, la vista es plena y hasta el aire empieza a temblar ante mis intenciones. Se ve tan pequeña esta pobre ciudad desde aquí, tan indefensa ante mis ojos. Próspera e ilusa ante la ambición del poder. Seguramente reclamarán, seguramente maldecirán, seguramente llorarán y sin duda sangrará. Seré la causa de la llaga, pero también seré su sanador. Por ahora están acostumbrados a la inmundicia y son incapaces de ver el pus brotar frente a sus narices. Pero cuando el causante de esa infección caiga ante mis manos, esta ciudad empezará a sanar.

—Mira Ranzor, la noche acelera su llegada; pero es incapaz de apagar el fuego que caerá...

—Lord Zandar, es su raza, su familia, su primo a quien quiere destruir.

—¡Silencio Ranzor! Destruir en mi familia es solo tradición; si mi primo A'gol no está listo para esto, entonces no es mi familia y se merecerá todas las aberraciones que mi mente ha socavado en mis oscuros días. Ustedes como Tantros también deberían percibirlo, ¿sienten eso? —Zandar inhaló con fuerza y nuevamente preguntó —: ¿Lo sienten?

—No mi lord, respondió Ranzor.

Zandar observó de reojo.

—No lo sientes, porque solo puedes ver una parte del panorama y no te concentras en todo a la vez. Descuida, en algún momento lo entenderás —levantó una mano que se dejó ver en el crepúsculo, luego miró profundamente a la ciudad de Zugh que brillaba con el engaño del ocaso—. Ahora mira Ranzor... la fantasía, la ilusión en solo un movimiento, ahí lo sentirás.

En ese momento, dejó caer secamente su brazo levantado y la lluvia de fuego barrió los colores del precario anochecer con la llegada de la luz quemante y nostálgica de la aberración que las flechas envueltas en fuego llevan en su camino, para así sembrar el fuego y cosechar el carbón.

El pánico fue total, los lamentos entrecortados y silenciados solo agregaban colores a la barbarie. Los que podían corrían buscando refugio, y encontraban el fatuo consuelo al abrirse paso por los escombros y al llegar a las puertas que en antaño daban la bienvenida se sentían regocijados de cruzarla y dejar atrás las cenizas. Pero sus suertes estaban atadas y lo único que encontraban era el fresco viento contaminado con el aliento del ejército de Zandar, que no permitirían que se exhale un suspiro que no fuera el propio.

El Puerto de Zugh se hundía, no en el agua, sino en las olas de fuego. Zandar observaba sereno el genocidio y no muy lejos en las faldas del volcán de Zugh; A'gol observaba a Zandar y lo imaginaba arder, su corazón se llenaba de ira a pesar del esfuerzo por no dejarse seducir al error de la pronta retribución. Soltó un chasquido provocado al soltar parte de sus labios de la tensión inaguantable de sus colmillos.

—La deshonra ha caído en nuestro pueblo, tarde o temprano la codicia de la corona estallará, jamás pensé que llegaría sin respeto. Hubo un tiempo en el que esa palabra tenía valor, ¿cuándo dejamos entrar al cinismo en nuestro actuar?, es algo que me he preguntado desde siempre; solíamos cooperar, no la mediocre colaboración de hoy en día en el que se busca el propio beneficio más que el de los demás. Entendíamos lo que era cooperar y era algo natural, era un acto tan sencillo que engrandecía en el anonimato al que lo hacía. Tal vez ese inocente deseo de querer hacernos notar corrompió todo... Y ahora mientras dejas tu imagen serena en la distancia apareces como un ladrón, como un traidor que escupe y reniega de su origen y sin vacilar ataca a su propia familia por la espalda. Si querías reconocimiento pues ya lo tienes... Te has vuelto astuto y fuerte Zandar, te has burlado y has dado inicio a la guerra entre hermanos. De pronto una sensación desconocida aulló al delirio y la sangre que se contenía en su pecho por la ira, se rebalsó gracias al impulso de la tos provocada, dejando a A'gol sin aire repentinamente.

—Te equivocas A'gol, no soy ningún traidor, soy un reformador. Te ataco de este modo porque es lo que mereces. En toda tu existencia ante algún peligro tu mejor reacción siempre ha sido escapar y mírate ahora, lo ibas a volver a hacer. Jamás te ha importado tu pueblo, mucho menos sus vidas. Siempre preferiste solo llorarlos en soledad, para avivar tu patético goce nacido del sufrimiento. Como parásito vives de su dolor y añoras comodidad, eres repudio ante mis ojos. —Zandar torció ligeramente la daga incrustada en la espalda de A'gol, mientras agregaba—: No perdono a los cobardes, pero si renuncias a tu derecho al trono podría hacer una excepción, ¿qué respondes a eso A'gol?

—Renuncio al torneo... Ahí lo tienes, déjame vivir... —respondió A'gol con cierta indiferencia a pesar del temblor en sus rodillas.

—Y nuevamente quieres escapar, te doy una oportunidad para redimir el orgullo Yabel y nuevamente escoges escapar. Pero te agradezco por reafirmar y respaldar mi actuar, los Yabel no necesitan de cobardes... Predije tus movimientos, siempre buscas ver para luego con desdén escapar. Aún recuerdo tus lágrimas por el sufrimiento



ajeno, pero recuerdo aún más tu sonrisa al final. Eres un sádico, un cobarde. — Profundizando el dolor causado por la daga, Zandar cogió los cabellos de A'gol y lo levantó por los aires—. Observa el danzar del fuego... —A'gol, al ver a su pueblo arder entristeció y justo antes de que su naturaleza sonriera de placer, Zandar arrancó su cabeza quedando en ella una media sonrisa, irónica y blasfema. Luego entre susurros y mostrando la cabeza liberada del cuerpo, agregó—: ¡Este es mi primer estandarte, este es el inicio de un nuevo imperio!

Las loas no tardaron y como un estruendo que viaja de boca en boca, las nueve cabezas restantes aspirantes al trono del viento, giraron ante el susurro de la guerra iniciada.

—¿Ahora entiendes Ranzor, o aún no logras ver el panorama?

Ranzor contempló la ciudad de Zugh envuelta en escombros, los cadáveres adornaban ahora las calles y los chasquidos de la carne procuradas por el calor, habían reemplazado el canto de las aves. No había nada más que muerte y esa fue la respuesta de Ranzor:

—Solo hay muerte, el panorama que veo es solo muerte...

—Es una lástima que aún no logres ver más allá, pero te garantizo que al final de la jornada empezarás a comprender que la muerte es solo inicio de un cambio, que no se puede sembrar cuando la maleza abunda y que jamás habrá fruto sino se prepara la tierra, porque es fácil elogiar el musgo que crece en la piedra cuando se desconoce la belleza de una flor. Ve Ranzor, no hay tiempo que perder. Ve, antes que la luna abandone su esplendor, avisa a las tropas que debemos partir y dar la estocada a Kraus, antes que sus legiones se organicen.

Ranzor dio una mirada rápida a la ciudad destruida y con rauda convicción tal vez comedia por el caos respondió de inmediato.

—Sí, mi lord.

—Y... Ranzor es tiempo de que los Tantros llamen a sus legiones, diles que Zandar solicita su poder.

—Que así sea mi lord, ¿dónde nos encontraremos?

—La ciudad Yabel del Cáliz, Tenas... es el próximo a mis planes.

Ranzor al escuchar el destino de la siguiente misión no pudo evitar el asombro, el cual se dibujó en sus ojos y a pesar de intentar controlar su postura; las facciones de su rostro delataron la incredulidad sin sentido. A pesar de haber escuchado claramente el mensaje y sin poder contener más la duda, preguntó:

—¿Atacaremos Tenas?...

Zandar saboreó la pregunta y mirando fijamente a Ranzor, respondió:

—Tenas es solo una distracción, mi objetivo no son las ciudades, mi objetivo son las coronas y una ciudad tan antigua como Tenas, sin duda alguna sacará a las coronas de su madriguera. El hijo bastardo de mi padre, Kraus, no tardará en pedir ayuda y eso es lo que espero —luego riendo con fuerza agregó—: Hay un plan más sofisticado que ya se está llevando a cabo mientras hablamos, aun te falta mucho para

entender mi visión, pero lo entenderás muy pronto... Ve y haz lo que he dicho.

Mientras Ranzor se alejaba, una extraña sensación se apoderó de Zandar, un escalofrío tan gélido que sacudió su cuerpo y sin dudar mirando el horizonte supo que otras fuerzas empezaban a moverse en la lejanía; imprevistos mencionó, pero hasta él mismo se sintió ofuscado. Cerró los ojos por un momento y recuperando el vigor susurró para sí mismo «soy la ola inquebrantable, si algo está en mi camino lo destruiré».

## Delirio enfocado



Que viento tan cálido que busca refrescar el calor de mi pecho que aún se reprime de tanta pena e ira, el sol no tiene piedad y no dejará de calentar hasta que termine la odisea. Aún mi jornada no ha terminado, entonces, ¿por qué mi ira se ha detenido o es acaso qué solo he aprendido a controlarla? La presión en mi pecho es inmensa y mi pena se compara a una vida en la oscuridad, con una ventana que deja ver la luz de la alegría efímera y maldita.

Mi querido hijo, mi querido Ortel..., se desgarró mi corazón de solo pensar en ti y me resulta ofensiva la ironía de la vida. Perdóname hijo mío, a pesar de tener a tu verdugo en mis manos no pude acabar con él. Nefasta circunstancia que arrebató la miel de mis dedos, absurda incoherencia que consume mi ser...

Mi querido Ortel, la sangre de tu verdugo tiñó el Bosque de Marfil, pero su vida se me escapó por la gran explosión. Por el viejo rey que se rindió volviéndose sacrificio de los perros, pero su sacrificio mi maldición, porque su cuerpo cayó para arrebatarme la venganza y darle la victoria al único cuya existencia aviva este dolor. Mi ser cayó en sus manos, pero él no la tomó; ahora solo el cielo azul queda y no puedo dejar de ver ni de entender la ironía. ¿Por qué ese monstruo sin corazón de pronto mostró tenerlo? No logro entender, pero vi su intención cuando levantó la espada, estaba listo para arrebatarme la venganza, pero una luz brotó en esos ojos muertos y repletos de odio, y simplemente me dejó aquí, atrapado entre las maderas de un rey junto al cielo que no deja de reír; ironía que rasga mi garganta, blasfemia que ensucia mi orgullo, confusión que se retuerce en mi ira, dejando sin alimento mi cólera... Tal vez ahora esté inmóvil y herido, pero aún estoy vivo y mi mente está más clara; el tiempo está de mi lado y al fin comprendo y veo con certeza al verdadero causante de este delirio. No es la mano sino la mente la que ordena y obliga al actuar, y aun así el actuar no se libra de la condena; caprichosa ignorancia, esa es la base del error, he sido ignorante al pensar que una vida bastaría para saciar

este dolor, pero ni siquiera un exterminio lo lograría, perdóname hijo mío por hacerte aún esperar.

Ormus sintió que sus fuerzas regresaban junto al fresco del viento, sonrió sin dejar de ver el cielo y al fin después de días en silencio; atrapado por sus pensamientos, más que por los escombros, tomó una gran bocanada de aire y con todas sus fuerzas rugió. La inminente furia desató el fuego y los seres se estremecieron. Lentamente los escombros se convirtieron en cenizas y liberaron al ser que ya clamaba iniciar su venganza.

Luego de unos minutos solo las cenizas cubrían y ocultaban el cuerpo hirviente y oscuro por el carbón inexistente ante los escombros, las cenizas cobijaban a la bestia exhausta quién a su vez cerraba los ojos, evitando el sueño y concentrándose en su recuperación.

Unas horas pasaron y ya el radiante sol se tambaleaba en el horizonte, mientras que los residuos del fuego atraían a los curiosos, quienes exaltados buscaban una causa y un por qué al fenómeno.

Incautos dejaron sus huellas en las cenizas y estas se convertirían en el alimento en la noche, mientras que sus palabras lanzadas al aburrimiento, serían la guía que la bestia esperaba en silencio.

—Barú, ¿viste la explosión?, ¿qué pudo haber causado este desastre? —preguntó uno de los curiosos, mientras jadeaba por el cansancio camuflado por la curiosidad.

—Fue algo impresionante, fue como un tornado de fuego que se elevó hasta las nubes; ¿será qué es un indicativo del solsticio de Agnaruk?

—Qué tontería es esa. No me digas que los mitos son tu nuevo pasatiempo.

—Mito. —Barú rio con sarcasmo—, eso no es un mito y ya estamos en esa fecha maldita y mira, ¿crees qué es una coincidencia esta extraña explosión?

—Ya nada debería sorprenderme, después de lo que escuché sobre el bosque blanco...

—¿Te refieres al Bosque de Marfil?

—Exactamente, dicen que era un lugar hermoso e incomparable en belleza, cómo me gustaría verlo.

—Barú, tu estultez me hace vomitar carcajadas; estamos en el Bosque de Marfil.

—Ahora eres tú el que delira, entiendo que una guerra puede dejar caos, pero lo que veo son solo retazos de muerte y escombros de robles y cerezos. Aquí no hay rastro de hojas blancas y sin ello, ¿cómo podría llamarse el bosque blanco?

—Sin duda es válida esa observación, pero te garantizo que estamos en el lugar correcto, además los escombros no son tan grandes, yo diría que alguien exageró el relato. Ven conmigo, desde la cima de aquel árbol inclinado tendremos una mejor visión.

Ambos curiosos dieron el primer paso solo para descubrir que el piso no se encontraba donde se veía y que las cenizas y los escombros no eran tan pequeños como aparentaban pues cubrían con metros de espesura la calamidad ocurrida, la

profundidad de la caída liberó los retazos blancos del infortunio mientras que los cuerpos en descomposición liberaron la fetidez de la realidad quejumbrosa.

Sus rostros empalidecieron y hasta el susto que con premura buscaba el sonido, quedó atrapado en sus gargantas, soltando solo un sollozo ahogado. Sus cuerpos se paralizaron y algunas lágrimas se abrieron camino ante la impresión, mientras que la danza oscura de las cenizas descubría el regazo de la doncella después de la guerra. Los corazones alborotados intentaron soltar las cadenas del terror creciente en su pecho y desesperados escalaron tratando de llegar a su posición inicial, pero la confusión y el infortunio solo los llevó a conocer el desamparo.

*«Nadie escoge el camino que seguirá, pues este ya está definido y preestablecido por nuestros actos en el pasado; así también nuestro futuro se va escribiendo por cada acto de nuestro presente».*

Barú y Saes espantados y mareados encontraron consuelo y cobijo en una pequeña loma que los separaba del mar de cenizas, la luna empezó a brillar alejando a la oscuridad, pero el silencio sepulcral del lugar, iba arrebatando tras cada minuto la esperanza...

—Esto es el infierno..., detesto admitirlo; pero si salimos de esta, te juro que creeré en todos tus mitos e inclusive el del solsticio que mencionaste...

—Solsticio de Agnaruk.

—Saes, no es un mito.

De pronto un suave movimiento camuflado con la luz de la luna, escarapeló a las almas, arrebatándoles el habla por segunda vez.

Luego las cenizas en reposo empezaron a flotar, mientras chispas de fuego alumbraron la noche; dando paso a una fuerte brisa que sacudió los escombros dejando ver a la criatura; forjada en fuego levantarse y gritar con fuerza, permitiendo que su furia creara una ola de cenizas en sus cuatro direcciones.

Barú y Saes quedaron petrificados y sin duda alguna la escena jamás se borraría de sus mentes. Sus corazones latieron tan fuerte que pronto se convirtieron en el único sonido del bosque y no pudieron hacer más que solo seguir con la mirada los pasos lejanos del ser que se levantó de las cenizas, dejando como única expresión la ventana de la locura.

*«Las leyendas nacen de una verdad y perduran por la impresión del narrador, cuyas palabras continúan ardiendo por el fuego de lo vivido».*

Ormus, atrapado entre la ira que busca estallar y la tranquilidad causada por la debilidad, no hacía más que ver el cielo mientras dejaba pasar sus pensamientos en un vaivén descontrolado, sin concentrarse en ninguno en particular. Cuando esa noche en medio de la muerte y del silencio escuchó con toda claridad la voluntad de Ortel, la cual se manifestaba como un susurro. No podía haber equivocación, el mensaje era claro: el solsticio de Agnaruk era el escenario perfecto para desatar su cólera, su hijo aún clamaba venganza; tanta, que se hizo escuchar y el simple mensaje encendió las llamas latentes de un corazón dolido y su calor despertó al hijo del sol que andaba

dormido. El viento rugió y el mundo se estremeció ante el primer paso de Ormus, el colérico.

Al fin se había revelado la voluntad de Ortel y esta radicaba en el arrebató de lo más amado para un Yabel: el poder...

*«La confusión del amor es producto de un apego desmesurado por un propio bienestar, se refleja en su expresión, se marca y se tergiversa en el abrupto actuar, y se corrobora por la imposibilidad de dejarlo fluir».*

Las gargantas enmudecidas que contemplaron hasta el fin las huellas de azufre, pronto se convertirían en los portadores de un nuevo mito, pues ante sus ojos el demonio de cenizas había despertado.

## Coqueteo elemental



Los días habían pasado desde que partieron O'da y Ábreas, y el frío sacudía las ventanas de las habitación en su ausencia. Ventanas que carecen de un lugar, pero que existen en el palpitar. Me acomodé pensativo mientras contemplaba danzar con gracia la vida extinta de las hojas que no olvidan el capricho. Sonreí evitando la queja y disfrutando del momento. Retiré el peso de mis armas e inmediatamente sentí nacer la libertad. Respiré profundo para darme un aliento y al no soportar más el anhelo, exhalé con fuerza logrando sentir la dicha de estar vivo. El siguiente aliento fue más pesado y por más que intenté prolongar la primera sensación este esfuerzo fue inútil, pues cuando la obligación encomendada y asumida involucra a otros, el sueño de la dicha se disipa, dando paso a la convicción y esta da vida a una alegría mayor por el simple hecho de tener un propósito revelado.

*«La vida en sí misma no es tan valiosa como el tener un propósito para ella».*

Contemplaba en silencio, cuando de pronto una voz me sorprendió:

—Kailem, mi padre quiere hablar contigo.

No me había percatado e inclusive me sorprendió sentir a Quetzel tan cerca, mis sentidos seguían agudizándose cada día, pero en esa ocasión no había logrado percibirla, giré lentamente con la intención de responder al llamado.

Quetzel estaba bella, sonreí al verla acercarse y retuve mi respuesta junto a mi respiración. Su mirada penetrante exaltaba al viento que no dejaba de tocar música, creando envidia en los celosos violines, mientras que el sol gozaba al ver la osadía de la morena que lo rechazaba cubriendo su mirada.

Ya estando cerca repitió el mensaje, mientras luchaba con el viento que no lograba evitar la tentación de tocarla.

—Kailem, mi padre quiere hablar contigo.

Sonreí con picardía, disimulé por un momento y luego respondí:

—Te escuché la primera vez...

Quetzel frunció levemente el ceño, extrañándose de la respuesta.

—¿Y por qué no contestaste?

—No es que no haya querido hacerlo, pero estoy feliz de haberme contenido...

Quetzel, estás hermosa.

—Te lo agradezco. —Quetzel no pudo evitar ruborizarse a pesar del empeño que puso en ello y su respuesta sonó con timidez, tanto que ella misma se sorprendió, pues no esperaba tener aquella debilidad que se mostraba repentinamente, luego se rio silenciosamente por el descaro, pero sin evitar preguntarse el significado de esa sensación—. Deja las bromas Kailem, deberías estar más concentrado, que tu prueba para ir a las Tierras del Viento pronto vendrá y es justo sobre eso que mi padre quiere hablar contigo.

—Entonces no lo hagamos esperar... —Quetzel me estrechó la mano para ayudarme a parar y no pude evitar pensar en lo maravilloso y libre de prejuicios que eran esas tierras. Le agradecí dándole un beso en la mano por el apoyo y por su sencillez—. Gracias Quetzel —le dije. Y luego le pedí que me indicara el camino.

—Las costumbres de tu mundo son muy extrañas, deberías saber que un beso en la mano significa fidelidad.

—En el mío gratitud y respeto... —Quetzel sonrió y se refugió señalando el camino—, ¿no vendrás conmigo?

—Te alcanzaré en breve... —susurró con timidez.

Nos despedimos con una reverencia y continué por el sendero indicado.

Los Druskas son una raza fascinante, a pesar de los pocos días que intercambiamos palabras hasta el momento no había pasado ningún instante en el que no me hubieran sorprendido. Son amables y muy sinceros, tal vez su sinceridad sea su mayor atractivo. Pero también eran salvajes y sanguinarios con lo desconocido. No temían y difícilmente dudaban, confiaban en la palabra y adoraban a un dios sanguinario, al cual iba conociendo lentamente por solo observarlos.

Su organización es muy interesante, pues no existen ni reyes, ni jefes y a sus guías los llaman invocadores, pues confían que estos han sido bendecidos por la sangre de su dios. Son diez invocadores, siete pueblos esparcidos en las llanuras y a pesar de la distancia que los separa he visto que son capaces de reconocerse, aunque jamás se hayan visto. A ese extraño don lo llaman vínculo de sangre, a mayor vínculo de sangre más cercana la familia y esta familia no está determinada necesariamente por los progenitores, sino por las promesas entre ellos. Las promesas involucran una unión, un compromiso que no ha de borrarse y este hecho es tan sagrado que solo pueden hacer tres promesas en toda su vida y divididas por su edad. Siendo la primera siempre la fidelidad y la entrega de su vida por el bienestar de su raza, la segunda y la tercera son de libre albedrío, pero que han de cumplir, pues su voz y sus palabras son su honor y su incumplimiento su perdición. Por eso, si existe algún temor en esta raza es la de no poder cumplir su juramento, ya que su dios no perdona esa ofensa y descarga su ira rompiendo la unión de sangre. Los separados mueren



poco después en el olvido.

El peso de la promesa es cargada por las dos partes y el corte que une las sangres sella el destino de uno por el incumplimiento del otro, pues lo que es sagrado, es sagrado e involucra a dos.

Observé la herida en mi mano ya casi cicatrizada, mientras la extraña sensación al sentir la sangre de Quetzal mezclarse con la mía, revoloteaba en mi memoria. No le había dado importancia al evento, hasta que empecé a entender mejor el profundo significado de lo acontecido y del riesgo que ella asumía al confiar en mí, un completo desconocido. Pero al mismo tiempo una duda conminaba lo acontecido: ¿Qué clase de prueba podría acorralar a una guerrera tan talentosa para buscar ayuda en un posible enemigo, y más aún para gastar una de sus promesas sagradas con lo desconocido? Y aunque me sentía honrado por el privilegio que implicaba, no podía evitar pensar que había alguna trampa camuflada.

Estuve atrapado en el dilema tortuoso de la intriga, hasta que una suave brisa me avisó que había llegado al lugar indicado.

En ese momento el viento silbaba sin cesar, arrastrando consigo un aroma agri dulce. A mi derecha la tierra brillaba por unos polvos que se iban esparciendo con especial cuidado por los granjeros del lugar. Eran polvos que brillaban como escarcha y fulguraban con un ritmo sin igual, logrando despertar mi mayor interés. Pero justo cuando me disponía a acercarme, un anciano cogió mi brazo y con la otra mano me mostró un poco de ese «polvo» que me había capturado.

Mi sorpresa fue inmediata y el agradecimiento aún más presto.

—¡Gracias!, ¿qué es exactamente?

—Son polienas, semillas sacadas del estómago de los saltanubes.

—¿Y qué clase de planta brota de esas semillas? —Fue inmediata la pregunta ante semejante respuesta.

—Lo que brota es la magia en la tierra, estas son tierras que han perdido la luz y nosotros solo buscamos devolverle a la tierra su misterio. Somos un ciclo de magia, nosotros proveemos y la tierra nos provee con la magia.

—Entiendo eso del ciclo, pero ¿quién provee a los saltanubes?

El anciano se alegró súbitamente y con una gran sonrisa, continuó:

—Los saltanubes son los excesos de magia que la tierra ha expulsado de sus entrañas; observa la flor de león, cuando el viento llega, las semillas parten en búsqueda de un nuevo inicio. Los saltanubes son las semillas de la magia que buscan encantar nuevas tierras.

De alguna forma acepté esas palabras, después de todo ese mundo era una locura.

Sus palabras corrigieron mi precario y errado juicio con respecto a la matanza, y la alegría de sentir disolverse una duda me llenó de gratitud, y con un reflejo inmediato pude expresarlo inclinando mi cabeza en señal de respeto hacia él.

—Mi hija tiene razón, eres un ser extraño... Nunca había conocido a alguien que se preocupara tanto por los saltanubes.

—No imaginaba a esas enormes criaturas como semillas, ¿usted es el padre de Quetzel?

—Ja ja, exactamente, mi nombre es Ketzul, soy uno de los Invocadores de este pueblo... Me disculpo contigo, pero te pido que entiendas mi curiosidad. Mi única hija ha hecho su segunda promesa, dime, si tú fueras padre y entendieras el valor de una promesa, ¿no tendrías la necesidad o la curiosidad por conocer al prometido?

—¡Prometido!

El anciano empezó a reír de forma incontrolable.

—Ya veo, vienes de las antiguas tierras de Tiamán. He visto esa expresión antes y no deja de causarme gracia —continuó riendo, pero esta vez se pudo ver un pequeño esfuerzo por controlarse—. Si bien es cierto que los de Tiamán y nosotros estamos de acuerdo que la palabra «prometido» implica honor y compromiso, es en el objetivo de su aplicación en lo que no concordamos. Así que no te preocupes, no te estoy ofreciendo a mi hija, esa no es nuestra costumbre —aún con la sonrisa en los labios y limpiándose algunas lágrimas que se resbalaban por el gozo, me miró con fuerza y agregó—: Pero no significa que la promesa que hayan realizado sea algo casual, al contrario —hizo una pausa mientras se aseguraba de haber atrapado mi atención—, lo más sagrado que tiene cada ser es el valor de sus palabras y su cumplimiento les da la integridad y solemnidad para ganarse el respeto junto a la protección en este largo camino... Los dioses cuidan a aquellos que respetan, la creación cuida a aquellos que respetan su palabra y más aún sus promesas. No te vuelvas una sombra, que estas ya sobran en nuestro mundo.

Luego, cambiando la severidad de su expresión y junto a un suspiro que revelaba la preocupación, observó con mayor detenimiento a las polienas depositadas en mi mano, para luego con la intriga naciente en su rostro dar un paso sujetando la duda revoltosa en sus labios, y sin poder contenerse, solo susurró... ¿qué es este ser?

Si bien entendía que el susurro escuchado era un revoloteo audaz de su propia duda pujante en su interior, no pude evitar disgustarme por la falta de franqueza y sin medir su intención de preguntar o callar lo susurrado, simplemente me animé a responder:

—Soy solo un extraño en tierras extrañas que no se detendrá hasta que vuelva a abrazar al ángel del árbol.

—Lo lamento Kailem, es solo..., es solo que las polienas en tu mano no han florecido, lo que te descarta como un portador de la magia, tal vez tu naturaleza sea el poder. Pero eso tampoco lo sé... Mi hija me pidió que te ayudara a encontrar tu naturaleza, para que puedas enfrentar las pruebas que vendrán.

—¿Qué pruebas?

—Si te llama el elemental de la magia, tendrás que pasar sus pruebas con magia. Si te llama el elemental del poder, tendrás que usar el poder. Es la primera vez que fallo en mis lecturas, pero tal vez ya sepas como lidiar con ellos —frunció el ceño y continuó meditando.

Era extraño pero mi corazón no se preocupaba por los elementales a pesar de la importancia de pasar sus pruebas para continuar el camino hacia las Tierras del Viento.

—No sé cómo lidiar con ello, pero confío que llegado el momento lo sabré —respondí, agradeciendo su gentileza.

—Guarda las semillas y que el Dios de la Sangre vele por tus palabras, Nia Aja'las Derubian...

—Nia Aja'las Ketzul. Cuidaré a su hija, aunque lo más probable es que ella cuide de mí —guardé las polienas y en ese mismo instante una sensación de debilidad se apoderó de mí—. Ha sido un placer hablar con usted —le dije, y al instante recordé la broma que me jugó al inicio. Volteé y agregando una reverencia junto a una sonrisa, agregué—: suegro.

—Buena suerte Kailem, ese cansancio es por los elementales, prepárate... Fue lo último que llegué a escuchar.

El mundo de los Druskas es sin duda un reino basado y forjado en honor, me siento feliz con ellos. Eran mis pensamientos mientras me alejaba; de pronto empecé a sentir una gran energía, tan cálida que me paralizó, y hasta el viento helado de la madrugada se tornó tibio como un coqueteo, transformando el aroma de las alturas en el perfume de un jardín y el camino de tierra pronto se llenó de flores carmesí, mientras que la oscuridad giraba el rostro para dar paso a la luz escurridiza que se aprovecha de la luna para brillar con fuerza, tiñendo la noche en un día azulado.

Bastó un parpadeo, para constatar que no era un sueño; de pronto el viento empezó a girar, como el nacimiento de un tornado, arrastrando las rocas, mientras que en el cielo, el mismo viento creaba un huracán repleto de relámpagos y lluvia. Quedé impresionado, sin poder reaccionar, hasta que mis piernas fallaron ante la fuerza de los elementos y caí. Luego solo pude contemplar atónito como el tornado de la tierra se unía al huracán del cielo, creando una fuerza sin precedente de atracción que empezó a jalar de mí. Inmediatamente giré y me puse a correr hacia el lado contrario, pero pronto sentí la fuerza de la succión, invoqué al Sidaré con la falsa esperanza de escapar de aquel torrente, sin embargo pronto vi resignado mi suerte y como el inicio de un suspiro, antes de la exhalación de su sonido, me vi envuelto por los aires de la incongruencia, ya que mientras me elevaba por el fenómeno, solo podía contemplar la quietud del entorno, casi inmutable; hasta llegué a pensar que andaba atrapado en una ilusión quejumbrosa, mas al abrir y cerrar los ojos con la esperanza de quitar el velo al sueño, solo logré verme atrapado entre el cielo y la tierra, mientras que la fuerza del arrastre ahogaba los gritos delirantes del estruendo.

Fútil esfuerzo que se desvanece a medida que el cuerpo se eleva, encaré al cielo para mostrar el desdén creciente al sentirme sacrificado en lo vano, pero grande fue mi sorpresa al ver las puertas del firmamento, literalmente abrirse en las nubes. Los vientos huracanados desaparecieron y como una hoja seca imitando su vaivén llegué a pisar las extrañas nubes y pude sentir la suavidad de la arena deslizarse en mis pies,

«¿será la locura que intenta cobijar el otoño?» me pregunté, manteniendo las náuseas del asombro. El panorama completo se había transformado y el precipicio alrededor invitaba a dar un paso en falso para encontrar el abrazo del vacío, solo unas cuantas nubes se encontraban apiladas, formando un pequeño camino que guiaba al gran portón, que vi en el descenso. Aún temeroso de las nubes y del abismo, con notable cautela fui arrastrando los pasos en la superficie del ensueño, sintiendo la nueva realidad vibrar con armonía. El aire era deliciosamente puro y su fragancia era sonrisa. Me reí nerviosamente por lo insólito y me armé de valor para dar un paso más y a cada paso mayor confianza. Veinte pasos adelante y al fin levanté la mirada para observar la nueva belleza natural que desplazaba a las otras bellezas de mi memoria. El cielo infinito estaba adornado de tonos naranja a distinta escala y con algodones que buscan cubrir y aislar al frío, vi que suavemente se deslizaban como un manto para cubrir al cielo y evitar un resfrío.

*«La naturaleza busca la armonía y ruge para ser encontrada. Si un corazón vive en desequilibrio; aún duerme: aunque hable, cante y coma. La naturaleza invita a estar atentos entre los despreocupados y despiertos entre los dormidos, para poder ser uno con ella y respirar sin el dilema de nuestros caprichos».*

Lentamente logré acercarme a la inmensa puerta y al hacerlo vi otra puerta más pequeña entreabierta, dudé antes de entrar, pero luego de ver que el camino de nubes se iba alejando, no quedó más opción que entrar o sucumbir en el vacío.

Receloso y con los instintos avivados por lo desconocido asomé con la mirada, sin llegar a imaginarme encontrar un gran salón, cuyas paredes y pilares se elevaban hasta el cielo y que cuya carencia de un techo le daba un vestigio único de infinidad. El piso era más sólido, pero una cortina de neblina que llegaba hasta mis pantorrillas, muy cerca de mis rodillas, cubrían su verdadero aspecto, dejando solo un alarde que con inquietud mostraba su existencia. De pronto el salón se oscureció y anonadado vi cómo se materializaba la tormenta, dejando que sus rayos y relámpagos rebotaran en las paredes del infinito y su impacto arrebató las fuerzas de mis piernas, dejándome inmóvil. Luego el estruendo sacudió aún más mis cimientos y el escalofriante estertor desatado por los relámpagos en el cielo al decir mi nombre, por poco despoja mi corazón y lo avienta al desmayo.

—¡Kailem Istramus! Soy el elemental de la magia, ¿buscas pasar al reino del viento a través de mí?

Quedé enmudecido por la impresión, hasta que un nuevo estruendo estalló detrás de mí.

—¡Kailem Istramus! Soy el elemental del poder, ¿buscas pasar al reino del viento a través de mí?

En ese momento tal vez mi corazón se perdió y mis labios hablaron desde mi subconsciente... Pensé y confiaba en mis instintos para poder enfrentar a uno de los elementales, pero la duda creciente ante dos colosos impresionantes dejó una gran perturbación en mi interior, a razón de lo inesperado. Había pasado mucho tiempo

desde la última vez que sentí tal terror, pero cuando todo mi espíritu decaía ante la presión de los elementales, un recuerdo o una visión nacida de lo más profundo de mi interior brotó, mostrándome una realidad obtusa en la que el canto delicado que se abría paso entre la lluvia dejaba ver torpemente la silueta de la causante de mi viaje, mientras que la letra de la canción describía los anhelos, tristezas y alegrías del mismo. Nuevamente volví a sentir el calor de mi cuerpo, dejando al temor escapar en una lágrima ahuyentada y perseguida por la voluntad creciente de cumplir lo prometido; mi pecho se llenó de fuerza y no dejó espacio para el temor.

Si era tiempo de morir, no caería con la mirada en el suelo, ni tampoco me arrastraría. Mis piernas se convirtieron en mi fuerza y dejando pasar el alud de pensamientos, solo quedó en mi corazón y mi mente el grito de avanzar. Volví a respirar con todas mis fuerzas y mis piernas dejaron de temblar, luego mirando a los dos elementales que esperaban una respuesta, respondí sin pensar:

—La magia es crear, el poder su producto. El poder es voluntad, la magia su realización. Uno no existe sin el otro y juntos son tres, pues lo imposible se hace posible. No soy ni magia ni poder, pero estoy frente a ustedes y al no ser ninguno, no puedo escoger a alguno, solo me mueve mi voluntad y sé que esta creará mi magia... Busco entrar a las tierras del viento para cumplir las promesas que me han arrastrado hasta aquí. Que su sabiduría despliegue el camino —dicho eso cerré los ojos ante la resignación de haber hablado sin pensar, aunque sin duda fue una respuesta de corazón, respuesta nacida no del conocimiento, sino de una fuerza aun indescriptible, pero muy real.

Los estruendos no tardaron y ante un ligero movimiento de los elementales, los relámpagos gritaron iluminando el salón y por un momento pude ver el rostro difuso y escondido en la tormenta del anciano que se esconde tras el manto de lo imperceptible, y que escondido entre los destellos evita causar un mayor impacto ocultando su verdadero aspecto, o tal vez, fue solo la creación de una mente ofuscada. Pero en el fondo, mi espíritu y mis ojos no lograron dudar.

—Nos conoces y aun así finges no hacerlo, tal vez nos has olvidado. No hay pruebas para ti Istramus, pues las puertas no se te han cerrado. Ve y termina tus quehaceres en la tierra y regresa con el llamado y tal vez reconozcas tus quehaceres en el viento.

Pausadamente y con mucha suavidad un mareo me obligó a cerrar los ojos y bastó un parpadeo para que la tormenta terminara, luego otro para ver los cimientos del salón desaparecer, quedando solo la sensación del cielo inquebrantable, para pronto desaparecer.

Nunca antes seguir un rastro se había convertido en tan gran dilema, las huellas parecían marcadas en los siete vientos y diferenciar las falsas de las verdaderas se tornaba tedioso y agotador. Sin embargo el aliento regresaba con la belleza de los paisajes develada desde las alturas, que amortiguaba la flagelación del rompecabezas, creando una perspectiva de convicción ante tan complicada tarea. Ni sus mejores técnicas lograba agilizar su marcha y por momentos presentía el yerro de su predicción y se enfrentaba al extravío completo, pero luego al invocar la cruz del vidente, poder que forjó su nombre como máximo rastreador, el sendero por recorrer se aclaraba y se volvía más diáfano de forma ilusoria, volviendo a ser difuso a la brevedad.

Cruxios, hostigado y admirado, anhelaba conocer al guardián, al ser que nublaba y confundía su visión. Se sentía halagado e intrigado, ya que jamás un adversario fue tan digno y capaz de poner a prueba su habilidad. Saboreaba el momento y hasta deseaba no estar acompañado para gozar de la cacería con libertad. Pero luego un sinsabor lo arrastraba a la realidad, pues su compañía ya mostraba la fatiga.

Una montaña más y ningún rastro cercano desataron la impaciencia de los Tantros, que hasta ese momento aún en silencio aguardaban.

—Esto no es propio de ti, Cruxios, ¿cuántas montañas y nevados más tenemos que atravesar para que tengas certeza?

—Los que sean necesarios..., pero también comparto la idea de un descanso. — Los Tantros asintieron camuflando la alegría, pues la fatiga empezaba a roer la calma de sus corazones.

Daner, uno de los más jóvenes en el grupo se apresuró en señalar un desvío. Su gran sensibilidad para percibir a los seres y sus intenciones lo marcaba como uno de los más peligrosos asesinos dentro de los Tantros. Su astucia y rápida reacción ante las diversas circunstancias era bien conocida y su manejo con las dagas aún más.

Guerrero de ojos astutos y de gran versatilidad, llevaba siempre consigo unos alfileres especialmente preparados para inmovilizar y matar procurando no llamar la atención, y era responsable de muchos asesinatos misteriosos. Su forma lo precedía, nada lo delataba, inclusive seguía siendo un misterio entre los hermanos de su orden y en muchos lugares solo lo describían como el Tantro del enigma.

—Cruxios, si seguimos por este camino el descanso se volverá una ilusión. En la montaña de Analcatar sentí algunas presencias y creo que podrían ser grandes anfitriones, al menos por una noche. No estamos lejos y si aceleramos no cabe duda de que llegaremos al atardecer.

Cruxios observó al grupo y al no encontrar objeción en sus rostros dio señal para acatar lo sugerido. No sin antes verse atrapado por la ansiedad y mientras cambiaban de camino no pudo evitar pensar en lo maravilloso que sería el encuentro entre el guardián y las tres presas que osaron burlarse de su nuevo lord. Anonadados por pensamientos de un futuro e impulsados por la determinación, pronto se acercaron a las faldas de Analcatar.

—Muy bien Daner, ¿ahora por dónde? —profirió Cruxios al contemplar la pausa de su andar.

Daner cerró los ojos y dio la impresión de que olfateaba, aunque ya entre ellos se sabía que era solo un mal hábito, indiferente a su don.

—Estamos cerca, por aquí... —Respondió; la necesidad del descanso al fin mostró sus garras y los suspiros se soltaron dejándose escuchar.

No muy lejos, un pequeño hilo de humo descubierta a la distancia delataba la ubicación reanimando los ánimos ya adormecidos, entonces aceleraron el paso impulsados por la motivación y sus corazones se aceleraron ante el simple confort.

Bastaron pocos minutos y se encontraron con un campamento que se fundía con el silencio, se miraron mientras suspiraban los anhelos.

—No es necesario ser un genio para saber que algo anda mal —murmuró Cruxios mientras levantaba una mano dando una señal para que todos se pongan en guardia. Luego rápidamente miró alrededor y se quedó sorprendido de lo agreste del lugar; no había donde ocultarse, pero sin embargo la sensación de peligro era más que notoria —. Daner, será mejor que me digas lo que ves... —Terminó la frase solo para darse cuenta de que Daner ya no se encontraba.

Drou'Rael, llamado el destructor, sonrió y mirando a Cruxios con ironía agregó:

—Vaya descanso que vamos a recibir.

El cuarto Tantro, Sheirú, la bailarina de espadas serpiente, empuñó las armas y se alejó un poco del grupo. Rael entendió el mensaje y también hizo lo mismo. En ese momento, desde lo alto del campamento una figura conocida se hacía visible, rompiendo el camuflaje entre las rocas. Su piel se había hecho uno con el entorno y solo cuando decidió moverse, recién lo pudieron ver.

—Mi nombre es Shelac, soy un Fungal, ¿qué los trae viajeros al monte de Analcatar?

—Buscamos descanso, un poco de comida y refugio del frío. Danos un precio Shelac y pagaremos por el descanso.

Drou'Rael, miró de reojo a Cruxios, tratando de entender el porqué de tanta cautela, si era solo un miserable Fungal, al cual una de sus manos bastaba para quitarlo del camino.

—Hablas con astucia viajero, ¿cuál es tu nombre?

—Soy Cruxios, venimos desde muy lejos, cobijo por una noche es todo lo que buscamos. Insistió, mientras ganaba tiempo para entender la situación.

—Entonces, quédense. Deben de saber que hay escasez de alimentos, pero pronto eso se solucionará.

Sheirú miró a Cruxios y le hizo una seña, luego desenvainó parcialmente sus espadas.

—Hablas con acertijos Shelac... —Se adelantó Cruxios ante los ojos ladinos de su interlocutor.

—No te confundas Cruxios, que no me dirigía a ti —mientras hacía una mueca, dejó escapar un cúmulo de saliva que se resbalaba en sus fauces. Luego la tierra se sacudió y se abrieron pequeños cráteres por los alrededores.

—Una lástima —sonrió Shelac mientras agregaba—, hoy ustedes serán la cena. Luego rio con más fuerza y agregó: —es solo una broma—. En ese breve momento los Tantros se dieron cuenta de que estaban rodeados y sumado a la fatiga en sus cuerpos, la amenaza subió como un cosquilleo desde sus pies hasta la cabeza. Solo Rael se mantuvo sereno y hasta algo excitado. Inmediatamente Cruxios dio un paso adelante:

—Los reconozco, son los guerreros liberados de Zandar. Temía haberme encontrado con salvajes. Sin duda alguna podemos compartir historias heroicas, mientras encaramos el frío de la noche.

Shelac hizo un raudo gesto de desconcierto, casi imperceptible, pero evidente ante un ojo entrenado:

—¿A qué te refieres?, ¿conocen ustedes a lord Zandar? —El mismo Shelac, guiado por su astucia y curiosidad buscó más información ante el señuelo lanzado por Cruxios y ahora en su mente solo se repetía «guerreros liberados por Zandar»; sin embargo, hacer una pregunta directa se convertía en una amenaza de doble filo. Sabía que tenía que buscar el modo de confirmar esa afirmación para dejar de huir como un fugitivo, pero también sabía que podría ser una treta y sin dudarlo aceptó el desafío —. Sean bienvenidos. —Ordenó que agregaran más leña al fuego y pronto quedaron todos muy cerca contemplando el calor—. Cuéntanos Cruxios, ¿cómo sabes sobre nosotros y nosotros nada de ustedes?

—Los vimos partir en la noche del festejo, el mismo día que llegamos, y al preguntarle a Zandar, él respondió: «Son los guerreros liberados».

Cruxios mantenía la cautela y prestaba toda su atención a la mayor cantidad de detalles, saboreaba la duda en su interlocutor y apreciaba el descanso. Pero al mismo



tiempo presentía los brazos de la incertidumbre cada vez más cerca. Sabía perfectamente que ni todos los Fungals serían impedimento ante los cuatro Tantros, sin embargo se aferraba a evitar el enfrentamiento.

—Entiendo, parece que la maldición también afectó a Zandar, lo cual es menos probable... Me disgusta jugar con las probabilidades... ¿Cuál sería la probabilidad de que creyera qué hemos sido liberados? —Shelac, agudizó sus ojos de reptil esperando encontrar el reflejo del miedo al desenmascarar una mentira, pero sus invitados con genuina indiferencia continuaron inmutables buscando calor; donde solo Drou'Rael, conocido como Rael, era el único que tenía una mirada de intriga posada en Cruxios y su respiración impaciente era más que evidente.

Cruxios, miró fijamente a Shelac.

—Si conoces bien a tu lord y sabes cómo obra, ¿por qué aun respiras? Después de tanto tiempo ya deberían ser solo sombras del pasado. Y a pesar de que aún respiran, mientras se cobijan del frío, ¿todavía se atreven a dudar de mis palabras?

Shelac lograba percibir un aspecto de la falsedad, y sin duda alguna, si se tratara de otros seres no hubiera dudado en desatar su ahínco para eliminar la amenaza. Pero con los presentes se sentía atado, tal vez un aviso difuso de su intuición le impedía romper la frágil cuerda que reverencia a la muerte.

Continuó inquieto jugando al hospitalario, sin poder escapar del nudo en sus entrañas. Su mente se agitó y su cuerpo se estremeció con alevosía. Por un lado la cautela lo empujaba a dar la orden de muerte, pero por el otro, sus instintos rugían alentando a dejarlos ir.

Al percibir su guerra interna Cruxios, observó con cierta pena el entorno y luego agregó:

—Tienes buenos instintos Shelac, te aseguro que nadie viene por ti, más que las sombras que revolotean en tu mente. No dejes que tu mente te divida, pues esa es su base. No permitas que tu mente te obnuble, pues esa es su naturaleza. Creará obsesiones frente a ti y dejarás de ver la realidad. Somos solo viajeros en busca de un descanso. Míranos y si alguno tiembla, haz lo que debas, pero de lo contrario, pregúntate: ¿por qué no lo hacemos?

Shelac observó y en lo profundo de su ser, en un momento en el que su mente paró el parloteo, comprendió... Y se apresuró a camuflar la tensión:

—Si no tiemblan es porque el fuego está bueno y su abrigo ha vencido a la noche.

Cruxios se sorprendió de la perspicacia de su interlocutor, se alivió y continuó disfrutando del calor. Hacía mucho tiempo que había perdido el interés en arrebatar vidas de forma innecesaria. La guerra no solo crea hábitos y desdenes, sino también agobios. A Cruxios le resultaba agobiante la muerte sin el frenesí de un buen combate, sin el éxtasis de superar a un adversario digno y así como inhalaba, el suave aire, de emoción al encontrarlo; también exhalaba con rudeza ante la frustración de lo que consideraba indigno.

Algunos lo llamaban benevolente con los débiles, pero eso era solo una máscara

de lo que en realidad su interior gritaba, pues se alegraba de evitar conflictos innecesarios, no por cobarde, sino por el acto de perdón que el mismo representaba.

—Shelac, sé que tu raza tiene el don del rastreo; ¿por casualidad vieron algunas huellas de Liliums o de algún caído que llamara su atención?

—Cualquier huella de Lilium llamaría la atención, es una raza extinta...; pero ahora que lo mencionas, sí hay algo que despertó mi curiosidad. Cerca de las montañas, por donde los nómadas se encuentran y donde los demonios Druskas marcan su territorio, en esa franja que se tiñe de lágrimas al anochecer y que brilla con estruendo en el alba; ahí han estado sucediendo cosas extrañas, como el quejido de gigantes corriendo. No sabría explicarlo, pero inclusive desde aquí se veían los destellos en la noche, acompañados por pisadas tan fuertes que preferimos no tentar a la suerte. Si algo he aprendido es que si un lugar suena es porque esconde algo, tal vez lo que buscas se encuentra por ahí.

—Tal vez... Tal vez... —Cruxios no pudo evitar sentir la posibilidad como un presagio y su corazón se aceleró, retiró el crucifijo de su cuello y apuntó hacia las tierras de Nartrandil, lugar descrito por Shelac, y apenas lo hizo al fin pudo ver nuevamente a la presa, la cual por primera vez no escapó; sino al contrario, miró fijamente con sus ojos de fuego al que se había convertido en su acosador y al entrelazar profundamente la luz de sus almas, logró entender su anhelo desbordante y brutal.

«Tú que tientes a la muerte sin pudor, tú que has perdido la razón de vivir, tú que me buscas sin descanso. Ven a mí, mira hacia donde señalo, escucha cuando y si tienes el valor estaré esperando solo por ti. Ven acompañado y me buscarás por centurias, ven desarmado y te arrebataré el corazón, ven con esa intención incansable y me encontrarás. El día será nuestro testigo, la tarde nuestra penitencia y en la noche solo un nombre quedará».

Cruxios sintió el frío helado que se aviva por el calor de un solo lado. Su corazón se agitó y al mismo tiempo sus entrañas se apretaron. Tal era la sensación que por un momento la respiración se entrecortó, momento casual de una dicha confusa, nefasto suspiro que confundió el instinto reprimido por la duda, errada interpretación de Shelac; quién creyó ver debilidad en la más pura dicha. Fue solo un reflejo de certeza y no dudó en lanzar con brutalidad las cadenas que se escondían en la tierra, pero cuando estas estuvieron cerca por cumplir su cometido y mientras los demás Fungals alistaban las garras, un zumbido impreciso atravesaba la fogata cortando de raíz una mayor tragedia, de inmediato el impulso de los de los Fungals se paralizó en el desconcierto.

Todo fue tan rápido, tan breve que la osadía se convirtió en cobardía en tan solo dos segundos. Pues nada podía explicar cómo la cabeza de Shelac, su capitán, atravesaría el campamento por los aires, al mismo tiempo que la fuerza aplicada a la cadena era detenida abruptamente. El corto lapso que las miradas de los Fungals trataron de entender lo ocurrido bastó para que el pánico se hiciera con sus vidas. En

ese momento de pánico, los Tanros, a excepción de Cruxios, sonrieron, pues su ley les permitía actuar con libertad ante una agresión no provocada, inclusive a sapiencia de la voluntad de sus maestros.

Cruxios colocó las manos en su rostro, como lamentándose por su descuido, al mismo tiempo que Drou'Rael levantaba el pesado ariete, cubierto de acero y endurecido por magia, que siempre llevaba consigo y que usaba como arma, y lo estrellaba frenéticamente en la tierra, creando una grotesca ola de rocas frente a él dirigida a los ávidos Fungals que no dudaron en actuar. La tragedia acompañaba el rugido del Tanro y la impotencia colaboró con el riego de las tierras con sangre.

Sheirú sacudió sus espadas y estas como serpientes rodearon los alrededores cortando y envenenando a todos los que se atravesaban; sonrió mirando al cielo, extasiada por los gritos de terror y dolor que a su paso dejaba.

Algunos Fungals entendieron que la muerte los había alcanzado y sabían que ese día llegaría, pero no lo esperaban tan pronto. Fieles a recibir el néctar de su cruel destino se abalanzaron cegados por la ilusión del miedo, sin embargo el grito de sus espadas no llegó a ser escuchado y en sus rostros quedó eterna la desesperación de lo inminente. Inertes quedaron los cuerpos mutilados y los pocos que buscaron escapar estaban a punto de descubrir que una súplica podría hacer tambalear a un verdugo y sin dudarlo sollozaron por piedad.

—Ya basta Sheirú, deja que esa almas continúen entre los vivos, ya nos hemos excedido, no solo hemos tomado la vida de los que nos agredieron, sino también de los que no se han enterado, ¿dónde queda el respeto de nuestra ley? —Se escuchó en medio del exceso.

—¿Qué pasa contigo Daner? Si tú eres el que inició este holocausto...

—Claro que lo inicié, porque existía la intención de agravio. Pero los que quedan solo huelen a miedo y confusión, es desagradable, tanto que apenas puedo respirar.

Sheirú no pudo contener la risa que se imponía a su mala interpretación.

—Nunca vas a dejar de sorprenderme, justo cuando pensé que había nacido algo altruista en ti me vienes con que no puedes respirar, realmente el enfermo aquí eres tú.

Daner sonrió tétricamente como asintiendo, pero su fría expresión escondía una mentira, pues sus pensamientos rodeaban una justicia extraña y no paraba de repetir lo absurdo, ya que había logrado demostrar que en el extremo de la maldad también se esconde la esencia de la más pura bondad, estaba harto de actuar como un cretino, pero no podía escapar de la emoción del peligro.

Daner miró con nostalgia a las pocas almas de Fungals que se perdían en la oscuridad y se alegró de que realmente sucediera. Guardó las dagas sin dejar de vigilar a Sheirú, quién expelía un aroma a traición. La suave brisa de la falsedad se apoderó de ella cuando las miradas se cruzaron e inmediatamente Daner corroboró la amenaza.

Como una flecha que se esconde en la oscuridad una de las espadas serpientes

rasgó la neblina que obnubilaba antiguos rencores y se llevó junto con la humedad un pedazo de piel de Daner, lo cual hubiera sido peor sino fuera por los agudos sentidos y el aroma que dejó el mensaje a tiempo.

—Lo lamento Daner, fue solo un accidente, estas cosas pasan a veces. No controlo mis habilidades cuando la «neblina se interpone». Se rio nuevamente, pero la mirada que acompañaba el gesto delataba la verdadera razón.

—Lo sé Sheirú, es algo circunstancial. Felizmente fue algo sencillo de esquivar, te imaginas si tu forma de luchar fuera tan obvia, serías la víctima perfecta —respondió Daner y mientras lo hacía fue colocando con gran sutileza sus manos en las dagas, para luego acomodarse y disimular que solo descansaba en ellas; le devolvió la sonrisa y el desprecio usando solo la mirada. En ese momento la ira se sacudió en el estómago de Sheirú y la tensión por explotar se vislumbró en el fuego de sus ojos.

—No te hagas el inocente, no sabes cómo desprecio eso de ti, aun no entiendo por qué Cruxios te invitó a unirnos, pero desde que lo hiciste no deja de brotar la felonía y hasta las noches de acción se vuelven pestilentes, sin embargo lo que más me molesta es que hasta ahora me he controlado...

—Tal vez te faltaban agallas para encararme —respondió Daner y mientras esbozaba una sonrisa hipócrita agregó—: al fin te muestras tal como eres y pensar que hablas de disimulos y felonías.

Sheirú hizo una mueca, con la cual pareció que esquivaba las buenas formas de una posible pausa al conflicto para sumarse al caos de sus pasiones; y en ese momento la tensión como un frágil hilo se tensó al límite.

Drou'Rael sujetó su ariete y miró a Cruxios, quien por primera vez ante ese tipo de eventos permanecía quieto e inmutable.

—¿No harás nada Cruxios?

Cruxios que andaba sumido en sus pensamientos, levantó la mirada lentamente y dando un vistazo indiferente susurró lo suficientemente fuerte como para responder a Drou'Rael.

—Ya es tiempo de que sus armas y su habilidad hallen la calma, porque con sus palabras jamás lo harán. —En ese instante, un pensamiento cubierto de deseos se vislumbró en su mente... ¿Será posible que se estén abriendo las puertas?, ¿será posible que el destino esté confabulando para el encuentro con el ser de luz?, ¿o es solo una circunstancia que se perfila a satisfacer mi más grande anhelo? Sea lo que sea, lo mejor será no intervenir—. Drou'... que no se maten... —agregó.

Drou'Rael rio a carcajadas y se sentó a ver el espectáculo.

Muchos años en desacuerdo habían ido recortando la tolerancia, a tal extremo que hasta la simple presencia se volvía insoportable y Sheirú ya estaba cansada. No lograba ver más que a un estorbo, pero en el fondo de su corazón no lograba entender la razón de ese desprecio. Por otro lado Daner había soportado demasiados insultos y «bromas» que atentaban a su vida y estaba más que dispuesto a restablecer el orden, a pesar que en las enseñanzas de sus maestros, la tolerancia era la base de su arte como

asesino. Daner nunca estuvo de acuerdo en solo tolerar, sabía que era importante y para comprenderlo aprendió a controlar su corazón y este no se alteraba ante ninguna circunstancia; sin embargo su propio temperamento llegaba a un límite y cruzado ese límite se debía imponer el orden con la mayor dureza y rudeza, evitando así que el desorden continúe y aunque su corazón se mantuviera tranquilo, muchas veces esa dureza en la implementación del orden lo llevó a eliminar a los causantes, convirtiendo la posible enseñanza en una presa de sus delirios.

Ahí radicaba su mayor error, pues su orden solía eliminar al desordenado y al no existir ya este, el orden quedaba inconcluso.

Sheirú miró con desprecio la sobriedad del rostro de Daner y sin poder contenerse más sacudió una de las espadas serpiente, la cual empezó a danzar a su alrededor, luego sacudió la segunda espada y esta asemejándose a una serpiente reptó un lapso de tiempo para finalmente enterrarse en la tierra.

—Parece que finalmente nadie te va a defender, ¿qué vas a hacer, traidor?, ¿huirás?, o ¿seguirás jugando al inocente con ese inexpresivo rostro tuyo? —gritó Sheirú. Pero Daner continuó sobrio e inalterable, desenvainó ligeramente la daga de su cintura, dejando que su brillo se filtre entre la funda y la amenaza; luego dio dos pasos cortos, fijó la mirada en el pecho de Sheirú y corrió hacia ella con tanta velocidad y apremio que Drou'Rael se asustó al sentir ya imposible una intervención. Sin embargo, Sheirú estaba preparada y desde la tierra se levantó una especie de red que había ido tejiendo con la expansión continua de una de sus armas. Saboreó el descuido y se jactó de que Daner cayera tan fácilmente en su trampa.

El impulso inesperado imposibilitaba cambiar de dirección sin desquebrajarse los huesos a causa de la velocidad ejercida e incluso intentarlo provocaría un impacto indeseado. Sheirú desde su posición se puso feliz e iba excitándose más a medida que Daner se acercaba a la red, entonces levantó la otra espada que estaba girando a su alrededor como una gran defensa, y la petrificó con un solo tirón formando una lanza dispuesta a atravesar a la víctima. Pero cuando Daner llegó a la red, simplemente desapareció y volvió a aparecer más cerca de Sheirú, en ese momento Sheirú volvió a tirar de las espadas y estas giraron a su alrededor y en el preciso instante, a pesar de que la figura de Daner no había llegado a aproximarse lo suficiente, grandes impactos sacudieron la temible defensa de las espadas giratorias, llamadas como «la muralla de hierro»; sin embargo el impacto sorprendió a Sheirú que aún no lograba entender el origen de esos ataques y ante el desconcierto solo atinó a reforzar la defensa que se había tambaleado con la fuerza misteriosa; buscó casi frenética a Daner y este continuaba en el mismo lugar caminando con soltura y a prudente distancia, su daga continuaba brillando, pero no había sido usada aún, lo cual intrigó aún más a Sheirú quién raras veces era sorprendida. Su capacidad de espadachina solo competía con su adaptabilidad, sumado a la experiencia en la estrategia, la convertían en el peor adversario posible, pero aun así quedó desconcertada y por primera vez, a pesar de ya haberlo escuchado muchas veces, empezó a comprender porqué llamaban a Daner el

«Tantra enigma». Empuñó con cólera, pues acababa de reconocer a su adversario sin desearlo y sintió rabia al ver como brotaba un poco de admiración en su interior.

Detuvo por completo la gran muralla y adoptó una posición netamente de ataque. Estuvo a punto de firmarse una sentencia, cuando...

—¡Hey! ¡Hey! ¡Hey! —intervino Drou'Rael—. Mejor tómallo con calma Sheirú, tú también Daner. Creo que ya expusieron claramente su posición, ¿por qué mejor no paramos esta locura?

—Por mí está bien —dijo Daner al percatarse que Drou'Rael a pesar de su tono neutro ya estaba sujetando con más fuerza el ariete.

—Se ponía interesante —agregó Sheirú—, pero era casi obvio el ganador —y antes de señalarse a sí misma, se contuvo y asintió con la cabeza que no sabía realmente quién podría haber ganado. Era la primera vez que Sheirú reconocía a Daner. Por otro lado Daner correspondió asintiendo también y sintió en su interior como el profundo odio guardado en su corazón empezaba a transformarse y se asustó, pues comprendió que en la gran ironía del odio, también se esconde el aprecio y que por lo tanto el orden que siempre buscaba implantar estaba errado. Pues no existe un orden puro, porque así como el aprecio se esconde en el peor de los odios, pues así también el caos se disfraza en el mayor orden y que justamente por ello, él jamás había logrado cumplir su objetivo... Ordenar.

Se sintió miserable al recordar en una ráfaga mental todas las vidas sacrificadas por su delirio, pero descubrió que no existe un orden puro que él podría implantar o hacer cumplir. Porque en lo más puro se encuentra el error y en lo más sagrado se esconde el pecado, entonces cómo cumplir su misión, cómo ordenar al mundo si él era un caos... Se mordió el labio inferior y solo llegó a escuchar un murmullo indiferente, pero que contenía la más pura esencia de su gran pesar: «Maldición, te he fallado maestro».

En ese momento, al fin Cruxios se levantó y logró despejar las espesas nubes que carcomían con desdén su vitalidad, se acercó a sus compañeros y sin soportarlo más, les dijo:

—Deberán continuar sin mí, la locura me ha vencido... Es probable que no vuelvan a saber de mí, pero si lo hacen seré otro. Una razón ha aparecido para volver a sentirme vivo, razón que espera por mí y se va convirtiendo en locura. Mucho tiempo mi corazón estaba dormido y esta vez vuelve a latir con fuerza... El combate lo es todo para mí, la guerra siempre fue solo una excusa, mi responsabilidad en nuestra misión me ata y me veo obligado a pedirles este gran favor... Continúen sin mí y terminen la misión, los que buscamos se encuentran en la tierra de los Druskas. Consigan sus cabezas, pero sobre todo a lord Zandar le interesa algo que llevan con ellos, obténganlo y sean libres para hacer lo que deseen, estoy seguro que lord Zandar los premiará bien..., seguramente ya empezó su propia guerra.

Drou'Rael se rio con fuerza.

—Maldito Cruxios, hace mucho que no te veía así. Termina pronto con esa

absurda fijación, no es necesario que nos expliques más sobre tus vanidades y extravagancias que son bien conocidas. Ve que nadie te retiene. Para esta misión solo bastaba uno de nosotros, pero ya que estamos aquí veremos cómo divertirnos, obviamente las consecuencias de nuestros actos serán pagados por ti, capitán.

—Cómo siempre —respondió Cruxios—, entonces rogaré que no haya quién cobre...

Drou'Rael y Sheirú rieron gozando de su propia crueldad; luego se despidieron sencillamente, de forma casual, con un simple nos vemos...

## Sacrilego inicio



«Las sombras están susurrando, pero son tantas que no logro escuchar, mi corazón está sediento y no logro descubrir con que saciarlo, mis pasos se han vuelto extraños y a veces no sé dónde estoy, mi mente se ha perdido o son solo los heraldos de antaño que cabalgan sin miedo sobre mí, ¿será qué he cambiado?, o solo ha revivido la oscuridad en mí».

Desde la caída del gran rey, algo en Ábreas había cambiado. Su corazón se teñía de negro y brotaban espinas tenebrosas en su espíritu, temía que la maldición que liberó a tantos hubiera develado el verdadero horror de su naturaleza, inclusive las sombras habían sentido la debilidad en su espíritu y ahora no paraban de susurrar. Tantas voces confundían las suyas y hasta se sentía ajeno en su actuar; de pronto se sacudía y gritaba en silencio y solo así recuperaba la compostura, al menos por un momento. «¡Basta!», volvió a repetir, y el aire aplastado en sus pulmones resbaló con suavidad; seguidamente inhaló con fuerza, pero mientras lo hacía su cuerpo se conmovió entorpeciendo su respiración. «¿Qué está pasándome?», habló en un estado de soliloquio. Se inclinó y cogió algo de tierra, luego la presionó con fuerza. «¡Basta!», volvió a gritar a los susurros encontrando un breve descanso...

—¿Sombras, por qué se han vuelto contra mí? —logró preguntar mientras el cansancio, camuflado por la noche, creaba la excusa perfecta para disimular el confort en medio de un desmayo.

Ábreas despertó en la madrugada, impulsado por unas náuseas incontrolables que lo llevaron a vomitar y continuó sin parar por horas; en un punto pensó que lo que arrojaba era sangre, pero pronto distinguió que se asemejaba más a una masa negra, parecida a la brea; de inmediato reconoció que era obra de las sombras. Se encolerizó y exigió una explicación, pero el silencio de la noche se vio invadido nuevamente por los susurros, estuvo a punto de enloquecer, cuando una voz disipó el tormento.

—¿Ábreas? Pensé que ya habías partido, pero me alegra encontrarte.



*«Cuando lo externo distrae lo interno, hay una aparente paz».*

—Princesa O'da, parece que también tienes dudas sobre las pruebas de los elementales. —O'da se acercó un paso más y se sentó cerca.

—Dudas... Pero no por las pruebas, sino ante la posibilidad de que acuda el elemental del poder... Mi padre no gobernaba por magia, su naturaleza era el poder y él siempre me decía que el poder era cruel, porque te hipnotiza y lentamente te roba lo más querido dejando solo un vacío que busca más poder. Si mi padre con toda su sabiduría lo temía, ¿cómo podré enfrentarme a él?

—Mi princesa, ¿realmente eso es lo que temes? —O'da miró complacida, pero algo cambió en su expresión.

—No realmente... ¿Te encuentras bien?

—Solo un poco cansado... No, perdido...

—¿Ábreas? Qué le pasaron a tus ojos, ¿quién eres? —La sola pregunta contestó la incógnita que ya estaba naciendo en el corazón de Ábreas.

Retrocedió un paso instintivamente, tratando de no mostrar mayor sorpresa, se precipitó luego y volvió a preguntar.

—¿Quién eres y qué haces en un cuerpo que no te pertenece?

—«Ábreas» rio, sigo siendo yo princesa, pero las sombras siguen siendo muchas..., la maldición liberada es mi maldición, mi cordura aún es estable, pero mis intenciones están cambiando. Entiende lo que te digo y empieza a verme como a un enemigo. Siento como la amistad y el cariño en mi pecho se va transformando y esa debilidad está moviendo a las sombras que ahora buscan un cuerpo, comprende..., que si no acabas hoy conmigo, después yo acabaré contigo.

Las duras palabras de Ábreas ayudaran a que en los ojos de O'da brotaran lágrimas, lágrimas que resbalaban lentamente en un rostro impávido, lágrimas de comprensión que al llegar a su labio ya sabían a despedida.

—No te dejes vencer Ábreas, no importa cuántas sombras hayan en tu camino, te esperaremos en las Tierras del Viento. Ahora entiéndelo bien..., nos veremos ahí; mientras tanto, aléjate..., aléjate de mí, querido Ábreas.

*«El dolor y la pena es inexplicable cuando se mezclan con la apariencia de la rudeza, y el desamparo suele mostrarse fuerte para evitar el propio abandono».*

Las sombras no tardaron en desaparecer y la soledad al fin se mostró, O'da limpió su rostro y bajo el cuarto creciente que señala el inicio, cerró los ojos y continuó la marcha solitaria que se imponía ante ella, miró atrás luego de una pausa y añoró como nunca antes la compañía.

En su interior O'da sabía del poder de la maldición, pero jamás imaginó que el corazón de las sombras sería arrastrado a pesar de haber luchado tanto tiempo por la luz, por la liberación de los afligidos, sabiendo o no que su éxito sería la más contundente oscuridad y era justamente por eso que O'da aún confiaba en la nobleza del corazón de Ábreas, que se cultivó durante la maldición, ¿pero esa nobleza bastaría para contener a la oscuridad?

Su silueta bajo la luna era el cántico de la soledad y la desventura, pero la firmeza de sus pasos era la misión inquebrantable que dejaba relucir la voluntad de los Liliiums.

O'da subió a lo más alto de la montaña y sin parpadear, a pesar del viento agitado, invocó a los elementales que ya esperaban el llamado.

Los cielos se abrieron y los truenos sacudieron con vehemencia dejando libre a la voz del viento, quien invita a pasar a sus fauces sin dudar en tragar y en medio del holocausto, la voz de los elementales retumbó:

—Princesa de los Liliiums, Krimdalini O'da Anamutsa, ¿a quién invocas?

En un inicio la duda de O'da recaía en dar una respuesta equivocada, pero llegó a comprender que realmente no existía tal respuesta, lo único que podía errar era su convicción. El torneo del viento tenía que ser superado, no había más opción. Toda su raza esperaba por su éxito y no había espacio para dudas. Por lo que respondió:

—A quién quiera escuchar.

Los elementales se sorprendieron, pues era inusual la indiferencia de aquellos que buscan la preciada invitación a las Tierras del Viento y su sorpresa se reflejó en un disturbio en la tormenta.

—Entonces te escucharemos, dicho eso un gran salón apareció a su alrededor y la figura imponente de los elementales empezó a materializarse frente a ella, sus rostros pacientes cubiertos de rayos y truenos les daba un aura modesto que reflejaba sabiduría.

O'da los saludó con respeto, con una suave venia y manteniéndola, con una voz suave, se dirigió a ellos:

—Mi vida por la de otros, esa es mi resolución.

—No buscas ni la magia, ni el poder, pero sin embargo nos invocas; es interesante, hoy contigo ya son dos los que nos sorprenden del mismo modo. Tus nobles intenciones nos asombran, ¿pero tendrás la fuerza para superar los desafíos? Las Tierras del Viento es un lugar sagrado, manchado de sangre y ambición, ¿tu resolución bastará para soportar los crímenes que seguramente acontecerán o serás arrastrada a la tragedia de la sed de sangre?, coge esa daga y deja una muestra de tu convicción.

Inmediatamente una nube se despejó dejando ver la espalda de un ser que estaba encadenado.

O'da se sorprendió al reconocer la piel del extraño, pues se trataba de un Liliium, uno de los sobrevivientes, el cual se encontraba algo desnutrido, pero al sentirse observado volteó y luego de un lapso estalló de felicidad al ver a su princesa. Ella no pudo evitarlo y fue muy rápido a su encuentro, luego lo abrazó con fuerza. En ese momento una macabra corazonada que pronto se haría realidad removió su estómago.

El salón se volvió tétrico y el elemental de la magia alzó la voz:

—Una vida, una invitación... —Mientras lo pronunciaba, el elemental del poder inició su retirada.

O'da posó su mirada en el ingenuo Liliium, lo abrazó con más fuerza, susurró algo en su oído y se levantó.

—Los tiempos cambian de manera indecible, y cuánto más seguridad el pasar de los siglos otorga, más inesperada se hace la respuesta a una incógnita sugerida, eso es lo que aprendí en la época de la maldición y esta a su vez me enseñó algo no muy digno para algunos, pero necesario..., acepto tu propuesta: «Una vida, una invitación» —respondió O'da, luego agregó—: ¡Parasid Natura! —el poder macabro que en su momento decidió jamás volver a usar se convirtió en la única respuesta posible, ante la crueldad revelada y camuflada...— Si este torneo es convertir a los seres en monstruos, para qué esperar a que empiece, si lo grotesco de la existencia ya todos lo llevamos dentro y pensar que de alguna forma les tenía respeto.

—¿Qué has hecho insolente criatura?

—Escoger, tal como lo pediste, y escogí tu vida... shh... shh... es una lástima que estés hecho de magia, si no lo has notado existí todo este tiempo alimentándome de magia, ahora te das cuenta que eres un bocado más.

—Tú..., eres el demonio de Lepand, cómo te atreves a pisar tierra sagrada.

—Sí, me solían llamar así, admito que mis crímenes son grandes, devoré a la comunidad mágica de Lepand; no quedó nadie con vida y eso era necesario, soy egoísta cuando se trata de mi raza, mantuve la vaga ilusión de cambiar, pero es imposible mientras existan seres iguales a mí... shh... shh..., si las fuerzas te abandonan vuélvete uno conmigo indefenso elemental. Ostentabas tu poder, pero no eres más que un instrumento; ahora, tú pierdes tu libertad y yo mi derecho a ser una Liliium, por romper las leyes naturales que me preceden... shh... shh... pediste una vida, escogí la tuya...

Los cielos empezaron a retumbar guiados por los gritos silenciados del gran elemental, y los seres de magia sintieron el ocaso del cambio, que con cruel clemencia daba un paso adelante sin previo aviso; el rostro estupefacto del Liliium frente a ella se horrorizaba y ante la creciente náusea causada por el espanto, sujetó con fuerza sus entrañas, para correr desbocadamente del macabro evento frente a sus ojos.

El mayor crimen de su raza, la magia oscura. No volvería a ser una Liliium, eso lo sabía bien, sería rechazada, pues ya quién podría reconocer su esencia, pero al menos los salvaría. Para ella siempre fue un viaje sin retorno, una misión que lo exige todo.

Lentamente el cielo aplacó su ira y el terrible elemental se convirtió en un recuerdo cuya imagen es perenne, pero que carece de voluntad.

La inocencia se marchitaba y el demonio de Lepand se levantaba, con la invitación marcada en el brazo.

«*El origen del mayor mal radica en el deseo incontrolable de hacer el mayor bien*».

—Ahora solo es cuestión de tiempo... —susurró Lepand...

## Los amantes Vonak y Fenak



«La ciudad del Cáliz; Tenas, se siente lejana y mis labios se cubren de saliva cada vez que pienso en ella, pero también mi pecho se ofusca, la muerte puede convertirse en un pasatiempo macabro y suele engañar al ejecutor con el poder... No pienso caer en ese juego, pues soy la ola inquebrantable que aplastará a los que se interpongan en mi camino y los que se ahoguen ante mí, merecerán la muerte».

Pensaba Zandar mientras viajaba en una elegante carreta, con la cabeza apoyada en una de sus manos, con la mirada fija e inamovible; respiraba con lentitud y exhalaba con aspereza. La ansiedad y un fastidio inusual se habían apoderado de él. ¿Qué es esta sensación irritante, me equivoco en atacar Tenas? Se preguntaba con singular constancia, pero inmediatamente se respondía: es todo o nada...

De pronto la gran caravana se detuvo y la mirada en contemplación se perdió, Zandar levantó el rostro y vio correr con soltura a uno de sus capitanes que se dirigía a él.

—Lord Zandar... Hay problemas, es algo que no esperábamos. —La agitación entrecortaba el mensaje, pero lo escuchado era suficiente para Zandar.

—Los problemas a estas alturas es lo más esperado —bajó del carruaje y su larga capa llegó hasta el piso, observó con disimulo el nerviosismo de sus tropas y se intrigó, avanzó calmadamente entre los aguerridos soldados y al llegar a la primera línea, comprendió el porqué del nerviosismo.

Frente a él la gloriosa ciudad de Tenas, protegida por sus campeones; tres enormes legiones diferenciadas por sus estandartes los estaban esperando. Las legiones de Tenas se reconocían fácilmente por sus ropajes amarillos, en el cual una espiga de trigo estaba dibujada; la temible legión de Airos con el estandarte del león y comandaba por Séphiro, uno de los hermanos de Zandar; y la legión de las lanzas Mercherled, comandada por Anonasta, emperatriz Yabel.

Los tres estandartes eran reconocidos y temidos; y por primera vez, flameaban

juntos. El aire seco irritó la garganta de Zandar, pero un trago de saliva alivió el fastidio, entonces con voz enérgica, gritó: «Acamparemos aquí, preparen las defensas, corten los caminos cercanos, rompan los puentes y que nuestros vigías exploren en treientos sesenta grados; nos comunicaremos con los cuervos, resguarden las reservas de alimento y esperemos...».

Era innegable el alboroto y el caos de las tropas tratando de hacer con eficiencia lo que solo se puede hacer con paciencia, los nervios y la ambición amilanada resultaban grotescos ante la mirada rabiosa de la fiera que se siente por un momento acorralada. Sin embargo, en sus semblantes se dibujaba algo que ya se esperaba.

Desde lo alto de la montaña, los cuervos volaban sin parar, comunicando hasta el más insignificante movimiento. Hasta que de pronto el gran cuerno de Tenas retumbó y el ejército de las tres cabezas rugió, obligando a las legiones de Zandar sentir el frío terror que penetraba y tambaleaba sus cuerpos confusos. El ejército de Zandar se inquietó, pero no fue hasta que un cuervo se acercó a él, cuando recién se estremeció. Miró con desprecio el sur, luego se apoyó con pesadez, levantó una mano y todo el ejército se alistó para el combate y no lejos, las loas hacia su comandante desataron el frenesí y camuflaron el primer vértigo de temor que el enemigo había sembrado en sus corazones; el bullicio se elevó hasta las nubes y esta vez las tres cabezas se pasmaron recibiendo un poco de su propio terror.

Zandar fue bajando la mano a su vez que se elevaba y emprendía el descenso de la montaña; no muy lejos Kraus, Séphiro y Anonasta también se elevaban y con sutil confianza se acercaron y se reunieron en el centro de lo que podría convertirse en un holocausto. El fresco viento en vano trató de aplacar las llamas encendidas que marcaban sus intenciones, las miradas furibundas ocultaban la ambición, mientras se exhalaba la vil mentira que tentaba a la rendición y al perdón de los inocentes que darían su vida por la perfidia.

—¡Quién diría que el pequeño Zandar y su obsesión tan tenaz tendría la osadía de encararme en mi propio hogar! ¿Acaso el fin de tu travesía te volvió un orate o será simplemente que has olvidado el placer de vivir y vienes a mí para que culmine con tu estúpido tormento?

—Kraus, no deberías burlarte del pequeño Zandar —susurró Anonasta, mientras Séphiro sonreía complacido—. Ha pasado mucho tiempo, no esperaba verte y mucho menos en la gran batalla por la corona, ¿pero no crees qué estás siendo descuidado?, tu poder es el más bajo entre todos los Yabels y aun así buscas enfrentarte a tres. ¡Es insano!

—Anonasta, no gastes tus palabras... Continuó burlándose Kraus, combinando risas y miradas cómplices junto a Séphiro. Mientras tanto Zandar permanecía sin palabras y con gran serenidad solo escuchaba las mofas y observaba; hasta que finalmente les respondió:

—Después de todo lo que han dicho, me sorprende que tengan tanto miedo como para haberse juntado y al fin poder encarar al más débil de los Yabels, realmente me

decepcionan; esperaba mayor gallardía y valentía de tres reconocidos guerreros, pero los veo y solo contemplo a unos payasos sin gracia, ¿dónde quedan las leyendas que forjaron sus nombres?

—Cuida tus palabras Zandar, que estamos siendo amables contigo; sabes bien que basta uno de nosotros para darte muerte, tu inferioridad también se refleja en las bestias que forman tu ejército.

—Vaya Séphiro, pensé que eras mudo y que solo reías por idiota, aunque tal vez no me haya equivocado... Deja de mostrarme los dientes que estoy siendo amable contigo —respondió Zandar en tono de burla. Lugo mirando fríamente a los tres continuó—: Tienen tres días para rendirse y renunciar a la corona —giró para alejarse, cuando Séphiro dio una amonestación enérgica.

—¡No te atrevas a darnos la espalda!

Zandar lo miró por la comisura del párpado derecho, hizo una mueca casi imperceptible y continuó; sin embargo, la ofuscación en el ser de Séphiro ante semejante desprecio lo llevó a reaccionar con violencia lanzando un certero golpe en la nuca de Zandar, el cual fue contrarrestado oportunamente y luego reaccionando por reflejo y experiencia Zandar logró alejarlo dándole un manotazo entre el ojo y el pómulo, arrebatándole el equilibrio por unos segundos y realzando los ánimos de sus ejércitos, los cuales vieron a un héroe que ya casi proclamaba victoria.

El impacto no solo sorprendió a Séphiro, sino también a Kraus y a Anonasta, los cuales fueron comprendiendo el verdadero peligro de la amenaza y disimulando la sorpresa mostraron más la sobriedad de un golpe afortunado, que vio la gloria pasajera.

Kraus se interpuso ante un posible embate y mirando fijamente a Zandar, agregó:

—Tienes también tres días para olvidar tus sueños utópicos de grandeza o sucumbir ante la cruda realidad.

Las chispas de las miradas buscaban donde anidar y dar vida al fuego desbocado, pero la cordura y el respeto frenaban los impulsos caóticos del error.

Cierta incertidumbre como un sentido de advertencia brotó en Anonasta, todo su ser reaccionó con recelo y algunos escalofríos incontrolables causaron dolor en su vientre; mientras contemplaba aún confusa a Zandar, quién se alejaba con la misma sobriedad con la que llegó.

Séphiro mordió con fuerza al volverse más consciente de la humillación y se maldijo por haber fallado el golpe, pero esa misma ofuscación no le permitía comprender que nunca falló tal agresión; sino que simplemente había sido superado en habilidad, hecho aún más doloroso para alguien tan orgulloso como Séphiro, el temible Yabel del orgullo. Por otro lado, Kraus se sentía complacido; sus dudas se aclaraban y su excesiva precaución rendía los frutos deseados, gozaba de la idea de un verdadero enfrentamiento, un digno combate y su sangre Yabel ardía con fuerza en todo su ser. Su prudencia era conocida y esta solo competía con su gran astucia y crueldad.

—Tres días es mucho tiempo para esperar... Sonrió a sus atónitos compañeros, cuando en ese mismo momento empezaron a escucharse sonidos alrededor del cielo que se asemejaba al corte del viento.

Zandar volteó aún con la sorpresa y vio el descaro de la ignominia dibujarse en el rostro de Kraus, pero vio también la misma sorpresa en Séphiro y Anonasta; y aunque fue solo por unos segundos se sintió burlado. A pesar de los cuestionables actos que realizaba Zandar, solía respetar los tratados y más aún cuando estos eran sellados por sus palabras, raudamente fijó la mirada en su ejército, tratando de comprender el rumbo de la estocada y la gravedad de la misma, cuando al fin pudo notar con claridad al causante del extenuante silbido, supo que confiar en la palabra del enemigo no era más que un acto de honor ya perdido, frunció el ceño y lamentó su error, pero era ya demasiado tarde; cientos de lanzas, enviadas por ballestas bajo tierra, cayeron como lluvia empalando hasta al más avisado. Ni los gruesos escudos de acero pudieron bloquear semejante acometida y a la vez que los silbidos cesaban, los gritos de agonía se elevaban y la frustración anhelaba la pronta respuesta; pero Zandar guardó la compostura, empezó a observar y comprender la razón de ese pronto ataque, y observando la crueldad de Kraus regocijándose por su acto de felonía, descubrió que más que un ataque certero era una invitación a la desesperación, invitación que gustoso rechazaría, luego con toda calma regresó hacia su ejército del cual solo lamentos e ira brotaba, «venganza a los traidores», «muerte» se escuchaba, pero ni siquiera ello invitaba a Zandar.

De pronto se escuchó la deseada orden de silencio que se antepone a una reacción por parte de su lord, pero lo que salió de sus labios fue lo menos esperado:

—¡Retirada!

La simple palabra sonó como un trueno que se escapa de alguna pesadilla, los ojos incrédulos de sus fieros guerreros estaban aún pendientes de escuchar que alguna palabra más valerosa acompañase a semejante orden, pero su esperar se hizo inútil, pues esas palabras jamás llegaron; sintieron alivio, pero mostrarlo sería aún peor para su orgullo, de modo que solo les quedó recriminar esa orden innecesaria y se llenaron la boca de insultos para disimular la calma naciente de la retirada.

Kraus observó atónito el despliegue del ejército enemigo, lo cual le preocupó ya que no había previsto que un sanguinario como Zandar diera tal orden tan fácilmente, detalle que no figuraba en su exhaustivo plan; de puro reflejo empezó a rascarse la cabeza con fuerza, tratando de arrancar una idea que aclarase el panorama absurdo que se le iba mostrando; a su vez su estómago se removía causando mareos el cual junto al asco de ver los gritos de victoria que se guían por las apariencias, lo impulsaron a vomitar de forma frenética.

Séphiro se acercó y mientras lo hacía observó la mirada desaprobatoria de Anonasta, quien notablemente tenía el rostro marcado de repudio y de alivio, extraña combinación, pero también evidente; Séphiro trató de ayudar a Kraus, quién estaba volcando su estómago; pero fue rechazado, entonces de improviso Kraus se limpió el

rostro, se irguió y con premura gritó la siguiente orden:

—Pronto hacia las montañas más altas, debemos proteger las ballestas. —Kraus se mordió los labios por la torpeza cometida y rogó para que Zandar no se hubiera percatado.

Sin embargo, Zandar tenía la sospecha, pues observó que el ataque de las ballestas fue muy aleatorio y demasiado preciso en cuanto a su salida, fuerza de vuelo y llegada, por lo que podría tratarse de un sistema automático con una alta probabilidad de que lo cuidaran solo unos cuantos guerreros, si eso era así, esas armas que apuntaron hacia él, también podrían apuntar hacia Tenas; desplegó los brazos mientras disfrutaba el sabor de una buena batalla y dividió su ejército en dos frentes: el primero que sería dirigido por él mismo, rumbo a la montaña que se encontraba al lado sur de Tenas; el segundo grupo fue designado a la hechicera de los Tantros Xiuna, quién en silencio observaba mientras esperaba que su nuevo lord diera una orden y ni bien salió del carruaje todo el entorno se sacudió.

—Los elementos están dispuestos a servirte mi lord.

—Estoy ansioso de ver lo que puedes hacer Xiuna, ¿pero podrás enfrentarte a un Yabel?

Xiuna sonrió ante la pregunta y respondió.

—¿Podrán esos Yabels enfrentarse a mí?

Zandar elogió la confianza de Xiuna, ya antes había escuchado que uno de los más temibles Tantros era la hechicera de los elementos de agua y fuego, pero también sabía que era un Tantro que actuaba por caprichos y que su comportamiento errático era impredecible. Lo cual también la volvía irresistible.

—Ve entonces y conquista esa montaña para mí.

—Que así sea mi lord... Asintió Xiuna.

El viento soplaba caprichosamente sin escoger ningún sentido en particular, ondeaba y sacudía los estandartes de ambos ejércitos Yabel, quienes presurosos escalaban las montañas, unos para fortalecer las defensas y otros para destruirlas. Era una competencia de velocidad y habilidad, los dos ejércitos rugían, luchaban y caían, mientras que detrás de ellos sus amos se alzaban.

Los espíritus Ugur's cantarían como las montañas del norte y del sur; Vonak y Fenak, nombres dados con el antiguo idioma sagril y que juntos significa la pareja guardián, serían vestidas de sangre corrupta por la ambición; los lamentos de Fenak no serían escuchados, pues la muerte subía y a su paso las vidas se extinguían con el flagelo del fuego y del agua; a su vez el canto versado de los Ugur's exaltarían:

«Ahora el agua y el fuego están vivos y se mueven libremente arrasando todo a su paso, no es una ilusión, es la pesadilla que comanda Xiuna...».

Anonasta como la niebla llegó pronto a la cima y desde ahí presenciaba la ola de agua y fuego que como la marea trataba de ascender, mientras que su fuerza era mitigada por los bravos escudos del pueblo de Mercherled, hogar natal de Anonasta, sin embargo sus intrépidos esfuerzos eran contrarrestados con la fuerza



inquebrantable de los elementos. Anonasta miraba perpleja, pero cuando los elementos llegaron a la mitad de la montaña, los estertores de los cuerpos calcinados y ahogados clamarían venganza y su voz se alzaría sacudiendo los miedos desde su simiente, dejando brotar el espíritu inquebrantable libre de temor.

*«La niebla inmovilizada y acorralada se sacudió con fuerza para mostrar su desprecio a la marea de agua y de fuego que escalaban sin cesar».*

Anonasta suprimió el oxígeno que alimentaba a los elementos de fuego y con la niebla esparció a los elementos de agua.

¡Gloria Anonasta, futura reina! Se voceó en todas partes y el ejército de Mercherled envistió a los intrusos obligándolos a retroceder temporalmente; todo el ejército de Anonasta se concentró en la mitad de la montaña, mientras que ella desde lo más alto manipulaba la niebla y a sus componentes. Se sintieron estables y hasta algunos insensatos pronosticaron una fácil victoria, bajando la guardia con extrema confianza mal empleada y al hacerlo no previeron lo que sucedería.

Fue entonces cuando Xiuna enfadada creó un círculo de invocación, del cual dos portales de grandes proporciones se abrieron, uno en la tierra y otro en el cielo, a su vez los cielos empezaron a oscurecer y pronto una espantosa lluvia desataría su furia y alimentaría a los elementos de agua esparcidos, creando miles más de ellos; el segundo portal se abrió en la oscuridad del firmamento y de este cayeron elementos de fuego ocasionando una extraña armonía entre estos opuestos, pero el espectáculo colorido era en realidad un infierno para la montaña.

Luego los guerreros de Mercherled invocaron la luz y esta alejó temporalmente el holocausto, entonces Anonasta comprendió que solo había una forma de detener la locura elemental y esa era la de eliminar a Xiuna lo antes posible, por su parte Xiuna no encontraba forma de perforar la neblina que cada vez se hacía más densa y ya en su corazón se dibujaba la muerte de Anonasta.

La montaña de Vonak lloraba y sangraba; ni siquiera su amada Fenak podría consolarlo, hay de aquellos que se acerquen a contemplar a Vonak, tal vez el fuego los calcine, tal vez la lluvia los ahogue, tal vez la niebla los pierda en la locura, hay de Vonak cantaban los Ugur's.

*«La lucha de los seres los alejó de lo prometido, la competencia entre ellos cegó lo cometido».*

En la montaña sur de Tenas el espectáculo que ocurría era admirado por los ojos viciosos y cegados por la adrenalina, las legiones de Tenas y de Airos se habían unido en una perfecta escaramuza y repelían al ejército de los Tanros comandados por Zandar, pero mientras los ejércitos ascendían; los ejércitos de Anonasta y Xiuna se encontraban en las faldas de Fenak.

—Eres astuto Zandar, pero no lo suficiente como para competir conmigo, pues mientras tú das un paso yo voy dando diez y de regreso. Ahora tu descaro te dejará abandonado, ya que no dejaré alma con cuerpo entre los fieles que te siguen y haré que veas su dolor para que cada vida que consuma grite tu incompetencia como líder,

destruiré tu orgullo y me aseguraré de que nadie te recuerde...

—Silencio Kraus, para autonombrarte estratega hablas demás y no estoy dispuesto a escuchar tantas sandeces de un bastardo cobarde que solo sabe gritar y pedir ayuda. Si tan solo más de la mitad de tu sangre fuera la de un Yabel, jamás te hubieras arrastrado por los suelos de otras tierras para pedir a Séphiro y a Anonasta sus ejércitos.

—Estás acorralado Zandar, apenas tu cabeza caiga esta guerra habrá terminado, eres tan terco que no logras ver tu derrota. Ríndete y arrástrate en el fango y te aseguro que tus tropas vivirán. Resístete y conocerás el poder de dos Yabels juntos — advirtió Séphiro mientras acomodaba su postura de forma preventiva.

—¿¡Acorralado!?! No veo las cuatro paredes de una prisión, pero si lo fuera descubrirían que son ustedes los que están encerrados conmigo.

La tensión se fue elevando cada vez más y más y cuanto más se elevaba la concentración de las partes se iba afilando tanto que las hojas secas que arrastraba el viento empezaban a calcinarse por la presión ejercida de los poderes Yabels que se iban mostrando como pequeños rayos eléctricos que chocaban y resplandecían en medio de los tres aspirantes a la corona y el electromagnetismo creado por la presión de las voluntades empezó a trastornar el cielo, volviendo erráticas a las nubes y a la tenue luz que les precedía, luego la presión aumentó más, pues relámpagos empezaron a retumbar en la tierra y estas hicieron que la tierra tiemble...

Fenak se estremeció y miró con nostalgia a su amado, el cual gritaba en silencio, mientras la sangre recorría su enorme cuerpo; los dos amantes suspiraron, pero sus voces opacadas por el clamor del miedo solo llegaban a consolar con ligereza la pesadez que en sus faldas recorría, Vonak preocupado observaba a Fenak y ella a su vez lloraba al ver a Vonak... Hay de los amantes, la tragedia se aferra a ellos y sus garras son la codicia y el orgullo de los vivos, hay de Vonak que lleva los vestidos manchados por la perversión y hay de Fenak que no puede hacer nada por él; juntos claman al cielo para que el odio pare, pero sus voces silenciosas son solo voces para el silencio.

Kraus y Séphiro estaban acompañados de la seguridad numérica, pero la confianza de Zandar los desconcertaba; arrastrándolos a saborear la miel de la locura, que con espantoso éxtasis los invitaba a la imprudencia.

Lentamente el aire fresco empezó a calentarse y a semejarse a los fogones del infierno, los curiosos que pasaban cerca recibían dolorosas quemaduras; pero los Yabels acostumbrados al fuego no se inmutaban y tampoco se arriesgaban a parpadear, pues un descuido podría ser letal.

—Nunca has mostrado interés en la corona, siempre vivías cegado en tus delirios, ¿por qué ahora buscas poder? —Preguntó Kraus a Zandar.

—No solo el poder motiva, pero eso es algo que sin duda ustedes no comprenderían.

—Como si alguien pudiera comprender a un psicótico, no veo por qué demorar lo

obvio, vamos Kraus, acabémoslo.

—Espera Séphiro... ¿Qué es ese algo que no comprenderíamos? Vamos, ponnos a prueba.

El rostro de Zandar brilló y respondió:

—De acuerdo, me gustan los juegos, derrótenme y les contaré que me motiva.

En ese mismo momento las miradas cambiaron y un viento helado sopló arrastrando una pesada neblina desde Vonak que dando consuelo a su amada camufló el calor que ya se había desatado.

Desde lo alto de Vonak, Anonasta observó como las faldas de la montaña cercana empezaba a incendiarse, a su vez el temible ejército de elementos que caían del cielo empezaron a deformar la montaña, pero solo el impacto de una pequeña roca que se deslizaba sin razón alguna llamó su atención. Giró por reflejo y en medio de la tormenta desatada, pudo reconocer a la hechicera que había causado semejante alboroto.

—Que los elementos me perdonen, pero es tiempo de que el dios de la muerte se alimente con un Yabel; yo Xiuna, te invoco elemento del fuego para que cumplas mi voluntad y regreses ese cuerpo al origen de tu vientre, ve y consume al cielo y a la tierra, marca mi nombre en tu camino...

En ese momento el cielo parpadeó y una luz cual cometa cegó temporalmente a los atónitos y paralizados guerreros que escalaban la montaña, sin saber que escalaban a lo absurdo, a enfrentar lo ilógico, a surfear la decadencia de la impotencia; y ante el impacto del gran elemento en la tierra, su estruendo opacó el valor de los guerreros; los cuales empezaron a abandonar a Anonasta, consumidos por el miedo, guiados por el terror, alimentados por sus propios gritos que enterraban su lealtad.

El temible elemento invocado, empezó a levantarse y su simple aspecto profería el canto de victoria; los fieles de Anonasta no pudieron soportar su propio temor y huyeron atormentados por su cobardía, mientras que la mirada incrédula de Anonasta sentía por primera vez el beso del desamparo; sin embargo su comprensión nacida de la reflexión y compasión daba a luz al perdón de los traidores, mas su atención estaba tomada por la presencia del peligro que se levantaba dejando cenizas a su alrededor.

—Sabía que los Tantros eran sedientos de sangre, pero jamás imaginé que también estarían dispuestos a morder a su propia gente; reconozco tu magia Tantra, en la guerra contra los dioses de la luz destacaste y tu nombre creció sin cesar, siendo arquitecta de tu propia fama, a veces no merecida, ¿ahora, qué buscas?, ¿reafirmar tu gloria?, ¿o es que ahora también consumes de tus propias mentiras?

Xiuna se sorprendió, pero rápidamente se repuso y ante lo evidente, respondió:

—No pensé que aún existieran testigos de lo que ocurrió. Fui cuidadosa cazando a los ojos que podrían manchar mi gloria...

—Tu mayor victoria es una falacia, tú jamás derrotaste a Gareón, el general de la luz. Hurtaste un triunfo que jamás fue tuyo y enterraste a los testigos. Eres un fraude

Xiuna.

Eso ya es historia antigua e irrelevante, pues ni yo misma sé quién logró semejante victoria, solo sé que Gareón ante toda posibilidad murió congelado, así como tú acabarás quemada.

De pronto el temible elemento tomó una gran bocanada de aire y exhaló como un dragón, creando una columna horizontal de fuego en dirección a Anonasta, pero ella con un movimiento rápido y limpio logró esquivarlo, entonces el elemento se enfureció y rugió con fuerza, esparciendo al fuego a su alrededor.

—Acaso no comprendes Xiuna, la mentira que arrastras contigo es la mayor cadena de tu existencia, pues pone en duda todas tus victorias, te volviste una sombra que ni la ira puede ocultar.

—¡Silencio! —gritó ofuscada—. Eres el último aliento de ese hecho Anonasta y tu muerte será mi alivio. ¡Levántate, oh gran elemento del agua! Únete a tu hermano y destruye mi objetivo.

El llamado hizo que todos los pequeños elementos de agua se unieran formando un coloso, que inmediatamente empezó a formar olas que cubrían la tierra con varios metros de altura.

Anonasta se vio arrastrada por las olas, hasta que la asfixia la obligó a elevarse por simple reflejo y apenas asomó a la superficie, una enorme bola de fuego la golpeó y el estallido del impacto alumbró nuevamente la noche.

Fenak sufrió lo indecible, aún más cuando el destello en la cima ocultó a su amado, el cual gritó en silencio e intentó sacudirse las olas y el humo que empañaban su visión, pero su amado ardía desde sus bases y con las lágrimas prestadas de la lluvia lloró al verlo irreconocible y con espantosas heridas que se elevaban con el viento.

El destello distrajo y aplacó los ánimos que estuvieron a punto de estallar y Séphiro presintió lo peor, al mismo tiempo que Zandar se mostraba complacido.

—Parece que ni Anonasta es rival contra la hechicera elemental.

—No saques conclusiones tan pronto Zandar, Anonasta es una joya impredecible.

—Hasta las joyas se rompen con el tiempo... Impredecible o no, es una pieza en descenso.

El calor estancado aborrecía las dudas febriles de una posible pérdida, pero la maculada fe se trasgredía para aferrarse al incierto, dejando a las mentes colapsadas de incertidumbre; la montaña de Vonak se veía devastada, lo cual incitaba y alimentaba el posible hecho y más aún por el repentino silencio precipitado. Séphiro estaba angustiado, pero la voz en su corazón le repetía que no era tiempo de tales banalidades y volvía a concentrarse en Zandar, quien seguía esperando un descuido, sin saber que ya habían ocurrido algunos.

—Te alegras de lo incierto Zandar, pero la misma alegría carga consigo la esperanza y el simple hecho de ser incierto puede inclinar la balanza. —Séphiro intensificó su mirada mientras daba unos pasos a la izquierda, imitando sutilmente a

Kraus, quién se desplazaba con suavidad a la derecha, dejando a Zandar acorralado—. Los insectos suelen mostrar todas sus cartas para aprovechar el bajo porcentaje de supervivencia al enfrentar a un verdadero depredador, pero por lo general siguen siendo solo alimento... Tu peón se enfrenta a un depredador y tú sigues pensando en lo incierto —dio un paso adelante, desafiando y poniendo a prueba la capacidad de reacción de Zandar, pero este no se inmutó, entonces continuó—. Tu incierto para mí es una sorpresa y esta es la victoria de Anonasta.

Zandar observó pausadamente a Kraus y luego mirando ligeramente por encima de su propio hombro ubicó a Séphiro, quién iba venciendo a la prudencia y se disponía a atacar, entonces con un rostro completamente relajado que se asemeja más al descaro, respondió:

—Te preocupas mucho por ella —saboreó maquiavélicamente a la vez que acomodaba sus prendas—, ¿será que te apasiona el riesgo?, ¿o quizás la sensación?, ¿o es solamente torpeza de tu parte el revelar a tus enemigos tu mayor debilidad? —Zandar vio a Séphiro perder ligeramente la compostura y supo de inmediato que ya se balanceaba la ira en su regazo, entonces hizo un movimiento brusco, giró hacia Séphiro y pateó con violencia la tierra en su dirección, ahuyentando el osado paso que con anterioridad el Yabel había dado, entonces volvió a sonreír—. Si simples piedras te espantan, ya quiero ver tu expresión cuando veas a Anonasta destripada en mis manos.

De inmediato Kraus se adelantó y llamó la atención de su aliado:

—¡Cuidado Séphiro, no caigas en la provocación sin sentido! —Gritó.

Sin embargo la afrenta había sido lanzada y el orgullo quedó herido cegando a Séphiro con la ira. Su sangre hervía y su corazón desenfrenado impulsó su rabia en un ataque feroz, dejando brotar su fuerza de manera desbocada e incontrolable. En sus ojos solo había furia y esta se iba inyectando de sangre, de pronto la misma sangre que se veía en su mirar empezó a brotar abruptamente de sus fauces, mientras que el fuego enloquecido era avivado aún más por el *Igni-Arrus* de Zandar; la temible prisión de fuego había sido invocada en el bullicio de la ira, raudamente Kraus se abalanzó ante el evento, pero el muro de lava se interpuso frenando su premura.

*«Ante la ira, templanza; ante su fuego, paciencia; ante su calor, cordura; y ante su explosión, perdón; no solamente para el agraviado, sino hacia ti mismo por el daño que en sueños has provocado».*

—¡Séphiro! Ni tu ira compite contra mi fuego, te confías por ser un guerrero y te extravías por una pasión; dos errores muy grandes, como para dejarlos pasar —susurró Zandar, mientras con nostalgia escuchaba la carne de su familia explotar por el calor, pero ni los agudos gritos de Séphiro desviaban su mirada. El *Igni-Arrus* se había cerrado y la histeria descontrolada se elevó en el peor suplicio. Una sensación de desamparo tocó el corazón de Kraus, pero al mismo tiempo su convicción se llenó de fuerza; al fin podía ver al ser frente a él, ya casi no parecía un Yabel, pues estos jamás habían despreciado tanto a su propia raza y menos como para ser tratados

como escorias en la muerte.

Entonces ahogado por la impresión, Kraus no soportó la indignación y guiado de un estruendo despertó su temible poder, el cual en secreto fue cultivando. Su expresión se endureció y luego con un ligero movimiento de sus manos expulsó la muralla de fuego que frenaba su avance, en ese momento Zandar giró con cautela, pues no espera ver a Kraus tan cerca y tan pronto; ni bien terminaba de recuperarse de la sorpresa, cuando un rayo dorado salió expulsado de los ojos de Kraus cegando todo a su alrededor y causando una macabra herida en el hombro de Zandar, quién a las justas pudo esquivarlo, luego el destello encubrió los movimientos sutiles de Kraus y desorientó a Zandar. Cuando este último se dio cuenta, los diez mil golpes de luz, nombre que el mismo Kraus creó, estallaron en el cuerpo desprotegido de Zandar.

El desconcierto se bañó de sangre y ante la incredulidad; el temible Yabel cayó al borde de lo incierto, al mismo tiempo un último suspiro se desvanecía dejando cenizas y el espantoso aroma de la carne calcinada.

—¡Levántate Zandar, aún no has pagado tus crímenes! ¿Cómo te atreviste a matar a un yabel?

Kraus avanzó con firmeza, su rostro estaba inmutable, miró de reojo el cuerpo calcinado, la luz en sus retinas volvió a brillar recreando un presagio. Mientras tanto Zandar permanecía postrado, contemplando su propia sangre correr a través de sus dedos.

—¡Levántate Zandar! ¿O has sido consumido por el terror? —Chasqueó los dientes mostrando su desprecio y nuevamente volvió a repetir—. ¡Levántate cobarde, que no acabaré contigo mientras te revuelcas en el fango! —Entonces Kraus sostuvo la respiración brevemente y aumentó su concentración, para evitar ser sorprendido ante alguna treta elaborada—. ¡Levántate traidor! —volvió a injuriar al mismo tiempo que iba perdiendo la paciencia.

De pronto ante lo insólito, Zandar empezó a reír de forma macabra.

—Me alegra Kraus, gracias por mostrarme tu fuerza, esto era lo que quería corroborar, los Yabels seguimos siendo seres enigmáticos, aunque empezaba a creer que habíamos perdido ese don, últimamente solo veía la decadencia de las nuevas generaciones, acomodados en la riqueza y el placer; un insulto a nuestra raza, los laureles nos adormecieron mientras que otros reinos se han fortalecido. —Zandar fue levantándose lentamente, pero su equilibrio no estaba aún establecido—. Únete a mí Kraus, reconozco lo verdadero de los Yabels en ti, sabes bien que jamás te consideré como un manchado, pues siempre vi el fuego Yabel en tus ojos —volvió a tambalearse, mientras que una abrupta tos liberaba pedazos de tierra y sangre que le impedían hablar con naturalidad—. ¡No más débiles en nuestra raza Kraus! Tú decides... —susurro Zandar mientras observaba a su antagonista retorcer su rostro con desprecio; a su vez la sombra del viento señalaba a la otra montaña donde la llamarada en el alcor de Vonak revelaba el golpe despiadado en Anonasta, golpe que

arrastraba y hacía dudar el corazón, pero la Yabel luchaba por recuperarse del impacto provocado por Xiuna, donde el estruendo opacado en el silencio resultaba ser abrumador y aún más por ser solo una corazonada lejana e inexacta, pero dolorosa como ninguna.

—Es impreciso Anonasta, hoy mientras luchas por mantener tu vida, te arrastras aferrándote a lo que sin duda es pasajero y en el momento que descubras lo inútil de tu esfuerzo y exhales el último aliento, en ese mismo momento lo que haya hecho dejará de ser una duda. —Xiuna sonrió macabramente, a la vez que contemplaba el cuerpo destrozado de Anonasta—, eres afortunada, aún respiras, jamás alguien sobrevivió a la lágrima de fuego —se inclinó para apreciar el sufrimiento, pero este era inexistente en el rostro de Anonasta.

*«El dolor es una estaca, que no siempre el rostro revela. Se nutre de mentiras que no siempre son ajenas, se incrementa en la distracción y se alivia en la aceptación».*

Xiuna confundió el abandono con la muerte, giró desconcertada tratando de convencerse de que su misión había terminado, se alejó unos pasos para luego descubrir que algo no estaba bien, «¿una Yabel muerta por fuego?», se autopreguntó y giró de inmediato para corroborar su sospecha, la Yabel yacía tendida, su pecho no inhalaba ni exhalaba, pero sus ojos aún no se habían opacado.

—¿Cómo es posible? Tu cuerpo ha muerto... ¿Por qué aún te siento viva?

—Y seguramente también me escuchas —respondió de forma tétrica la voz de Anonasta.

La hechicera de los Tantros se escarapeló.

—¿Usaste el invocus en mí?

—Tú Xiuna conoces ese poder —la voz de Anonasta se hacía cada vez más fuerte en la mente de Xiuna—. El cuerpo que has destruido, tampoco era mío, solo habitaba en él, pero el tuyo es un mejor lugar, esto ya lo había preparado desde un inicio, por eso jamás te delaté y ahora lo que tanto has atesorado será mío, verás el disfrute, pero jamás tendrás la libertad —el cuerpo de Xiuna levantó una mano y Anonasta se alegró—, lo ves Xiuna, ya manejo una de tus manos, así de simple me iré apoderando de ti; el invocus es una técnica que aprendí de una gran hechicera a inicios de la primera guerra, fue una casualidad pero aprendí a saltar de cuerpo en cuerpo, yo debí haber muerto en ese entonces, pero esa hechicera me enseñó en el último suspiro el invocus; oh, ya puedo manejar una pierna. La primera vez que hice el salto lidié con el dueño del cuerpo durante años, hasta que finalmente se rindió, no cabe duda que mi voluntad por vivir es superior a la de cualquiera y esa misma voluntad me hace inmortal —respiró con fuerza repetidamente—, tu respiración es ligera, no me esperaba tanta frescura; siempre se rinden a la insistencia, ya lo estás descubriendo, la lucha genera tensión, tanta que terminarás cediendo. Verás siempre a través de tus ojos, pero te sentirás lejana y cuanto más luches será más doloroso, pero solo para ti.

—Anonasta es una historia interesante, voy perdiendo mis movimientos y es fascinante, mi madre me contó sobre los síntomas, es triste pensar en un final así,

pues mi madre me enseñó también que hay que vivir la vida con plenitud, tal vez te suene contradictorio, pero la misma que te enseñó a sobrevivir me enseñó a mí a dejarse ir —en ese momento Xiuna levantó la mano que aún manejaba y señaló al cielo, esperanzada y a la vez abandonada—. Anonasta, tomas un cuerpo que no puede ser tuyo.

—Tu madre fue mi maestra, la hechicera que me enseñó, vaya ironía... —agregó Anonasta—, sobrevivir a toda costa... —respiró por primera vez en el cuerpo de Xiuna—, que suave aroma —dijo, mientras disfrutaba el primer aliento en un cuerpo ajeno.

—Perder, ganando —dijo Xiuna, ya solo con un susurro.

—No entiendo lo que dices, pero me agrada la fuerza de tu corazón —volvió a inhalar con especial gozo la fortuita suerte de un nuevo nacimiento, de una nueva vida. Y atrapada en el gozo, preguntó—: ¿Por qué Xiuna, no encuentro resistencia en ti?

—Conozco el invocus, tal vez mejor que tú Anonasta, y no puedo concebir que existan inmortales que no lo merezcan, ahora permíteme ver el cielo por última vez.

—Xiuna, me dejas tu cuerpo a cambio de solo ver el cielo, eres realmente inusual, pues veamos tu último momento juntas.

En el momento que alzaron la mirada y recorrieron el basto cielo estrellado del horizonte, Anonasta encontró que en lo más alto la estrella de fuego, la última lágrima del firmamento, la más grande y hermosa en el cielo, caía.

—¿Cuándo la invocaste? —Preguntó Anonasta.

—En el momento que levanté la mano —respondió Xiuna con suavidad.

—Tu cuerpo ya es mío, ¿por qué avisarme si sabes que ya puedo esquivarlo?

—Entonces esquívalo Anonasta... —Se extasió Xiuna.

Anonasta aún extrañada, intentó dar el paso que la libraría del meteoro y descubrió con temblor que ya no controlaba los pies, ni las piernas, ni la cadera...

—Ahora comprendes Anonasta, mi voluntad no es tener el cuerpo, sino tenerte ahí.

Anonasta cerró los ojos ajenos, luchó con fuerza y desesperación, gritó, rugió, maldijo, pero jamás pudo moverse y la lágrima salpicó en la tierra. Dos almas entrelazadas y atadas en un cuerpo se fueron y la crueldad de la batalla cobró y sentenció al primer inocente, pues Vonak, la montaña enamorada, sucumbió al impacto y se despidió de Fenak soplando en la ola de muerte que levantó el choque dejando inconclusa la única sensación que le quedó por mandar: «Amor eterno...».

Al otro extremo Fenak lloró sin lágrimas, la guerra acababa de separar lo más puro, lo sagrado que se cultivó en el silencio y la quietud de los muchos amaneceres e incontables atardeceres.

Los amantes quietos jamás creyeron sentir tanto odio regurgitado de los seres a quienes siempre protegieron. Como un último beso un pajarillo tomó una ramita del cuerpo de Vonak y lo llevó a Fenak, en ese momento de despedida, Zandar volvió a



preguntar:

—Tú decides Kraus, únete a mí y gobernemos estas tierras, es tiempo de que los Yabel empiecen a conquistar otra vez; lo sabes bien, nuestro padre ha perdido el instinto... —se sintió recuperado del mareo y se alegró de que Kraus desperdiciara esa oportunidad—. Tal vez tampoco sirves, creí que eras más hábil, pero demoras mucho en reaccionar, esa es la gran diferencia entre un conquistador y un conquistado —agregó con desprecio.

—Tu cobardía no tiene límites, Zandar. Te permito recuperarte y tú festejas tu astucia... Anonasta ha muerto, siento a su espíritu despedirse, sin embargo, no perdió la batalla. Mostremos un poco de respeto por los que ya no están.

—¡Respeto por el fracaso! —Zandar se encolerizó—. La muerte en batalla es la muestra inquebrantable de la debilidad de los seres, jamás mostraré respeto ante el fracaso —se sacudió del polvo que venía arrastrando el viento y vio con sutil disimulo los primeros rayos de luz que avistan el nuevo día—. Todo está justificado, menos la muerte, pues en ella ya no hay nada por justificar —luego balbuceando un poco con la intención de ser escuchado solo por sí mismo, continuó—: La muerte es solo el inicio para volver a empezar...

—No solo Anonasta sino también Xiuna, tu guerrera se ha ido, ¿también dirás que murió por débil?

—Su orden era matar a Anonasta, tú dime, ¿fue débil?

La suave brisa del amanecer empezó a mostrar las temibles heridas que la guerra dejaba a su paso, cantidad de cuerpos calcinados, mutilados y enterrados, era el nuevo paisaje de lo que antes competía con el paraíso.

Pero no solo los seres padecían, sino también amores eternos. La vida en Fenak se extinguía lentamente, ya por el fuego, por la fuerza y también por la tristeza que nadie notaba en sus faldas; dos corazones discutían pero ya no escuchaban y frente a ella el desolado vacío que su amado dejaba. Los Ugur's, cantarían: «El frescor se ha ido, ahora solo aridez se siente; pobre montaña seca, sus lágrimas serán eternas y solo el viento de vez en vez ayudará a hacerlas caer... Pobre corazón destruido, ahora ya su regazo dejó de proteger».

La tenue luz del día aclaró el entorno devastado, algunos sobrevivientes se alejaban confundidos, la tierra ardía y el aire quemaba y mientras todos se alejaban, dos miradas se encontraban, asqueadas y saciadas, añorando un fin.

## Rey sombra



Las muchas voces resonaron con fuerza, demasiadas para dos oídos y su estruendo arrebató la fuerza del viajero que anhelaba escapar de su cobijo mostrándose en la luz, pero esta parecía no recibirlo con agrado, la locura iba incrementándose y el cuerpo en delirio sintió la posesión de su propia oscuridad.

Ábreas jamás había enfrentado a tan temible enemigo, pero desde siempre él sabía que ese día llegaría.

Dentro de su propio mundo, las sombras se alzaban: «el actual rey es débil» murmuraban, «no merece ese cuerpo» reclamaban, «yo lo merezco» afirmaban, pero eran muchos los que exigían su derecho, que terminaban enfrentados, mientras el trono se tambaleaba en un mismo ser.

La fatiga se volvía evidente y la duda aún mayor. Y cuando las fuerzas empezaron a tambalear y el espíritu a sucumbir, el ruido de un riachuelo distrajo el tormento y brindó pequeño alivio, el suficiente para recuperar la voluntad mermada y con un suspiro Ábreas se volcó hacia sí mismo y gritó: «¡Yo soy el rey de las sombras!». Su voz creó un eco en el horizonte, pero no fue lo suficiente para acallar su tormento, luego las imágenes de su debilidad atacaron, pero él sabía que eran tretas de la infamia desatada en su interior... Pronto el silencio del exterior lo ayudó a despertar en el interior.

Al abrir los ojos ya no se encontraba en el mundo conocido.

—¿Dónde estoy? —llegó a susurrar, y de pronto un espectro que se encontraba cerca, respondió—: Es tu reino Ábreasss —el viento sonaba a su alrededor—, este es el reino de las sombrasss...

El espectro se movió lento y se tambaleó hacia un lado, para luego agregar:

—«O tal vez ya no...» —su voz se arrastraba entre lo comprensible y lo tenebroso, el viento volvió a soplar a su alrededor, entonces se detuvo nuevamente y señaló una parte del sendero—. ¿Qué harás Ábreas? —El velo de la oscuridad opacó

al espectro y este desapareció, en ese momento las fuerzas regresaban y al fin podía apreciar el inusual mundo de las sombras, donde el vistazo de la existencia se torna gris, los graznidos de los cuervos lo invitaron a avanzar, mientras los susurros se disipaban, se apoyó en la tierra para levantarse y la sintió real, el peso de su cuerpo le indicó que sus sentidos no estaban fallando y su respiración ahuyentó sus dudas, era real, el reino de las sombras se abría para sus hijos, un sol negro alumbraba y quemaba. El ambiente era denso, sin embargo Ábreas empezaba a sentirse cómodo, cuando una nueva silueta se dejó ver en forma física frente a él—. ¿Eres tú el dueño del trono? —Su forma desapareció como el papel quemado y volvió a aparecer más cerca—. Eres débil —volvió a trasladarse y esta vez se reconstruyó detrás de Ábreas—, tan frágil, que hasta me indigna pensar en darte un fin...

—Hablas con imprudencia y me faltas el respeto, has dicho mucho, pero aún sigo esperando que digas tu nombre.

—Soy Shaná, el nuevo rey, el único que debió siempre gobernar...

—Pero que jamás gobernó nada —interrumpió Ábreas, volteando para encarar al audaz espectro, pero este al mismo tiempo se volvió a trasladar al lado contrario.

—Parece que aún no logras darte cuenta, ¿si tú estás aquí, quién está en tu cuerpo?

La sola pregunta estremeció las bases de su confianza y sacudió el temple de su cordura, en ese momento Ábreas no pudo responder y con toda su voluntad trató de impedir mostrar el temor creciente, pero la impresión fue más fuerte y un pequeño reflejo de su descompostura fue captado por Shaná quién gozó sutilmente de su locura.

—No te esfuerces en mostrar valentía, que tu corona rueda por los suelos así como tu cobardía; conoce tu nuevo hogar espectro Ábreas.

Ábreas respiró profundamente tratando de calmar su corazón, observó sin prejuicios el temor en su ser y exhaló un breve alivio, pero ese instante bastó para aclarar y limpiar las telarañas de su conciencia.

—Te devuelvo la pregunta Shaná, si los dos estamos aquí, ¿quién está en mi cuerpo?

Shaná sonrió al ver que la treta había fallado, pero también sabía que el juego acababa de empezar.

—Me sorprende tu astucia, pero eso no quita el hecho de que también ya seas un espectro.

—No caeré en tus trucos sombra, me siento vivo y respiro, me puedo tocar y aún percibo el dolor y los aromas de mi alrededor, mientras que tú te desvaneces tras cada palabra y aún así osas llamarme espectro, sin duda estás confundido.

—¿Confundido? Te confunde mi desplazamiento; comprendo, entonces caminaré; te confunde tu respiración, entonces respiraré; te confunde el tacto, entonces te lo demostraré. —En ese mismo momento, Shaná empujó a Ábreas y este perdió el equilibrio golpeándose sobre una roca—. El golpe ha sido bueno, sin duda te duele,

pero curiosamente ya no sangras...

Rápidamente Ábreas llevó una mano al lugar del impacto y corroboró lo que Shaná decía y como el agua helada que te atrapa por sorpresa, así Ábreas quedó desconcertado.

—Hasta que al fin capto tu atención, rey sin trono. —El espectro empezó a reírse sádicamente viendo el rostro derrotado de su anfitrión.

—Sombra si he de volver, ¿cómo podría hacerlo?

*«Solo al aceptar y reconocer nuestra propia falacia, se mezclan los rostros de la decepción y la decisión, pareciendo más fuerte el del fracaso, el cual camufla la fuerza de la convicción que se orienta al cambio».*

—Que clase de pregunta tan sádica. Anhelar seguir siendo atormentado, disfruta tu nuevo hogar; así como lo hacemos los demás y si tienes suerte tal vez algún cuerpo se forme y haga el llamado.

—Shaná, ¿si he de volver, cómo podría hacerlo? —Ábreas recuperó la convicción que parecía haber perdido y se incorporó con flagrante seguridad—. Responde sombra.

—Cuidado con lo que deseas Ábreas, en este reino todo tiene una dualidad, no puedes anhelar algo sin descartar su efecto contrario; sin duda alguna si te esfuerzas podrías conseguir lo deseado, pero sufrirás al ver lo indeseado hacerse realidad, entonces Ábreas, ¿qué es lo que aspiras hacer?

Ábreas sonrió.

—Te lo agradezco Shaná, al fin te conozco, es bueno saber que hay amistades que trascienden un trono, cambiaré la pregunta: ¡Muéstrame la corriente del río y en ella fluiré; y lo que se tenga que hacer, se hará!

—Te adaptas rápido a las leyes de este mundo, sigue al sol negro y veremos qué tan cierto es —rio macabramente y volvió a desaparecer.

La advertencia de Shaná continuaba retumbando en los anhelos desatados de Ábreas, quien a pesar de su convicción y respuesta aún veía sorprendido el deseo creciente por regresar y por contraste la cadena lo ataba con mayor fuerza a ese lugar.

—Es imposible no tener deseos —gritaba en su interior, pero a su vez sabía que lo era...

El sol negro era atractivo y atrayente, cierta familiaridad relucía con suavidad y su calor combinado con el frío daba fresca, mientras que su intensidad espantaba y daba la sensación de vacío, de un vacío sin retorno, muy próximo al olvido. Sus llamas invitaban a las sombras a acercarse y estas caminaban errantes, cautivas y sin fin... sombras que aún se auguraban vivas.

—¡Eh, caminante!, ¿eres nuevo?, ¿buscas también al gran sol? —preguntó una sombra confundida al ver que Ábreas se acercaba—, ¿por qué no te nos unes? ¡Ya pronto llegaremos! —Clamaba.

—¿A dónde llegarán sombras? —Preguntó Ábreas, pero la sombra parecía perdida mirando al astro negro, de pronto reaccionó y volvió a preguntar.

—¿Eres nuevo caminante?, ¡únetenos, ya pronto llegaremos!... Y nuevamente se perdió en el vacío de su andar.

Ábreas se adelantó sin darle mayor importancia, cuando al extender la mirada se percató de las miles de sombras que unían sus pasos, con la esperanza desolada de llegar a algún lugar, que no existía, ¡desolador!

—Fascinante, ¿verdad Ábreas? —Shaná volvió a aparecer sin previo aviso—, estas sombras son llamadas numas, aún se consideran vivos, ellos son incapaces de ver su realidad, al inicio pensé que te habías convertido en uno de ellos —se precipitó en risa, mientras se trasladaba a una roca cercana, formando una especie de humo.

—¿Por qué se aferran al sol negro? —Preguntó Ábreas, entristecido por esa realidad.

—Ya te lo dije Ábreas, aferrarse a un deseo trae consigo su efecto contrario, estos seres se aferraron a la vida y a la luz de sus días, por eso ahora divagan, porque jamás lograron aceptar que su tiempo se acabó, que su mundo culminó y aunque se les dio otra oportunidad de regresar, no pudieron tomarla ya que aún no aceptan su muerte, ¿cómo volver a nacer si jamás moriste? Pobres infelices, convirtieron al sol negro en su razón de vivir, solo que no logran comprender que ya no lo están. Los numas abundan en este reino, es fácil confundirlos pues algunos pueden conversar contigo durante horas, días, años, antes de continuar su persecución al astro negro... Tú ignoras al sol, tal vez no seas un numa.

—Volvió a reír y se acercó a Ábreas solo para contemplar su expresión.

—¿Y tú Shaná, eres un numa?, hace poco te vi fascinado con la oscuridad del sol, dime qué te hace diferente.

Shaná miró con indiferencia y algo de desprecio por el insulto.

—Si los que caminan detrás del sol son los perdidos, ¿tú por dónde caminarás? No soy un numa, soy un hersul, los que por voluntad propia actuamos, existimos a nuestro propio albedrío, aunque a veces limitados por nuestros actuales apegos, como en todo mundo.

—Limitados, ¿a qué te refieres? —preguntó interesado Ábreas, mientras continuaba contemplando la ironía en la falsedad de la existencia de aquellos numas.

Shaná volvió a reír.

—Eres interesante derrocado rey; buscas aprender estando en la desgracia... Los que viven bajo la ley del libre albedrío suelen crearse ataduras crueles, se limitan a sus hábitos, a sus apegos, a sus vicios, y adoran su dolor, se quejan y gritan, pero son incapaces de cambiar, se vuelven sus propios verdugos, flagelándose sin piedad. Irónico, que teniendo un mundo de posibilidades se limiten así... Obviamente también existen unos pocos con la valentía necesaria para tomar las riendas de su destino, pero estos tienen que enfrentarse a ellos mismos para ser libres —levantó la mirada hacia una montaña que parecía ser bañada constantemente por nubes grises, dándole un efecto como de catarata—. Esa es la montaña Somn, los hersul se reúnen en abundancia detrás de ella, algunos para curiosear... —De pronto contuvo lo que

iba a decir y agregó: ¿Qué eres rey perdido?, tienes a los numas que en su inconsciencia buscan la felicidad en el sol negro, cobijándose en esa idea. Tienes a los libres que crean sus limitaciones para atormentarse, ¿qué camino seguirás?

Ábreas miró extrañado a la sombra que lo acompañaba, quién de modo extraño lo iba guiando y se preguntó si realmente él era su enemigo, calmó su corazón y respondió:

—Soy de los que se enfrentan a sí mismos.

Shaná no esperaba mejor respuesta y se mostró satisfecho, al mismo tiempo que una brisa espesa soplaba indicando el camino intrínseco que deberían seguir, luego sonrió macabramente y mirando a Ábreas agregó:

—¡Entonces prepárate!

*«La existencia se presenta y nos pinta dos posibilidades opuestas para nuestra elección: un sí o un no; un frío o un caliente, seduciéndonos a andar en uno de sus extremos. Fatigados en ese extremo no notaremos la transición hacia el otro, convirtiéndolo en un ciclo eterno sin sentido; y nuestra mente ofuscada olvidará que dos son la distracción que camufla al verdadero camino».*

## La muerte y el fuego



Si tan solo estuvieras a mi lado hijo mío..., te mostraría la belleza de la vida y continuaría protegiendo todo aquello que se me encomendó, pero desde que tú no estás hasta lo más bello parece aburrido. La vida ha perdido su encanto, los colores del cielo y de la tierra ya no tienen su magia y las voces del bosque pararon de cantar... Sin embargo, hijo mío, descubrí otro tipo de belleza, una que jamás pensé en apreciar, una que andaba escondida en la quietud, una que se muestra a plenitud en el momento exacto que empieza a desaparecer. Pero no me malinterpretes Ortel, he amado con locura lo que ahora destruyo sin sabor, y son las cenizas al caer lo que da alivio a este corazón. No pienses que soy cruel, no creas que no sufro por la barbarie de mis manos, no creas que olvido los rostros apagándose en el fuego y menos creas que he olvidado mi promesa contigo y en mi promesa, en mi palabra, está mi alma que es lo único que al final valdrá la pena rescatar. Palabra y alma son lo mismo, te di mi palabra, hijo mío, y no me detendré hasta recuperarla y verte al fin descansar en paz. Tus palabras puestas en la boca de los insensatos me han traído hasta aquí. La cólera no se ha ido, pero ahora veo todo más claro y comprendo que no puedo enfrentarme a la bestia de frente. Pero destruir sus anhelos es distinto, y por ahora, eso calmará mi furia. El solsticio de Agnaruk está cerca..., y la llave a las Tierras del Viento aún más.

De pronto Ormus se quedó contemplando el denso entorno consumido por la guerra, vio con agrado los retazos de cenizas que aún se negaban a desprenderse de su piel, hasta que el sonido de un carruaje lo volvió a distraer. Subió la colina y como un regalo: la ciudad de Aldan, hogar del mestizo Yabel Krount, se reveló con toda su majestuosidad. Chasqueó los dientes con desprecio, pues no esperaba una ciudad tan protegida, cerró los ojos tratando de encontrar una forma de llegar a Krount, pero su mente solo exigía destrucción y su corazón como un susurro gritaba precaución. Por momentos aceleraba el paso y luego frenaba, suspiró seca y repetidamente hasta que

el sonido del carruaje se sintió más cercano; volvió a chasquear los dientes y se adentró en el camino de este, con toda la intención de apoderarse del medio para poder entrar a Aldan, de inmediato los caballos relincharon y el carruaje se detuvo.

—¿Quién anda ahí? —una voz forzada y débil por los años fue lo primero en hacerse notar. Luego el viajero se quitó el manto dejando ver su rostro cuarteado y envejecido, al mismo tiempo Ormus calmaba sus intenciones y descubría con asombro que su interlocutor no podía ver.

—Soy también un viajero..., con el mismo destino.

El viejo frunció el ceño, se puso algo pensativo y al fin respondió:

—Entonces vayamos juntos a él, aunque me temo que vamos por razones distintas... Sube, ven a mi lado.

Había pasado mucho tiempo sin que Ormus hubiera escuchado palabras amigables, se sintió alegre pero también algo extrañado, pues en toda palabra cortés se esconde la duda, al menos en tiempos de guerra. Aun así, la espontaneidad de la invitación, la hizo irrechazable.

Ormus se acercó al carruaje y vio los ojos de los caballos que lo observaban espantados y resignados. Se sacudió las pocas cenizas que quedaban impregnadas en su cuerpo y de un solo paso subió al carruaje y se acomodó junto al anciano, el cual no pudo evitar la sorpresa.

—¡Eres bastante grande!, ahora comprendo por qué mis caballos estaban espantados, pero a la vez quedo aliviado. Hay un manto detrás de ti, puedes usarlo si deseas. —El manto era algo viejo, pero lo suficientemente amplio como para envolverlo brindando escondite y alivio al fuego calcinante de su piel—. Hablas poco viajero —continuó el anciano—, ¿qué te trae al pueblo de Aldan?

Ormus quiso responder: «La destrucción», pero luego vio como un inconveniente espantar a su única entrada, por lo que respondió:

—Una búsqueda, una preocupación.

Un breve silencio dio paso a un soplo de viento que arrastraba el polvo dejando a su paso un silbido nostálgico, pero a la vez profundo.

—No puedo decirte nada con respecto a la búsqueda, puesto que cada búsqueda es personal y distinta; sin embargo, los años me han enseñado que las preocupaciones no son más que nuestra incapacidad para aceptar lo que ya ha ocurrido o está por ocurrir, toda lucha es esperar lo contrario y mientras te aferres a luchar en contra del orden natural de las cosas vivirás preocupado, pero cuando fluyas..., empezarás a vivir nuevamente... —El anciano se rio fuertemente y luego agregó—: discúlpame, ya no sé de qué estábamos hablando... la vejez es traicionera.

Ormus miró intrigado al anciano y su corazón fue tocado, pero era imposible detener a la mole de sus intenciones.

—Hablas demasiado anciano, por ahora no estoy interesado en la redención. Sin embargo, te agradezco...

—Cuando mis ojos dejaron de ver, mi boca empezó a funcionar más; es algo



inevitable viajero, cuando algo nos falta siempre buscamos compensarlo.

—Es una gran verdad anciano, siempre buscamos compensar, y todos creen que compensar es perdonar, volver a empezar. Y eso es lo más recomendable para algunos. Soy consciente de ello y estoy dispuesto a pagar las consecuencias de lo que voy a hacer. Ya habrá tiempo para encontrar mi propia reconciliación, pero este no es el momento.

El anciano comprendió de inmediato la resolución del viajero; se sorprendió, porque no siempre se conoce una convicción tan firme en un ser. Luego se preocupó del poder de esa misma convicción y dudó en preguntar durante un breve momento, pero el mismo viaje impulsaría más adelante la imprecisa pregunta...

—¿Qué harás con tanto odio, viajero?

La pregunta se deslizó fluctuando al viento y a las hojas secas de un cruel otoño, para finalmente llegar a un resguardo lúgubre, tedioso e impreciso.

—Tanto la alegría como el odio en mi interior vienen a ser caras de una misma moneda y ambas fluctúan entre ellas. Gocé brevemente de la alegría extrema y ahora soy cautivo y consciente de su opuesto. Puedo elegir y ya lo he hecho, posibilidad que no todos llegan a tener. No estoy siendo arrastrado ni por una sed de venganza, ni por mis pasiones. Al contrario voy voluntariamente. Esa es la diferencia de alguien que sabe que pagará la consecuencia de sus actos, contra la de alguien que solo pagará sufriendo.

En ese momento fueron interrumpidos por la cercanía y las miradas perspicaces de los guardias del gran portón de Aldan. Puerta que se elevaba varios metros, tachonada de metal y reforzada con acero; en lo alto otros tres guardias custodiaban, mientras que un pequeño escuadrón daba vueltas alrededor de las murallas. Uno de los guardias se acercó al carruaje haciendo una señal con el puño y de inmediato su compañero lo siguió.

—¿Qué les trae a Aldan? —preguntó con fuerza el primer guardia.

—La reina me hizo llamar, soy Bonna, el antiguo consejero.

—¿Y la mole que va a tu lado?

—Él es mis ojos...

El guardia se burló disimuladamente de la extraña pareja que acababa de llegar, luego dio la orden para que los dejaran pasar y de inmediato el sonido de cadenas arrastradas dieron lugar al crujir de las puertas, las cuales lentamente dejaron ver la imponente ciudad de Aldan.

—Esperen —gritó el segundo guardia—, anciano, cuida a tu mascota no queremos problemas —se burló de su propia astucia y la carcajada se contagió en su compañero.

La carreta avanzó lentamente a través del portón.

—Tienes buen temple viajero, estaba algo preocupado —murmuró con cierto alivio el anciano—, lamento no haberme presentado hasta ahora...

—Son solo palabras y estas se desvanecen en el tiempo, actúo ante acciones, no

ante susurros —respondió Ormus—, soy Ormus —agregó.

—Esta ciudad apesta a muerte, han sido solo un par de años que he estado ausente... Pero siento a los ejércitos preparados y al pueblo abandonado, pudriéndose en su propia debilidad. Hasta la tierra huele nauseabunda, lo siento Ormus, esperaba mostrarte algo más agradable.

Ormus hizo una mueca que buscaba volverse una sonrisa y se sorprendió al hacerlo.

—No tiene importancia como se vea, al final todo es cenizas.

Bonna suspiró curioso y anheló ver la expresión de Ormus y sin poder interpretar el misterio de su mirada, afirmó moviendo la cabeza como un simple reflejo.

En ese momento la desesperación de la podredumbre se acercó al carruaje en forma de lamentos y pedidos, donde los desdichados rogaban por alimento y limosna.

—Esta ciudad está muerta, no comprendo por qué esta gente aún se resiste a irse de aquí, la vida es abundante en el exterior.

—Nadie tiene permitido salir, me temo viajero que acabamos de enjaularnos.

La carreta avanzó unos metros más, hasta que uno de los caballos relinchó y de inmediato cayó muerto, el carruaje se detuvo abruptamente y la gente desquiciada por el hambre se abalanzó sobre el animal como aves de rapiña. La muchedumbre empezó a empujarse y a arañarse por las partes del desafortunado animal; sollozos, gritos y blasfemias que iban en aumento retumbaban el lugar, mientras que la risa de los guerreros develaba el velo de la ciudad podrida de Aldan y a pesar de la brutalidad frente a sus ojos, ni Ormus ni Bonna se mostraron impactados, de pronto los miserables empezaron a mirar la carreta con ojos de codicia y se abalanzaron desquiciadamente buscando algo de valor. Mientras que con gran tranquilidad Bonna señalaba el camino.

—Mi memoria no me falla, el norte es el camino hacia el palacio.

—Seguiremos a pie anciano —dijo Ormus comprendiendo el pedido implícito de Bonna. Se levantó y en ese breve momento la muchedumbre quedó paralizada, abrieron paso ya sea por inercia o por terror de ver a ese gigante. Ormus sujetó a Bonna y lo guio al piso—. La crueldad y el asco solo brota del abandono, este pueblo está olvidado, me es difícil distinguirlos como algo diferente a simples animales; a veces es una bendición estar ciego —murmuró Ormus mientras ayudaba a Bonna a bajar. Caminaron sin prisa ante la mirada incrédula de los abandonados y ante la risa cortada de los guardias.

—Debo llegar donde la reina, este lugar es un caos.

Los infelices continuaron con su carroña con tal desenfreno y empeño que los caballos pronto empezaron a desaparecer dejando solo el crujir de dientes que iba desapareciendo a medida que se alejaban.

Ormus miró con repudio lo sucedido y con mayor asco la sonrisa de los guardias que se jactaban, ya era tiempo de dejar las distracciones. Guio a Bonna hasta la misma entrada del palacio y antes de despedirse le dijo:

—Anciano, termina pronto tus asuntos con la reina y luego aléjate de este inmundo lugar que el fuego no hace distinciones.

Bonna sujetó el brazo de Ormus en señal de agradecimiento. Por medio del tacto se hizo una idea de la apariencia del extraño viajero, interiorizó la imagen y eso bastó para poder sonreír con soltura.

—Nos volveremos a ver gigante... —Mientras se despedían una de las cortinas del viejo palacio se tambaleó y se pudo ver la silueta ansiosa por el reencuentro, que revoloteaba ya ansiosa. En la entrada unos treinta guardias fuertemente armados se mantenían inamovibles y contemplaban al antiguo consejero real, mientras que este también se apresuraba al reencuentro. No tardó mucho para que los dos corazones que anhelan acercarse lo hicieran.

—¡Bonna! Ha pasado mucho tiempo, no sabes la falta que me has hecho —en su expresión, la alegría reprimida al fin encontraba aliento y resguardo.

—Mi querida Nifa, estaba preocupado por ti, cuando recibí tu carta me asusté, sentí que lo que me contabas era absurdo. Pero al llegar aquí..., mis peores temores se volvieron realidad. He venido por ti Nifa, es tiempo de irnos, el pueblo ha enloquecido, la crueldad se ha expandido. Debemos irnos Nifa, cuanto antes mejor.

Dos lágrimas se filtraron en los ojos humedecidos de Nifa, quien apenas lograba sostener la voz.

—Perdona Bonna, debí confiar en ti, tú sabías que esto pasaría. Tú descubriste la crueldad de mi amado y lo enfrentaste y por mi culpa Bonna, por mi culpa, por mi silencio... perdiste tus ojos.

Los sollozos se alargaron de forma espeluznante, pues era su espíritu el que gemía de dolor a causa de su propia cobardía, espíritu que gritaba por el perdón y que anhelaba un descanso de la vergüenza que iba consumiéndola desde el momento que calló. Su cuerpo temblaba y las lágrimas ahogadas no paraban de brotar...

—Nifa, no fuiste tú la que me cegó. No guardo rencor hacia ti, al contrario, solo tengo gratitud..., ahora deja de recordar el pasado que no nos traerá ningún beneficio y dime: ¿dónde está el rey?, ¿dónde está Dánarus?

La simple mención de su nombre escarapeló el cuerpo delgado de Nifa, quién dejó notar el miedo creciente en su piel.

—¿Qué sucede Nifa, por qué estás tan asustada?

—Lo siento Bonna, pero él lo ve todo, te he vuelto a fallar —enrolló los puños mientras se acurrucaba en el regazo de Bonna y dejaba escapar el llanto amargo que ya retumbaba incontenible en su pecho.

Al mismo tiempo Ormus detenía su marcha y giraba lentamente atraído por el instinto, mientras una tétrica figura se dejaba ver sutilmente en el ocaso.

Nifa continuó con los sollozos y aprovechó el ruido de los mismos para soltar el mensaje de un modo imperceptible para cualquier oído, pero no para uno entrenado forzosamente como era el caso de Bonna; Bonna sintió el pecho a punto de reventar cuando la sombra de lo ajeno se posó en la indiferencia de la noche. En ese instante el

terror los encontró.

—¿¡Piensas escapar Nifa!? Ya hemos pasado por esto, por qué no entiendes que nadie abandona a Dánarus. Todo lo que ves es mío. ¡Nada se mueve en mi casa sin mi consentimiento! —bajó suavemente desde donde se encontraba, empujó la primera puerta que encontró y empezó a jalar una pesada cadena, mientras se escuchaban los jadeos rabiosos de lo incomprensible camuflado en la oscuridad.

—¿Qué está pasando, Nifa?, ¿qué clase de bestia hace esos ruidos? —la cadena arrastrándose en la loza del pavimento también era desconcertador, pero el jadeo atragantado creó una aceleración desquiciada en el corazón de Bonna poseyéndolo de incertidumbre; hasta que la respuesta brotó de los labios temblorosos de Nifa que aguantando los sollozos intentó calmarlo, pero su respuesta creó una confusión aún mayor.

—¡Son mis mayordomos! De inmediato se echó a llorar por el dolor que entraba desde sus ojos y rasgaba todo su ser.

—¡Nifa, no comprendo! ¡Nifa, qué es lo que quieres decir!

—¡Basta de susurros! —increpó con violencia Dánarus—, es una pena que no puedas ver anciano —se mofó al reconocer de quién se trataba—, quedarías extasiado con mis creaciones, pero te puedo dar un dato que sin duda aclarará tu pánico: Uno de ellos lleva los ojos de color carmesí, es un color difícil de encontrar —se ufanó y bufó complacido, luego jactándose agregó—: Ya de por sí es una ironía ese color, pero ahora creo que hasta la mayor ironía encuentra su momento, ¿qué se siente Bonna?, ¡ser observado por tus propios ojos! —volvió a reír frenéticamente, mientras la mirada desorbitada de Nifa observaba de reojo la pura maldad encarnada.

—Comprendo —dijo Bonna, dejando resbalar una lágrima de sangre—, estás podrido Dánarus, este pueblo se pudre por ti...

—Te equivocas anciano, solo renace y el nacimiento nunca es vistoso.

La cadena volvió a arrastrarse con locura y los jadeos hambrientos se incrementaron.

—¿¡Qué hiciste Dánarus!? ¿Qué hiciste? ¿Por qué a ellos?, si siempre nos fueron fieles —interrumpió Nifa ahogándose del miedo y el llanto.

—Es justamente por ello que los he premiado, ¿acaso no comprendes Nifa?, el poder es un premio y no solo les di poder, sino que también los liberé de sus mentes y ellos estuvieron felices, ahora solo fluyen al compás de la mejor de las voluntades... la mía. Y pronto todo este reino recibirá esa bendición, incluso tú Nifa, incluso nuestra hija —en ese momento empuñó con más fuerza y sus facciones se torcieron—, así que dime, ¡dónde la escondiste! —su voz retumbó como una orden, y las bestias humanas que jadeaban con locura, se desquiciaron de las ansias de atacar—, mira lo que provocas Nifa, no tienes consideración hacia mí..., tal vez ya deberías volver a nacer... —dicho eso soltó las cadenas, luego llevó una mano hacia sus ojos y limpió una lágrima falsa, mientras escondía una sonrisa siniestra.

Las bestias humanas salieron como bólidos incontrolables, sus lenguas casi

llegaban al suelo y corrían como canes detrás de sus presas, sus ojos inyectados y enloquecidos ya no parecían albergar alma alguna, pero tal vez sí anhelaban un final.

Nifa gritó ante la cercanía de las bestias y el tiempo se sintió eterno, en eso vio a Bonna dar un paso adelante a la vez que dejaba ver un instrumento filoso, el cual se expandió de un solo movimiento, convirtiéndose en una espada sumamente delgada; la cual sin titubear usó contra los mayordomos transformados, atinando dos cortes mortales y desviándolos del primer ataque, pero antes que Bonna pudiera dar un respiro, volvió a escuchar el jadeo entrecortado.

—¡Nifa!, quédate detrás de mí, creí haber acertado —susurró Bonna.

—¿Acertado?, claro que lo hiciste anciano, y puedes seguir haciéndolo, pero en algún momento te cansarás, mis criaturas se pueden curar solas, eso también es poder. —Dánarus empezó a reír descontroladamente mientras se desplazaba hacia una puerta aún más grande—, dejaré que la servidumbre los atienda —Nifa vio con asombro la sonrisa sádica de Dánarus en el preciso instante que rompía el gran portón—. No teman, no soy un anfitrión descortés, así que me quedaré junto a ustedes mientras son atendidos —volvió a reír, y la jauría de lo que antes fueron sus sirvientes empezaron a crear tal estrépito que hasta el corazón tranquilo de Bonna se sacudió—. Pronto serán libres en su nuevo nacimiento y lo que pierdan en la jauría se los repondré, se los prometo. —Dánarus disfrutó el momento y se acomodó en una de las gradas más altas del palacio—, mejor que cualquier otro entretenimiento —murmuró.

En ese momento Nifa gritaba desconsolada y Bonna repelía a las mutaciones con todas sus fuerzas, pero estas empezaron a mermarse lentamente, cuando una explosión en la reja principal paralizó el «entretenimiento» y Nifa contempló entre espasmos la silueta del desconocido que atravesaba el fuego, envuelto en una capa amplia, acercándose a paso recortado, nada presuroso, pero certero. Hasta las mutaciones por instinto retrocedieron, pero luego rugiendo se lanzaron ante lo desconocido y la llama de lo impensable calcinó sus carnes; las pobres almas encerradas por la locura se revolcaron en el pavimento y mientras se derretían, sus sollozos se escucharon como suspiros llenos de alivio.

Los ojos sorprendidos de Nifa no podían despegarse de esta nueva silueta que amenazaba, pero que a la vez le brindaba el lenitivo que tanto había añorado.

—Anciano, tú y la mujer aléjense de aquí —dijo Ormus, mientras se acercaba.

Bonna se alegró al reconocer la voz del viajero, pero de inmediato se preocupó.

—Tú también deberías hacerlo mi amigo... Lamento mucho haberte atraído a este embrollo.

—No digas tonterías anciano, que desde antes de conocerte, este ya era asunto mío, ahora váyanse.

De inmediato Bonna sujetó a Nifa y empezaron a correr hacia la salida, pero la sed de sangre no se hizo esperar, alcanzándolos con el desmedro de las palabras de Dánarus.

—¿A dónde creen que van?, que sean tres o cuatro o cien, para mí es lo mismo. Me traen un perro distinto, pues perfecto también ladrará para mí...

—¡No se detengan! ¡Váyanse! Volvió a repetir Ormus con mayor fuerza de voz.

Entonces Dánarus se levantó, miró con desprecio e indiferencia al nuevo ser que se interponía ante su voluntad, luego descargó su furia que brotaba en sus ojos y la dirigió hacia Nifa y hasta pareció escucharse la melodía del amante ante el desprecio de la amada.

Empuñó con fuerza y una aura oscura se apoderó de él, creándose una peste en forma de nubes que empezó a expandirse desde el cielo.

—Este reino es mi voluntad y ustedes pronto también lo serán, si quieren huir háganlo, pero mis bestias los encontrarán y los traerán a pedazos. En ese instante el grito de horror del pueblo se dejó escuchar como el desgarrar en las entrañas de quien está a punto de perderlo todo y que se aferra a la tenue existencia vacía de la esperanza arrebatada. Gritos de terror arrastrados por los cuatro vientos y silenciados con brutalidad. Gritos de espanto cada vez más lejanos y efímeros que evocaban a la locura temporal, poniendo en duda su real ocurrencia y confirmándose en las tristes fauces de las bestias que arrastran su tesoro cubierto de sangre y polvo. Vistazo cruel de la muerte que se jacta del delirio corrupto, mientras que los cuerpos son aglomerados para su próximo nacimiento; sin forma, difusa e involuntaria, donde su actuar requerirá una orden que como un sueño será realizado, no muy distinto a su vida anterior, con la diferencia que ya no habrá posibilidad de elección.

*«La libertad consta de dos pasos, en el primero renuncias a todo lo establecido para llenar los pulmones de nueva fuerza, y así cumplir un objetivo, una misión elegida por ti».*

—Atraviesen esa puerta y mis bestias los arrinconarán al montículo de carne ahí afuera; ¡qué esperabas!, ¿qué sería tan fácil?, ¡ridícula! —Dánarus escupió el hastío, para luego continuar—. ¿Dónde está mi hija? —volvió a gritar con desmedro. Hasta que una voz ignorada llamó su atención.

—No sé qué tan prudente sea ignorarme, tal vez no he llamado tu atención aún..., pero ya es tiempo de que el fuego despierte, es tiempo de que arda la blasfemia que has creado... Dime Dánarus, ¿alguna vez has visto el cielo en llamas? Me emocionó ver la peste que creaste y ahora solo me gustaría saber, si aún queda alguien vivo en tu reino.

—¡Cómo te atreves a dirigirme la palabra cuándo yo no te he dado ese permiso! La vida se crea a través de la muerte, pronto rebosará la vida y exaltará mi voluntad.

Ormus sonrió complacido.

—Entonces esos montículos de carne tienen gran valor, pues son lo que en tu locura exalta tu voluntad... —se jactó Ormus y luego agregó—: entonces..., mira tu voluntad con atención, contempla tu fragilidad.

En ese instante Ormus levantó las manos y gritó: «Zuc A'gn Mar» y el cielo ardió para luego caer en pedazos y estos destrozaron la decadente ciudad de Aldan. En

cuestión de segundos el fuego se expandió alcanzando con premura los cuerpos maltrechos de los infelices ahuyentando a las mutaciones que jadeaban en lo confuso.

—Cómo te atreves... Gritó Dánarus con los ojos al borde de la locura, aún sin comprender cómo pudo pasar semejante catástrofe para sus planes..., mientras el odio se pasaba al causante.

—Ahora qué Dánarus, ¿crearás un reino de las cenizas?, ¿tus mutaciones serán hechas de cenizas?...; uhm, finalmente he logrado capturar tu atención —la larga capa de Ormus bailaba al compás del viento, dejando escapar chispas de fuego que se consumían en su rostro. Dánarus recuperó la compostura y esbozó una sonrisa—. Maravilloso, tú serás mi hijo, haré de ti el fuego de mi voluntad y escupirás tus llamas cuando yo lo diga, he buscado tanto a alguien como tú; y solo apareces, sin avisar. Este es un designio que aprueba lo que hago, pronto te liberaré de ti.

La locura se apoderó del rostro de Dánarus, y con ello un poder despiadadamente inmenso hizo gritar al viento y a la tierra sacudiéndolos de improviso. Aprovechando la distracción Nifa corrió hacia una de las alcantarillas, la destapó y cogió un extraño bulto el cual envolvió en sus brazos, luego sujetándose de Bonna se alejaron en silencio. Ormus contempló el hecho por la rabadilla del ojo, y evitó despegar la mirada de Dánarus, para evitar delatarlos inconscientemente.

Dánarus sopló bufando y una peste verde e inmundada salió de su boca, formando una llamarada que deshizo el concreto, los fierros y hasta la misma tierra se corrompió, dejando una marca irreconocible. Ormus logró esquivar el repentino ataque y pudo apreciar el peligro al que se enfrentaba y al contemplar el extraño ácido, un pasaje en su memoria brotó en él.

—¿Tú eres al que llamaban el Dragón del Ácido? La bestia que solo deja escombros..., me preguntaba dónde andabas escondido...

—Te equivocas criatura, soy el Yabel del Control, el manipulador, al que llamas Dragón del Ácido, no fue más que una de mis marionetas, como también tú lo serás.

En ese momento Dánarus inhaló con fuerza y el aire y la tierra volvieron a chillar, enseguida el ácido de su boca se expandió como una lluvia imposible de esquivar, entonces Ormus cogió el manto que lo envolvía y sacudiéndolo en el aire limpió las gotas ácidas que se acercaban sin clemencia, para luego arrojarlas junto a la capa destruida.

—Me enfureces —gruñó Ormus, mientras el fuego empezaba a brotar de su cuerpo, luego chasqueó los dientes y el calor se incrementó aún más.

Dánarus miró intrigado, pero sin perder el aliento volvió a absorber una bocanada de aire, el cual se iba calentando y volvió a arrojar una lluvia ácida, pero esta vez las gotas se evaporaron antes de llegar al cuerpo ardiente de Ormus. Y este volvió a gruñir, era evidente que la ira iba escalando, pues esta ya se veía de forma notoria en el rostro del gigante del fuego; Dánarus contempló su ataque fallido y un hastío asqueroso de encontrar una fuerza que se interponía a su voluntad hizo brotar aún más la locura despiadada de su ser, y mientras descendía para colocarse a la altura de

Ormus se veía como su cuerpo iba cambiando de forma, resaltando sus músculos y venas mientras que sus ojos desorbitados y sus labios sedientos eran tocados por su lengua; al estar frente a Ormus lo miró fijamente con todo su desprecio y dijo:

—Lo máspreciado siempre para mí fue la fuerza, y nunca mis puños han conocido derrota alguna de otros puños, me emocionas y se excita mi ser de solo pensar en la victoria de este combate, victoria que será mía a pesar de tu esfuerzo...

Ormus volvió a rugir, y su aliento se convirtió en humo.

—Tu extrema confianza será la causante de tu derrota..., pero avalo lo dicho, también me emociona un buen combate, pero no por eso bajaré la guardia.

—Eres débil criatura e increpas mi seguridad y no confías en la tuya. —Hizo crujir las rodillas mientras daba un paso adelante con tanta fuerza que cualquier otro ser hubiera optado por retroceder, sin embargo Ormus tomó una bocanada de ira y dio un paso firme también; de inmediato la tensión en el ambiente combinada con el calor dieron un nuevo sacudón a la tierra y algunos escombros cercanos se terminaron de caer; los ojos rabiosos de Ormus y la mirada desorbitada de Dánarus se encontraron en medio de la cercanía, y sus brazos se alzaron instintivamente como previendo un acontecimiento letal. La respiración de ambos se aceleró, para luego detenerse de forma abrupta y ante el chasquido fugaz de una hoja en el fuego; la reacción innata impulsó toda la vehemencia de ambos titanes, quienes chocaron con tanta fuerza que la ciudad de Aldan luego de ese impacto sería irreconocible. El mismo cielo se volvió de color fuego y la tierra se tiñó de humo verde y los dos elementos se empezaron a mezclar entre sí, mientras los temibles impactos de sus puños retumbaban como truenos al contacto; la demencia de la noche trató de ocultar a las bestias desbocadas, pero sus gritos y rugidos se escucharon en el horizonte ahuyentando a los animales y a los viajeros desprevenidos. La cólera descontrolada se enfrentaba a la demencia incurable y para los Ugur's que cantan la historia, ambos se iban pareciendo.

Una brisa se corrompió, pero antes de hacerlo creó una pausa, donde los dos titanes pudieron inhalar nuevamente.

—Tus puños han hablado y estoy escuchando, pero aún no sé lo que buscas —dijo Dánarus, mientras limpiaba la sangre que brotaba de sus labios.

—No tenía nada contra ti, solo eras un peón en el tablero. Pero ahora que te conozco, ya eres solo una mancha putrefacta que infecta con su hediondez, un despojo, que el fuego va a eliminar.

—Voy comprendiendo, no eres el primero que me ha visitado, muchas de las bestias mutadas tenían tu confianza y todas buscaban poder, una llave a las Tierras del Viento; y les di poder y sellé la llave de su cordura... ¡Ah!, el poder es un dulce al descubierto que transforma la vida en muerte, clava sus raíces en las entrañas más profundas, mientras lo devora todo, mientras eso te domine jamás podrás vencerme.

—Ya te dije Dánarus, eres solo una ficha en el tablero, no estoy buscando poder, ni tampoco venganza, solo soy la llama que lo consume todo, y mis flamas darán luz



a lo lóbrego de muchas existencias, pero sobre todo a la de una —la última frase sonó como un susurro, mientras el corazón de Ormus adoraba a su pequeño Ortel; el simple recuerdo avivó las llamas convirtiendo la pena en rabia y esta sin previo aviso estalló la locura concentrada en una lluvia de golpes incandescentes.

Dánarus trató de protegerse de la tormenta de fuego y descubrió que el intento era vano, entonces con avidez rugió y dejó la defensa, para también atacar. El cielo gruñó y la tierra tembló durante horas, el calor y el ácido habían destruido casi todo y los titanes ensangrentados y agotados se observaban sin clemencia desde la comodidad del pavimento. Parecía que los cuerpos buscarían resguardo en un breve descanso, sin embargo uno de los titanes se levantó como si nada, su mirada llevaba el fuego inagotable de su ira, pero Dánarus comprendió que más que su ira se trataba de su voluntad, trató de ponerse en pie consiguiéndolo con mucho esfuerzo, pero al lograrlo sintió la sombra que ya lo cubría y la temible angustia de perder su fuerza lo llevó a la inescapable resignación.

—He perdido —dijo con amargura, mientras los relámpagos de fuego alumbraban el rostro iracundo de su agresor—, ¿qué es lo que harás?

Ormus miró con desprecio al cuerpo rendido de Dánarus, sintió repulsión ante las palabras de abandono, pero al mismo tiempo la entrada a las Tierras del Viento se dibujaba en su mente.

—Despreciable... —bisbiseó, mientras le daba la espalda, buscando el camino para partir.

El acto causó una herida letal en el orgullo de Dánarus quien ya era incapaz de moverse. Pero el dolor hizo abandonar sus posibilidades y mordiendo con fuerza sus labios sustrajo el ácido, el cual volcó con fuerza hacia Ormus. El chorro cayó con gran precisión en la espalda incandescente de Ormus y Dánarus se emocionó al sentir el sonido que lo corroe todo, y como un aleteo veloz presagió su victoria, la cual se posó en la locura de un sentimiento; y mientras se predisponía a rugir por su logro, en un instante quedó inmovilizado al ver los suaves movimientos de Ormus girando hacia él. Su rostro mantenía la serenidad y la templanza de la lástima arrojada a los desahuciados; lo contempló durante un minuto, el cual se convirtió en el más largo y miserable momento en la existencia de Dánarus.

Finalmente Ormus se acercó, puso una mano en la cabeza inmovilizada del monarca de Aldan, y le dijo:

—Rey sin reino, ve a unirte al olvido.

En ese momento, el fuego se alzó como un león que devora a su presa, lento pero infalible empieza a devorar. No escucha ni duda y los lamentos se vuelven música en sus garras. Suspira la fiera, pero sin compasión, mientras lame la herida de una vida que se va..., al olvido.

La locura de Dánarus se perdió en el fuego. El gigante lo contempló hasta que las cenizas se despidieron con el viento.

No muy lejos una lágrima presentía la alegría mientras se aferraba a la tristeza,

perdiendo sus fuerzas.

—Bonna espera... —la reina cautiva detuvo la marcha al sentirse liberada, pero al mismo tiempo dejó caer amargas lágrimas—. Dánarus ha muerto, ahora comprendo por qué no podía escapar de él. Dánarus ha muerto y pronto me uniré nuevamente a su tormento —las fuerzas la abandonaron y cayó lentamente sobre sus rodillas.

Bonna se angustió al sentir la vida que se escabullía frente a sus manos y plagado de impotencia solo susurró entre sollozos:

—¿Qué pasa mi niña?

—Al fin lo comprendo, tal vez siempre lo supe y solo me aferraba a mi propia negación, pero ahora lo siento en todo mi ser; la vida se me va —estampó un beso en el bulto que llevaba en sus brazos y con sus escasas fuerzas se lo entregó a Bonna.

—Ella es Mihilla, mi hija, cuida de ella, te lo ruego Bonna.

El anciano quedó anonadado sujetando a la pequeña con la duda en su rostro.

—Bonna, en algún momento Dánarus hizo también de mí un juguete; que ironía, creer en sus amenazas cuando ya las había cumplido.

Un último suspiro bastó y el cuerpo quedó abandonado y cuando el silencio amenazó, unos jadeos quejumbrosos alertaron y disiparon el despido apropiado de dos amigos... El anciano volvió a correr hasta que el camino se cerró y los jadeos de una supuesta irrealidad lo alcanzaron.

*«La resignación crea valentía en un corazón que lucha por no huir y crea abandono en el corazón que siempre ha escapado».*

—Extraña suerte que te presentas sin tocar, invades mi mundo o lo reformas, escondes tu intención con tu silencio y en medio de la oscuridad no me dejas más que dudas, ven, acércate, que la ironía de mi calvario será la excusa de tu muerte. —Oró Bonna, mientras envolvía a la niña en su regazo y se preparaba para enfrentar a las bestias sin amo. El sudor por la tensión empezó a resbalar y el aroma de la preocupación llamó la atención de las bestias, quienes cerraron la única salida; y hambrientas guiadas por el instinto, atacaron sin dudar.

Bonna que no tenía ojos, pero sí agudos sentidos, danzó con las fieras, mientras su espada separaba partes mutadas de sus cuerpos. Pero el filo de su espada no era capaz de retener la jauría indomable que jadea la muerte. Una tras otra las aberraciones no paraban de atacar y la sangre contaminada ya casi cubría el piso por completo, pero las bestias inclusive arrastrándose continuaban con su afán, pronto la fatiga se impondría de improviso dejando al descuido un favor... el cual se escucharía con desgarró por causa del dolor.

Ensangrentado y agotado, la oscuridad se posó sobre sus sentidos y ni el llanto agudo de la niña en sus brazos, lograba infundir el vigor necesario para continuar, solo un extraño calor era vagamente percibido. El anciano por un momento pensó que era la tibieza de su sangre y tembló al descubrir que Mihilla ya no estaba en sus brazos, hasta que el calor aumentó y el llanto de la niña se hizo presente.

—Te desmayaste anciano...

—Siento que el dolor desaparece.

—El fuego no solo destruye, también repara algunas heridas. —Un breve silencio acompañó a un suspiro y el llanto de la niña se fue deteniendo.

—Viajero, tu viaje no solo ha salvado mi destino, sino también el de Mihilla. —  
¿Por qué no vienes con nosotros y dejas que tu cólera descanse?

Ormus, colocó una mano sobre el hombro de Bonna.

—Las puertas al reino del viento están abiertas, a mi regreso aceptaré tu oferta.

*«La vida es un flujo natural que se presenta con risas y lágrimas; que cambian y enseñan cuando el alma ha aprendido a aceptar, dejando un perfume de sabiduría y de madurez; pero cuando el orgullo se presenta y se alía con la resistencia a aceptar lo nuevo, entonces el dolor acompañado de sufrimiento brota arrastrándonos a la miseria de lo infundado».*

—Entonces regresa pronto viajero...

Así se despidió Bonna de Ormus, con la esperanza de volver a sentirse y con la gratitud por haberse encontrado. Y Ormus se alejó, para continuar el camino de la cólera.

## FRÍO EN LA MONTAÑA



*«En el placer de las ironías cambiantes, el descanso se vuelve agobio y el despertar alivio...».*

Una suave caricia del viento me hizo sentirte nuevamente, los días van transcurriendo, pero yo aquí te sigo añorando. Hay momentos en que mi mente se silencia, pero aun así mi corazón te sigue extrañando. Sé que estas cerca esperando por mí, y yo no me he olvidado de ti..., mi ángel del árbol.

—¡Kailem! ¡Kailem!... ¡Kailem!

Escuché los susurros de una dulce voz que me llamaba, a la vez que el sueño ingrato se iba disipando, y al seguir la voz, suavemente, pude despertar.

La luz me inundó, para luego dar vida a las formas que con suaves trazos se fueron definiendo; sin embargo, un movimiento suave cautivó mi atención, era el cabello de Quetzal, que a pesar del cansancio que incita a los parpadeos, me fue acercando a su silueta perfecta y al sentir su aroma, desperté.

—¿Quetzal?, ¿qué haces aquí? —Pregunté mientras aún luchaba por despejar las brumas y las falenas de mi memoria.

—Te desmayaste Kailem, te encontré aquí... ¿qué sucedió?, todo el lugar está destrozado.

Sus palabras me llevaron a observar con mayor detenimiento y las dudas se fueron aclarando. Trataba de convencerme que solo había sido una pesadilla, pero en el fondo lo sabía.

Levanté la mirada y contemplé nuevamente a Quetzal, quién a la vez se sonrojó al sentirse observada.

—Lo lamento —le dije—, no era mi intención incomodarte.

Sonrió y posó en mí sus hermosos ojos.

—No lo hiciste, ¿estás cómodo? —Una media luna se dibujó en su rostro al hacer la pregunta, e inmediatamente sentí la comodidad de mi cabeza en sus piernas—, lo

lamento —repetí instintivamente y de inmediato me senté.

—No me hubiera importado si decidías descansar un poco más —volvió a sonreír, mientras hipnotizaba su mirada.

Me alegró su respuesta..., y la sentí con dulzura.

«*La inocencia hace que se acelere el corazón*».

—Antes que el calor abruma la tierra, deberíamos partir —musitó, mientras la calidez de su mirar buscaba aprobación en mí.

No pude evitar dejarme llevar y sin más palabras asentí con un suave movimiento de cabeza, en ese momento el viento fresco del amanecer nos llenó de fuerza...

—¿A dónde iremos Quetzel? —Pregunté, mientras me ponía de pie y le estrechaba una mano para ayudarla a levantarse.

—A las tierras altas..., donde los Montañeses —respondió con mucha tranquilidad, tratando de ocultar un cierto temor.

Una punzada en mi pecho ya clamaba el peligro acechante de la travesía, pero la fuerza impresa en mi ser ardía con fuerza, mientras recordaba la sangre cálida de Quetzel penetrando mis venas; entonces recordé la ubicación del reino de Mirth al hacer memoria de los mapas de Ábreas, y la distancia era considerable.

—Nos tomará un par de semanas aproximadamente —bisbisé, mientras disfrutaba la calidez de la mañana y predisponía mi mente y cuerpo para la larga jornada, en ese momento la risa risueña de Quetzel llamó mi atención.

—Calculo que estaremos ahí en el atardecer...

—No puedo estar tan equivocado —le dije.

—No lo estás —respondió con avidez—, si fuéramos a pie —dejó que la ironía hiciera su trabajo y continuó—: Esta vez, volaremos... —Y con un rápido movimiento de manos extendidas, señalando el cielo soltó un silbido muy peculiar, uno que arrastraba al viento, en vez de empujarlo. Y luego me miró con suavidad, mientras que una respuesta lejana en forma de chillido inundaba el cielo. Por inercia mis ojos buscaron en la distancia el origen del grito y mi corazón se aceleró al ver a la monstruosidad que se acercaba...

Me había olvidado de los bargrios, los gigantes murciélagos que atacaban a los saltanubes, su espeluznante figura acercándose me desestabilizó; pero la firmeza de Quetzel, quién aún mantenía una mano levantada mientras el viento soplaba impulsado por la bestia, me brindó nuevamente valor.

—Acércate Kailem, te presentaré a mi amigo —me dijo al mismo tiempo que corría con emoción y abrazaba al animal—, vamos, acércate, deja que te olfatee un poco.

Disfruté de verla tan radiante y tal vez por esa razón me acerqué sin vacilar y el saludo por parte del bargrio fue inmediato. De un salto me tumbó al piso y con sus enormes fosas nasales invadió toda mi humanidad. Traté de escapar, pero fue imposible, y ante el sonrojo de mi piel por tan osado saludo la algarabía de Quetzel no se hizo esperar... Mi orgullo había sido destruido y ya no teniendo su influencia,

al fin pude pedir:

—¡Sácamelo de encima, por favor Quetzel!

Continuó riendo un momento más, hasta que al fin dio la orden para que me dejara en paz.

—Lo siento Kailem, pero no podía evitarlo —lo dijo aún conservando la sonrisa, luego me estrechó una mano para ayudarme a incorporar.

—No esperaba que los bargrios fueran criaturas tan sociables —le dije.

—No lo son, pero puede que tengas buen aroma —respondió—. Sube —agregó.

Al ver las dudas en mi interior, ella decidió subir primero y lo hizo con tal agilidad que prácticamente ni el mismo bargrio se dio cuenta. Ya arriba acarició con mucho cariño y respeto a la enorme criatura e inclinándose hacia mí, me estrechó la mano. Por inercia más que por convicción me acerqué y me sujeté con fuerza, en ese mismo momento ella tiró con mediano ímpetu y fui a parar detrás de Quetzel. Entonces con la naturalidad que ya la caracterizaba guio mis brazos alrededor de su cintura, mientras me advertía que debía sujetarme con fuerza. La vi envolver una de sus manos en el pelaje del bargrio y con la otra se aseguró que la estuviera abrazando y recién en ese momento volvió a silbar, indicando con su mirada la dirección de nuestro destino.

*«Todo está conectado, no existe piedra que esté abandonada, ni viento sin guía, ni mar sin luna y mucho menos fuego sin aliento...; todo está conectado, no hay criatura ni ser abandonado, pues en las caricias del silencio todos hablan el mismo idioma».*

Un chillido desató el viaje, dejando al viento chocar en nuestros rostros y tras cada brusco movimiento, fui abrazando con más fuerza a Quetzel. Cuando me di cuenta, el perfume de su piel me había invadido y con ello una gran calma inexplicable, cobijadora y placentera. Vi la danza de sus cabellos y al sentir el cielo tan cerca del infinito, descubrí la belleza de las alturas que muestra la vida tan pequeña y simple, a tal punto de hacerte cuestionar el ¿por qué? y el ¿para qué?; entonces, es en esa lucha del pensamiento cuando ves lo que realmente es importante... «La vida es la belleza del orden y el descaro del caos», cómo no apreciarla y darle hasta el último aliento a aquello tan frágil que lucha sin cesar. Recordé a mi ángel, a los Liliiums y mis promesas; y supe que lo más sagrado es la vida, al final.

—Estás muy silencioso Kailem. —Quetzel rompió así el silencio al estabilizarse el vuelo.

—Solo impresionado de esta nueva sensación —respondí.

—¿De cuál? —Preguntó, ¿de mi cuerpo junto al tuyo o del vuelo?

Al notar la picardía inocente de sus palabras y al percatarme de que aún estaba fuertemente abrazado a ella, y mientras me soltaba suavemente, respondí:

—De los dos... —Y era verdad.

—¿Ves aquella gran montaña de hielo?

—La veo —respondí.

—Es Quetolpacha, padre guardián de nuestra raza. Él divide las tierras, es la frontera del reino Druskal y la de los Montañeses. Cuando estemos cerca, sentirás como los vientos nos dan la bienvenida, al igual que lo hace nuestro guardián.

La montaña de nieve, se veía cada vez más impresionante a medida que nos íbamos acercando y tal como lo dijo; su frío aliento empezó a guarecerse en nuestro interior, generando pequeños temblores en nuestro cuerpo. Más adelante y también en las alturas, unos cuervos gigantes volaban en formación y grande fue mi sorpresa al ver jinetes sobre ellos. Y ante una señal, sin mayor aviso, empezamos a descender...

—Son los Montañeses, tic, no esperaba encontrarlos tan pronto —bisbisó Quetzel ante lo inevitable y agregó—: Estate preparado Kailem...

Sus palabras eran claras, me sujeté de su cintura mientras el descenso se incrementaba y mi cuerpo tembló no solo por el frío, sino también por la angustia a lo incierto y no fue hasta que una imagen más cercana de los supuestos cuervos me reanimó.

—Estas aves, ¿no son cuervos? —la sorpresa se dibujó en mi voz.

—Son fochas —respondió Quetzel con más ánimo—, son aves nadadoras de plumaje negro con reflejos grises, usualmente su frente y picos son blancos, sus alas anchas y cola corta les permiten gran maniobrabilidad. Pero, lo temible es que suelen copiar el estado anímico de sus jinetes. Los he visto estrellarse contra sus enemigos. En mi pueblo también los llaman los suicidas, son rápidos y peligrosos, tanto como el que los guía.

El descenso fue más ligero, tal vez por la tensión escondida generada por la presencia de los Montañeses o por el frío engorroso que se adhiere sin dudar. Cuando finalmente el bargrio tocó las faldas de Quetolpacha, un suspiro guardado en mi pecho se escapó con suavidad, dejando una nube en mis labios. Bajé del bargrio y estreché una mano para ayudar a Quetzel, ella me siguió la corriente con cierta sonrisa pícara, dándome a entender que eso no era necesario, luego me miró con calma y sujetó con más fuerza mi mano.

—Lo siento Kailem, no sabía que estabas con tanto frío, debajo de la montura hay una prenda, úsala.

Le agradecí y raudamente me dispuse a buscar la prenda, mientras mi corazón clamaba agradeciendo la salvación. La prenda de vestir estaba cubierta por alguna sustancia que la hacía impermeable. Tenía la forma de una chaqueta con capucha y me recordó mucho a un anorak, prenda que se usa en el esquí o deportes de montaña. Y el solo hecho de ponérmelo aisló por completo el frío helado de la montaña. En ese mismo momento, las fochas con sus jinetes aterrizaban muy cerca de nosotros y mientras bajaban de sus monturas, uno de ellos proclamó:

—Soy Nernan, guardián y protector de las fronteras de mi pueblo. Identifíquense y digan la razón de su visita.

Era un guerrero impresionante, vestido con piel de animales y en uno de sus

hombros descansaba la cabeza de un gran oso, que se había topado con el guerrero. Una cicatriz en su rostro, denotaba la fiereza de su ser y una hacha grande y pesada, reflejaba su fuerza. Su tamaño fácilmente era mayor a los dos metros y medio, haciéndolo ante mis ojos un gigante.

—Soy Quetzal, hija de Ketzul, venimos a ver a tu rey —se acercó al Montañés para darle el encuentro; y al ver, desde donde estaba, la diferencia de tamaño, una temible impresión de desventaja y preocupación se asomó en nuestros pechos.

Los otros Montañeses también se acercaron y pude ver el desprecio en uno de ellos, que fue a estallar como una provocación.

—¿Qué es lo que quieres con nuestro rey? —Preguntó mientras trataba de ocultar la fuerte mordedura que ocultaba su ira.

—Es un asunto que solo lo discutiré con él —respondió Quetzal con cierta severidad, que también iba en aumento.

*«Desde la distancia se puede predecir lo que en la cercanía está por suceder».*

Me acerqué suavemente, procurando no hacer algún movimiento que perturbara la tensión latente, pero el alboroto contenido empezó a filtrarse en las fochas, las cuales empezaron a graznar seca y ruidosamente.

—Venimos en paz, nuestra intención no es generar un conflicto —interrumpí tratando de disminuir la adrenalina, pero esta había llegado a bordear los límites en uno de los Montañeses, que con un movimiento de su hacha me empujó. Entonces Quetzal desenvainó su daga con la intención de protegerme, pero quedó al descubierto del tercer Montañés; quién no vaciló en levantar su pesada espada, entonces desenvainé a las Justas y bloqueé el contundente golpe. En ese momento Nernan abrió los ojos inundados con la sorpresa.

—¡Basta! —gritó el imponente guardián y su estruendosa voz calmó a sus dos acompañantes—. Tú eres Kailem Istramus, aquel que derrotó a Siomac, me disculpo por la ofensa cometida.

La confusión me abordó.

—¿Me conoces? —pregunté extrañado.

—No hay nadie en el reino de Baruk que no conozca las espadas de Siomac, y el hecho que puedas usar las Justas a tu voluntad, validan lo que los Norf no se cansan de narrar.

La expresión de descontento de pronto desapareció y hasta las fochas dejaron de graznar.

—Mis guardias los escoltarán hasta el rey Baruk —nos estrechamos las manos y agregó—: Un honor conocerte, guerrero Kailem.

Y solo pude contestar:

—El honor es mío, guardián Nernan.

De pronto una amigable brisa nos envolvió y se hizo visible en el empeño de los Montañeses que ahora buscaban nuestra comodidad y aquel que levantó su espada, se acercó para disculparse.



—Lamento haber levantado mi espada contra ti taadar.

—No lo lamente, solo hacías lo que sentías..., puedes llamarme por mi nombre —le dije mientras le estrechaba una mano.

—Soy Voulm de la casa de Vathún; líder de los Búfalos, un honor conocerlo taadar Kailem —hizo una pequeña venia y estrechó la mano para corresponder el saludo—. Sígannos, los guiaremos... —continuó.

Al regresar al bargrio, pude ver el rostro desconcertado de Quetzel, quién me esperaba, mientras entrecerraba la mirada para ocultar el enigma de lo que acababa de suceder. Finalmente la incertidumbre pudo más y con cierta solemnidad disfrazada, preguntó:

—¿Si nunca has pisado estas tierras, cómo puedes ser tan conocido?..., a no ser... —Volvió a mirarme como quien trata de esclarecer una duda—, ¿realmente Kailem derrotaste a un noble Montañés?

—No lo hice —respondí—. Él me derrotó y perdió su vida al mantener su justicia. A pesar que la explicación que le di fue muy vaga, Quetzel pareció comprenderlo y no volvió a preguntar al respecto. Era una cualidad que me empezaba a gustar en ella. La «abracé» con fuerza nuevamente antes de emprender el vuelo y justo antes de hacerlo busqué aclarar una última duda:

—¿Qué es taadar?

—Es el peso de un título en estas tierras, si lo traduzco vendría a significar guerrero noble, en el antiguo dialecto de tarr, oriundo de los Montañeses —me miró con cierta sonrisa malévola y agregó—: Hice bien en traerte conmigo —se rio sigilosamente, y en ese momento las fochas y el bargrio partieron.

Una hora de viaje y ya la belleza de los nevados me tenían embriagado, el viento frío seducido, y el calor reconfortado, sumado a la experiencia de volar se iba convirtiendo en un verdadero placer; luego sentir al mundo tan pequeño, a la vida tan grande y a la existencia tan eterna, era el regalo de ese viaje. No muy lejos de donde estábamos, los colosos de hielo que levantan sus majestuosas armas para recibir a su gente, se alzaban dejándose ver imponentes, mientras que a sus pies las ciudades tomaban vida.

—Son siete colosos, hechos del hielo absoluto, nada los rompe y nada los derrite. Desde esta altura se ven solo cinco, y los pueblos que nacen a sus pies, les brindan tributo. Según las antiguas leyendas, cada uno de estos colosos eran sirvientes del dios Tar, y que dieron su vida para el nacimiento de la raza de los Montañeses. En su sacrificio, Tar se llevó sus almas y sus cuerpos quedaron inmóviles por la eternidad. Una antigua profecía, cuenta: «Cuándo el cielo se parta, los cuerpos sin vida albergarán nuevamente a sus almas perdidas y el renacimiento de una nueva era empezará».

Quetzel tomó un bocado de aire que se transformó en un suspiro y luego continuó.

—Hay muchas tradiciones, y una belleza insuperable en el folklore de estas

tierras milenarias, y mucho de ese folklore..., es real —susurró las últimas palabras, pero sí llegué a escucharlas, y su veracidad de algún modo también lo percibí...

—Quetzel, ¿qué hacemos aquí? —finalmente el momento fue propicio para preguntar, aunque me sigo cuestionando el por qué demoré tanto en hacerlo.

—Espero que solo una visita —respondió.

Por reciprocidad evité hacer más preguntas al respecto.

—Y vi con claridad una pequeña sonrisa, que bailaba insinuando su agradecimiento al silencio vivo y expresivo de la comprensión.

—El dios Tar, alaba la fuerza por encima de todo y su voluntad se ve en sus hijos; cuando Tar les da su bendición, ellos se pierden en una ira sangrienta volviéndose incontrolables, matando todo a su alrededor. Al contrario del Dios de la Sangre, quien anhela el control. Esa simple diferencia, causa innumerables guerras y matanzas entre nuestros pueblos...; estamos en una etapa de paz, pues hay un nuevo rey Montañés, el anterior rey, el lobo Mirth, no toleraba a razas distintas, considerándolas impías, falladas; pero aun con todo su ejército no pudo contra las legiones de los Yabel y en ese agravio, por su derrota en batalla, su más fiero general se levantó para pedir la corona, derrotándolo y derrocándolo en un combate sagrado. —Quetzel trató de sujetar su cabello alborotado, al mismo tiempo que maniobraba para seguir a los escoltas. Luego continuó—: Sin embargo, la derrota contra los Yabel aún es una herida abierta y una afrenta contra Tar...

Mientras me contaba esa historia, la gran ciudad de hielo llamada Zeroh, se empezó a dibujar en el horizonte. Tan majestuosa, bella y resplandeciente que inundaba de emoción las entrañas de aquellos que se deleitaban al verla nacer, mientras que los ojos se derretían del éxtasis prohibido ante tanta imponencia.

Zeroh, ciudad de amplias columnas y numerosos coliseos repletos de guerreros en entrenamiento; no solo reflejaba el poderío militar, sino también un avance constante en la tecnología bélica. Todas las construcciones eran de hielo, al cual ellos llamaban el zero absoluto, e incluso sus armas como las lanzas, estaban hechas de este material, que ante el reflejo de los rayos del sol los hacía ver como guerreros de luz, adornados en joyas; lo que junto a su tosquedad física creaba una ironía en armonía. Algunos llevaban escudos tan grandes como su propio tamaño, que desde las alturas reflejaban la luz del sol empañando la visión y obligando a parpadear numerosas veces, dejando el paisaje incompleto, cegando al meticuloso e hiriendo al desprevenido. Eran como espejos que cubrían la ciudad de luz.

La ciudad adoptó el nombre de Zeroh, por el imponente guardián, que como un coloso erguía su lanza mientras contemplaba el horizonte. No había duda, era un pueblo guerrero que despreciaba la paz mientras suspiraba por la guerra.

De pronto, empezamos a descender y la mirada curiosa de los guerreros fue inquietando mi corazón. Tal vez por la fuerza de sus semblantes o por su entrega a Tar, lo cual significaba luchar hasta la muerte y vencer ante cualquier intento.

—Kailem, aquellos de pieles teñidas de rojo son los nobles. También se les

permite usar esa prendas a los más destacados guerreros, realmente no esperaba que tantos nobles nos dieran la bienvenida —bromeó Quetzel.

—Me temo Quetzel que es una casualidad —aproveché el momento para despejar mi mente y entrar en claridad—, creo que salen de alguna reunión..., no se ven muy contentos —agregué.

—Por lo pronto, imaginemos que están aquí por nosotros —sonrió alegremente y en eso la voz de uno de los guardias, interrumpió.

—Estamos en la plaza de Tar —señaló con un dedo la dirección de una modesta entrada que estaba bien vigilada—, entren y sigan el camino sin desviarse, siempre de frente y al final encontraran a Baruk, díganle que Voulm los envía.

—Voulm, ¿por qué no nos acompañas? —pregunté, esperando no perder al guía, ya que con él, al menos dejábamos de ser tan extraños. Pero su respuesta fue contundente.

—Solo los taadar y su compañía pueden entrar. Realizó una venia de respeto hacia los dos, y se alejó.

Inhalé el frío helado del atardecer y exhalé con la misma fuerza armándome de valor. Luego, miré a Quetzel y la vi preparada para entrar en lo desconocido, cualidad de alguien libre de miedos, o debería decir, de alguien que es realmente libre.

—Al mal paso darle prisa —susurré.

—¿Es una frase de tu mundo? —preguntó Quetzel.

—Sí —le dije.

—Pues no tiene sentido —si das un mal paso y encima pones prisa en ello, lo único que lograrás es malograrte más el pie.

Me reí con fuerza, pues tenía razón.

—Supongo que en algún momento sí tendría mucho sentido —contesté.

—Seguramente... —respondió—, en mis tierras solemos decir «Vrail moe».

—¿Y qué significa?

—Es muy similar a tu frase, significa que así sea, pero dando énfasis a la referencia de aceptar y abrazar el imprevisto, para poder superarlo.

En ese instante, llegábamos a la puerta que nos señaló Voulm, puerta fuertemente custodiada por cuatro Montañeses de estatura considerable, dos de ellos cruzaron las lanzas para cerrar el camino.

—Soy Kailem Istramus y ella es Quetzel, venimos a hablar con su rey —dije con cierta convicción, ya que no podía frenar la incertidumbre en mi pecho.

Los guardias nos observaron en silencio y uno de ellos divisó a Voulm, quien a su vez le hizo una señal, que se volvió evidente en los ojos del guerrero. El cual enderezó su lanza y nos dio la bienvenida de una forma inusual.

—Que Zeroh los abrace con su fuerza.

—Que la sangre te cobije —respondió Quetzel con displicencia. Y en medio del saludo tenso, solo atiné a sonreír—. Es una gran entrada a las profundidades —bisbisé, mientras sujetaba una mano de Quetzel, con la intención de alejarla del

innecesario contratiempo, luego ya sin pensarlo, pregunté—: ¿qué venimos a buscar aquí? —ella me miró con suavidad y algo de sorpresa, hasta que finalmente, respondió:

—Lo insólito..., lo ideal sería una alianza y tal vez el efecto sería el mismo que una guerra. Pues la sombra de una tragedia se avecina.

*«La guerra es más cruenta cuanto más consciente eres de ella, triste en sus resultados y blasfema en su victoria. Ciegos aquellos que la luchan y esperan afuera y no la ven por dentro. Bendito quien la acepta, sin sufrir la derrota y sin gozar la victoria».*

La interminable bajada en las cristalinas escaleras, confundía el cielo y la tierra, mientras que algunas gotitas del hielo se escabullían por sus paredes y otras caían con gracia, generando una melodía relajante al tocar el suelo. Pronto el panorama empezó a ampliarse y a medida que lo hacía, me iba paralizando con la majestuosidad del palacio enterrado y del lujo que el hielo cristalizado podía ofrecer.

El palacio de estilo barroco, impactaba por su grandeza y belleza, rompiendo los esquemas de una imaginación perturbada. Imponente y adornado con estatuas de héroes antiguos en sus posiciones más fieras y su base formada de imágenes de cráneos de los vencidos de distintas razas, aplastados por el poder de Tar, embelesaba y sorprendía, mientras su pesada puerta se iba abriendo para aplacar la entelequia.

—No imaginaba algo así, Quetzel.

—Ni yo —respondió ella con la misma sorpresa.

Entramos al palacio de cristal, hogar de los reyes y nobles Montañeses, hijos de Tar.

Dentro del lugar desaparecía el arte y se transformaba en una fortaleza, donde temibles guerreros vestidos con prendas rojas, fuertemente armados, caminaban y reían con libertad. Algunos nos miraban con extrañeza y otros simplemente nos ignoraban, pero no por ello dejaban de mirar.

Sin duda alguna, las batallas contra los Druskas estaban grabadas en su sangre y por más que esforzaban su indiferencia, sus espíritus iban rugiendo en su interior. Y más al fondo, en el centro del lugar, una mirada fría nos contemplaba. Quetzel no dudó en continuar y pronto logré discernir que se trataba del rey Montañés, el rey escarcha Baruk, quien estaba cubierto con una piel de oso, su rostro parecía congelado, su cabeza estaba algo inclinada, mientras reposaba en una de sus manos; relajado observaba y su frío calculador, penetraba.

—Un largo camino y muchos peligros solo para verme. Es un halago aún mucho mayor que la hija de Ketzul esté aquí en persona. Tar premia la valentía, pues forma parte de la fuerza. Siéntete libre de hablar, hija de Ketzul —dijo Baruk con gran potencia en su voz y se acomodó para escuchar.

—Mi nombre es Quetzel, soy sacerdotisa de la sangre y la sangre me ha mostrado el futuro.

—Continúa... —interrumpió Baruk con cierta indiferencia.

—En este futuro se les negará el cuerpo a las miles de almas que lo esperan y su fuerza se arremeterá hacia los vivos; y mientras estos anden ciegos en las banalidades de sus anhelos, lamentarán el día en el que el cielo se caiga.

El soberano se cogió la barbilla y luego agregó:

—¿Y qué tienen que ver los Montañeses en tus visiones?

—Nada —respondió Quetzal—, pero serán los Yabels los beneficiados...

Baruk hizo una mueca con desagrado.

—¿Qué propones entonces? —agregó, mientras calmaba la furia en su sangre.

—Una alianza... —dejó que el silencio fuera su mejor carta y luego de un momento, en ese cobijo, el rey respondió.

—¿Qué garantiza la verdad de tus palabras?

—La fuerza —dijo Quetzal, sin poder evitar reír de sus propias palabras—. La fuerza de un taadar y una sacerdotisa, nuestra vida garantiza que así será.

El rey retrocedió un poco y agrandó la mirada, luego sonrió complacido y saltando de su asiento, gritó emocionado:

—¡Hoy los Druskas y los Montañeses son uno! ¡Brinden por la alianza de la fuerza y la sangre! ¡Brinden! —Los nobles hicieron los honores al romper los primeros barriles de ñak, que era una tradicional bebida fermentada.

Y uno de los taadar se acercó.

—Han agradado al rey, pero no lucharé con desconocidos y menos con una Druska; por la ley de Tar, los taadar somos libres de escoger si participaremos o no, salvo sea una orden directa.

—Entonces conócenos —dijo Kailem—, pues comparto la idea; no apoyaría mi vida en una mano desconocida...

De pronto el osado taadar empezó a reír con ironía.

—Y que puede saber un enano como tú sobre la guerra, esto no es un juego de niños, ni tampoco sé el por qué esta criatura está acá; por respeto a mi rey no te aplastaré, pero será mejor que te alejes de este lugar sagrado. Ensucias mi vista y la de mis hermanos —recalcó con desprecio.

—Tranquilo Marbok —interrumpió otro noble de aspecto mayor, no dejes que tu furia te ciegue...

El rey observó la escena con cierta sutileza, escondiendo una sonrisa al igual que muchos taadar, los cuales no podían esconder la gracia. Entonces el anciano noble continuó, pero esta vez dirigiéndose al «enano», que con tranquilidad aguardaba.

—Tú debes ser Kailem, aquel que derrotó al justo..., perdona la ignorancia de mi hijo.

La simple mención del justo, estremeció a los despistados nobles que aún no se habían percatado y con una suave brisa, el calor del frenesí se transformó en algarabía, gozo y sorpresa.

—Sí, soy Kailem Istramus, pero debo aclarar que nunca derroté al justo, pues él solo pudo ser derrotado por su propia justicia..., con la cual me salvó.

—Y sin embargo sus armas te escogieron, ¡sin duda debió ser una lucha justa! Yo, Marbok, el destructor lucharé a tu lado justo Kailem.

*«La justicia nace en la verdad de las intenciones puras que no se han convertido en pensamientos y que han creado una reacción que podría condenarte, donde el corazón dice su verdad y es mantenida por todo tu ser».*

En ese momento se sintió concretada la alianza de los Montañeses y los Druskas, pero en medio de la alegría, como en toda guerra, se abrazan y ríen las almas que tal vez, ya no se volverán a ver.

«Como una lágrima que se abre camino en busca de libertad y encuentra resguardo en la alegría, la cual cubre su escape y que con dulce ironía la deja caer en el vacío suicida luego de recorrer la osadía... y mientras que sus compañeras por temor deciden quedarse como semillas en los ojos de sus amos y gritan por la torpeza de la caída, para luego dejar de ver que en el lugar de su partida un brote de vida ha surgido y al no ver continúan buscando el resguardo de una falsa existencia aferrándose con fuerza para evitar caer. Las que saltaron ahora disfrutan con nostalgia una nueva vida y su nostalgia es por el temor que encierra a sus hermanas en los ojos del caprichoso destino tejido».

—Gracias Kailem por confiar en mí —susurró Quetzal y en sus pensamientos, guardando las palabras, agregó: «tu ángel del árbol te espera».

## Cuando el cielo se caiga



Una brisa suave alertó a los sensibles; aquellos que saben escuchar lo hicieron, aquellos que temían escuchar se escondieron, pero no por eso se escaparon del canto de los Ugur's que se adelantaban con un presagio del futuro:

*«Cuando la luna se caiga y el cielo oscurezca, el calor será anhelado y el fragor olvidado, el corazón fragmentado y la ilusión rebajada por un escarnio... Cuando la luna se caiga, no habrá más recuerdo de tu inocencia y el cielo oscurecerá para ocultar su indecencia».*

Cantaban una y otra vez y las palabras resonaban en el viento, mientras que algunos corazones palpitaban y otros convulsionaban. El cántico detuvo el paso indetenible de convicción que se nutre de las ansias para alcanzar el gozo prometido, que solo la batalla y la sangre pueden ofrecer...

—Menudo capricho —murmuró Cruxios al escuchar la advertencia de los Ugur's —, menuda fragilidad que deleitará a mi espada —sonrió comprendiendo el mensaje —, poco importante por ahora, ya que alguien más me espera... —dijo, y reanudó el paso para al fin llegar al lugar proyectado en su mente; el viento soplaba con frialdad, sacudiendo sus prendas y dejando sonar las mallas de su armadura. El clima helado de la montaña le mostró la frescura de sus tierras y mientras divisaba taciturno el horizonte, sus instintos se encendieron y el cambio repentino de una brisa aceleró su corazón ya enloquecido.

—¿Es tanto el anhelo en tu ser como para obligarte a abandonar la seguridad de tu grupo y venir aquí a enfrentar lo incierto? —Preguntó el Noluc, al cerciorarse de que Cruxios estuviera solo.

—¡Tú! Tú eres el que se ha atrevido a burlarse de mi cruz, has despertado estas ansias antiguas de placer sin igual. —Cruxios saboreó el momento, como hace mucho no lo había sentido.

—La sed de sangre será tu verdugo cazador perdido, sígueme, que la llanura no es

el yermo adecuado para terminar este acoso.

—¿Dónde están tus compañeros, guardián? —Preguntó de pronto, mientras seguía al Noluc hacia ese lugar despoblado e infértil.

—Te concentraste tanto en mí, que perdiste de vista a mis compañeros. —El Noluc se rio, pues su estrategia había funcionado.

—Tus compañeros en el fondo ya no me interesan y créeme que abandonar a los míos es desatar a las fieras, sabiendo eso ¿aún puedes reírte?

El Noluc comprendió que su adversario era inteligente, cualidad peligrosa y constante en los más temibles guerreros. Observó con calma y respeto y finalmente, dijo:

—Este lugar es adecuado.

—Esperaba esas palabras —respondió Cruxios con ánimo—, ¿entonces, cuándo te desharás de ese cuerpo inmundo para que podamos empezar?

—Eres perspicaz, este cuerpo es solo un préstamo. Debo de cuidarlo, ya que sin él no podríamos empezar.

—Comprendo, si esa es tu preferencia primero destruiré la morada y luego a ti. No creas que es la primera vez que lucho contra un etéreo. —Cruxios sujetó su espada y levantó su pesado escudo—. ¡La sangre llama a la luz de los caídos! —gritó, mientras se abalanzaba hacia el Noluc; quién a su vez se colocaba en posición de batalla, al mismo tiempo que se materializaba una espada y un escudo de luz.

El polvo se levantó en el camino de la arremetida y los dos escudos chocaron con vehemencia, creando una ráfaga capaz de cegar a cualquiera. A su vez, el impacto hizo temblar la tierra y mientras las fuerzas se ponían a prueba, los placeres olvidados regresaban, trayendo consigo el impulso de la vida perdida en el aburrimiento cruel e insensible del poder.

Cruxios presionó con más fuerza; obligando a su adversario a separarse, para evitar así el arrastre y el descuido. Pero antes de dar alguna pausa o descanso, Cruxios volvió a lanzarse y nuevamente los escudos destellaron, botando chispas y hundiendo la tierra a sus pies.

Las espadas se mantenían escondidas en el forcejeo continuo, mientras que el esfuerzo inhumano revelaba que un leve descuido sería una perdición y ni la experiencia de ambos lograba develar debilidad alguna para forzarla.

Nuevamente el Noluc se vio obligado a separarse del forcejeo de escudos.

—¿Qué pasa guardián? ¿No puedes protegerte de mi embiste? O ya presagias tu derrota —instigó Cruxios, mientras volvía a arremeter con fuerza—, no creas que te daré algún segundo para recuperar el aliento.

El nuevo impacto fue más pesado que los anteriores y hasta las rocas cercanas se quebraron.

—Te esfuerzas demasiado... Tanro —respondió el guardián mientras frenaba el brutal embate de su adversario, pero al notar que no podría hacerlo cogió el escudo, se movió un poco y combinando su fuerza y la propia del embate logró estrellarlo en



el piso, luego blandió la espada, la cual brilló con más fuerza con la intención de aprovechar el momento, y la flageló con apremio hacia la espalda desprotegida de su antagonista; pero en el momento de la acometida, una extraña luz brilló expeliendo el sablazo con el doble de fuerza obligando al Noluc a perder el equilibrio. Entonces Cruxios giró con la espada aferrada, procurando alcanzar el pecho desprotegido de su adversario, logrando cortarle levemente en un costado. A su vez, terminaba de rugir una palabra: «Penitencia».

El Noluc se repuso de inmediato, solo para ver el embiste del escudo de su contendiente que no aguardaba descanso. Entonces, volvió a bloquearlo e intentó hacerle perder el equilibrio nuevamente, pero en medio del caos volvió a escuchar su grito: «Penitencia» y el embiste dio en el blanco, arrojándolo abruptamente por el yermo; y ni siquiera en ese momento se detuvo, pues mientras su cuerpo aún seguía rodando por la tierra corrupta, tratando de incorporarse, ya Cruxios estaba lanzándose nuevamente con el escudo en alto, con el mismo ímpetu y agresividad del inicio; llegó lanzando un grito de batalla y de inmediato el choque de los escudos estremeció al lugar ya inundado de furia, en ese momento un relámpago, como nunca antes se había visto se dibujó en el cielo y este empezó a oscurecer.

—¡No te distraigas Noluc!, ni el grito de los cielos me arrebatará la victoria —gritó Cruxios, manteniendo el ritmo inclemente de su enviste y levantando su espada bramó: «¡Espada de Luz!» y la tenue oscuridad se disipó por un instante, para luego dejar caer un rayo de luz, en forma de espada, sobre el Noluc.

El impacto hundió la tierra luego de perforarla, brotando del medio del impacto una extraña explosión.

*«Luz y oscuridad son vestigios de una misma fuente; ninguna existiría sin la otra, ambas son necesarias y ninguna debería ser rechazada. Todos cargamos la luz y la oscuridad en nosotros mismos, pero solemos aceptar la luz y rechazar la oscuridad, dividiendo a un mismo canal; evitando así, el flujo de la transformación, puesto que la luz se vuelve oscuridad y la oscuridad se volverá la luz».*

—¡Te lo advertí Noluc! Pudo ser más interesante...

—Tenemos poderes similares, tú usas la luz como arma, apoyándote en ella para atacar y defenderte. Pero eso no servirá de nada ya que mi naturaleza es la misma luz —respondió el Noluc incorporándose del impacto y solo con algunos rasguños en el cuerpo.

—¡Iluso! —bufó Cruxios—, exactamente eso me da ventaja —sonrió con desdén, mientras observaba como el escudo del Noluc se iba rompiendo como un cristal. Pero luego la sonrisa se detuvo, ya que el rostro de su adversario no mostraba inquietud alguna.

—Al fin me das un descanso —respondió el Noluc, mientras contemplaba el cielo con cierta extrañeza y dejando una pausa, agregó—: Cruxios, ¿no presientes que algo grave está por suceder?

Cruxios inhaló con rudeza y sujetó su espada con fuerza.

—Cuando el cielo se caiga, no habrá más vestigios ni recuerdos de la inocencia. Los Ugur's no paran de cantar esas palabras y estoy seguro que los ciegos Norf ya empezaron a comprender el mensaje; y sin duda habrá un baño de sangre, pero eso aún no es de mi incumbencia.

El Noluc se incorporó por completo, contempló con cierta culpa el cuerpo herido de su poseso, para luego mostrarse indiferente a las consecuencias. Movi6 con lentitud el brazo que hace poco sujetaba el gran escudo de luz, ahora hecho trizas y se concentró en su espada, dejándola brillar de un color dorado suave.

—Ahora comprendo, las Tierras del Viento están sufriendo, y tienes razón Cruxios, aún no es tiempo de preocuparse por ello —avanzó unos pasos con mayor determinación—, será mejor que te prepares, que ya no me contendré. El cuerpo poseído empezó a brillar e incluso sus ojos se tornaron blancos.

—¡Eso es lo quería escuchar! —y sin esperar más, Cruxios se abalanzó nuevamente, luego de levantar su poderoso escudo.

Pero en esa ocasión, Cruxios se sorprendió al ver que el Noluc también se había arrojado hacia él; con la misma bizzaría con la que él lo hacía, con la diferencia de que solo llevaba una espada. Por un momento se alegró, pero la determinación siempre causa una duda y la duda es veneno cuando el combate ha empezado.

*«Dudar es necesario para no volverse ganado, pero dudar cuando debes tener certeza es cobardía».*

Ambos corrían con todas sus fuerzas, dirigiéndose hacia el choque inminente. Uno sujetaba su fiel escudo, reforzado en Trogón, uno de los minerales más duros y maleables del reino, mientras que el otro empuñaba su espada y la punta la dirigía hacia el centro del escudo. Los pasos cada vez se fueron haciendo más cercanos y el cielo volvió a rugir con temibles relámpagos, a su vez, la oscuridad empezó a brotar como una consecuencia del llanto elevado. Y en el más profundo rugido del relámpago, las voces sedientas tronaban, al mismo tiempo que el temible escudo y la espada se encontraban, para volverse añicos ante la voluntad de los corazones que hablan en el silencio de la guerra.

\* \* \*

Los relámpagos rajaron el cielo y los ansiosos descubrieron con anhelo el desboque de sus corazones enloquecidos y mientras los cánticos de guerra rugían en lo alto, en las sagradas montañas de Vonak y Fenak, una macabra sonrisa se dibujaba al observar las marcas del firmamento.

—Lo puedes ver Kraus, contempla los cadáveres de tus guerreros, observa la tierra ensangrentada, la destrucción nos rodea y aun así esto no será nada comparado a la muerte en las Tierras del Viento. Lamentablemente el solsticio se ha adelantado, aunque es la primera vez que veo el cielo así. —Zandar caminó aplastando los huesos calcinados de los caídos en combate. No había remordimiento en su rostro, solo había

un éxtasis que se parecía más a la locura. Por otro lado Kraus estaba furioso y asqueado, la sangre le hervía, nunca había luchado contra alguien tan mezquino, a quién ni la vida ni la muerte importaba tanto como podría importar el poder, pero aun así la convicción de los ideales de Zandar, eran de temer.

—¿¡Qué es lo que has hecho, Zandar!?! —balbuceó Kraus, tratando de comprender el misterio de su poder, pero la pregunta se abocó al escándalo del cielo.

—¡Eso es lo maravilloso! El poder se abre para todos y solo los dignos podrán reclamarlo —sonrió jactándose de los relámpagos del cielo, volteó con suavidad y mirando pesadamente a Kraus, continuó—: y entre los dignos habrá muerte, ¿eres digno Kraus?

Kraus mordió con fuerza, veía a Zandar totalmente recuperado y empezó a sentir el peso de no haber aprovechado ese momento para eliminarlo por completo. La temperatura volvió a subir estrepitosamente y el cielo tronó con más fuerza.

—Has perdido Kraus —dijo Zandar al escuchar el chillido de los tirios manchados.

Kraus también conocía el característico sonido.

—No, hasta que lleguen —gritó y se abalanzó con todas sus fuerzas.

Pero ya Zandar esperaba, las rocas crujieron por el calor que estalló en unos milésimos de segundos acompañado por la potente voz de Zandar, quién invocaba al Igni-Arrus. Pero el estratega Kraus, previendo algo así, mandó una ilusión de fuego imitando su figura y usando los escombros logró deslizarse hacia Zandar; quien no perdía de vista la ilusión atrapada por el Igni-Arrus y mientras Zandar cantaba victoria, justo detrás de él, llegaba a escuchar los susurros de Kraus, que se preparaba a lanzar los diez mil golpes de luz.

—Te lo dije Zandar, siempre estoy un paso delante de ti...

—Y ese es tu error, murmuró Zandar.

Kraus, abrió los ojos por la sorpresa, al sentir el filo de una lanza penetrando su espalda.

—Tu estrategia es infalible contra un solo objetivo, pero nunca pudiste ver a dos. —La lanza atravesó por completo a Kraus y los brazos de la muerte lo recibieron con dulzura.

—Hubiera preferido... —sujetó a Kraus mientras su cuerpo caía inerte—, que lucháramos juntos, como hermanos, unidos por el mismo objetivo. No habría existido fuerza que se hubiera interpuesto..., pero no sientas que te has equivocado, pues en la muerte me servirás —miró a Ranzor que aún sujetaba la lanza con firmeza detrás de él, mientras que la luz se opacaba por las legiones que venían a servirle—. Buen trabajo Ranzor, llegas a tiempo, la fortuna solía ser ingrata, pero hoy me ha sonreído.

—¿Qué debo hacer con este cuerpo, mi lord? Preguntó Ranzor, mientras retiraba la lanza del cuerpo agarrotado.

—¡Quémalo! Pero guarda la cabeza que aún es útil.

En ese momento..., el cielo se rompió, generando un temible estruendo que

paralizó toda la tierra y mientras los ojos espantados de los incrédulos discutían, oraban, gritaban y lloraban, otros levantaban la mirada con cierta pasión que delimitaba el final de una tediosa espera y el inicio de la guerra por las Tierras del Viento y su poder. La adrenalina se apoderó de los rostros enloquecidos, que con una misma voz desde distintos lugares rugían entregando su valía, esperando la orden que desembocaría sus corazones alienados y esa orden no se hizo esperar más.

Desde las tierras heladas, el rey Baruk sujetaba un cetro con el puño levantado, estallando la algarabía y plagándose el cielo de miles de fochas con guerreros fuertemente armados de lanzas y flechas. Más atrás, la élite de los Montañeses, junto al mismo rey, se preparaban; en ese mismo momento un chillido frenético se escuchaba desde el oeste, divisándose al temible ejército Druska, que montados en sus bargrios, también se disponían a unir sus vidas con la de los montañeses; rompiendo el círculo de odios y forjando un nuevo lazo por la caída de los Yabels.

—¡Los Druskas están cumpliendo su palabra! Que sus legiones se unan a las nuestras, ¡que la alianza de las tierras frías inicie el viaje! —Gritó el imponente rey Baruk.

—Ya es tiempo Kailem —dijo Quetzel, mientras sujetaba una mano del guerrero perdido en el asombro.

—Esto es increíble Quetzel, jamás creí ver el cielo nublarse con tantos guerreros... —en el fondo ese estremecimiento que nacía en mis entrañas me daba cierta satisfacción y temor, cogí la mano extendida de Quetzel y a pesar de su rostro tranquilo, también pude sentir el frío sudor que lo incierto va creando—, estoy a tu lado, no hay nada que temer —dije pensando en mi seguridad, pero de cierta forma fue entendida también al revés y me alegré por eso.

—Gracias Kailem —respondió con cierta tranquilidad Quetzel.

Pronto la élite de los Druskas descendió en sus imponentes bargrios y se unieron a los taadar y uno de ellos se dirigió a Quetzel.

—Princesa Quetzel, usted comanda la batalla y sus órdenes serán obedecidas.

Entonces Quetzel, respondió:

—¡El Dios de la Sangre espera!, es momento de partir... Entrégúenle un bargrio al taadar Kailem y conquistemos las Tierras del Viento.

La algazara fue estruendosa y las voces retumbaron con fuerza, alimentando el coraje de las legiones que se mostraban interminables en el cielo.

Raudamente la élite Montañés-Druska partió en medio de la fuerza de los cánticos de guerra. Y en medio del caos, solo pude observar los pedazos del cielo que se caían cada vez más. Los relámpagos aumentaron, sentí el pecho acelerado, no había forma de escapar de la corriente, solo quedaba enfrentarla; Quetzel iba a mi lado y al ver el temor en mi rostro, me devolvió las mismas palabras:

—Estoy a tu lado, no hay nada que temer.

Me tranquilizó escucharla, y me reí de la ironía. Justo debajo de nosotros, Quetolpacha se despedía de los hijos del frío con su silencio rodeado de palabras, con

palabras jamás pronunciadas...

Por otro lado Zandar se preparaba para partir, las numerosas legiones de los Tantros le habían jurado obediencia por voluntad de sus maestros.

—Ranzor, ¿dónde están los demás Tantros?

—Ya mandé a buscarlos mi lord, sé que pronto Drou'Rael, Daner y Sheirú estarán acá, pero nadie ha podido contactar a Cruxios, aún.

—Una guerra no se define por un guerrero, sino por la voluntad de miles..., murmulo Zandar, tratando de acelerar la partida.

—Cruxios es un amante de la guerra, sin duda llegará —respondió con seguridad única Ranzor.

—Bien, el poder nos espera, mis heridas ya han sanado... ¡Es tiempo de tomar lo que es mío! —se subió a uno de los tirios manchados, el más imponente, y desde ahí, volvió a rugir—: ¡Monten mis guerreros! ¡Cabalguen los cielos! ¡Devoren todo!

La frenética respuesta de las legiones de los Tantros no se hizo esperar y el cielo retumbó con un solo rugido, estremeciendo el nirvana y la tierra, y mientras los tirios desplegaban las alas espantando a las nubes en su camino; la temible comandante tantra Igni, cubría su rostro con una larga capa con capucha, y sonreía con cierto enigma que se iba disipando en sus labios.

—Hace mucho que no te veía tan alegre Igni —interrumpió de pronto Ranzor—, sin embargo presiento que en esta ocasión no se debe a la marcha por el caos... —Miró con sutileza, esperando que su intriga fuera respondida.

—Es a causa de algo más trivial, pero tan placentero como el mayor de los banquetes... —Igni respondió con la misma mirada sutil de Ranzor, con la diferencia que en ella se dibujaba lo inconcluso, creando mayor misterio en lo trivial.

—A veces me sorprendes... —respondió Ranzor—, pero he aprendido a esperar ya que después de saborear tus tretas terminas destruyéndolas.

—Esta vez... —cortó su respuesta y volvió a mirar a Ranzor con cierta dureza, a la vez bajó la capucha, creando una sombra que iba ocultando lentamente todo su rostro, dejando verse al final una duda en sus ojos, pero una alegría en sus labios—, la guerra nos ha alcanzado.

Las palabras tranquilas de Igni en un inicio no llamaron su atención, pero el agitado pecho de uno de sus mensajeros, sumado a su mirada petrificada, llegaría a confirmar lo inesperado.

—Comandante... —la agitación del enviado cortaba las palabras—, no somos los únicos..., que vuelan..., hacia las Tierras del Viento..., el enemigo pronto nos alcanzará.

Ranzor entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir? —respondió con cierta rudeza.

—¡El rey Yabel! ¡El soberano del fuego, el mismo Galios! Junto a todos sus fieles, acaban de partir de las Tierras de Vulcano y se dirigen a la ruptura en el cielo.

—Somos también parte de los Yabels, ¿por qué mencionaste que el enemigo nos

alcanzará? —Ranzor frunció el ceño, prediciendo la respuesta.

—El rey decretó la muerte de Zandar, por traición.

Igni rompió en risa y agregó:

—No debería sorprendernos, era lo esperado...

—Exactamente, es lo que esperaba —irrumpió Zandar—, mi sueño se va haciendo realidad... No son las palabras vacías, sino las circunstancias formadas las que se van al fin uniendo. Que mi padre haya ordenado mi muerte, es el mejor indicativo de que mi accionar ha despertado su temor. Puede que crean que no lo tiene y es comprensible, pues su mano jamás tembló en batalla alguna, sin embargo la idea de perder el poder y con ello el control..., siempre será el mayor temor de un rey y es por eso que se precipita...

—Mi lord y qué haremos respecto a los Montañeses —agregó con duda Ranzor.

—Deja que vengan, el destino ha escrito que en esta ocasión el poder dará oportunidad a todos..., deja que vengan, igual serán calcinados por el fuego. —Zandar miró a la distancia la bóveda celeste ya enrojeciendo y plagada de relámpagos que alumbraban la herida en el cielo y cuyos destellos arrastraban el quejido de las Tierras del Viento, en donde ya las puertas se habían abierto; y no muy lejos, como una nube negra que cabalgaba los cielos, un estandarte se erguía. Símbolo del poder Yabel, la bandera del demonio bañada en fuego, se erguía y ondeaba, esquivando las capas de relámpagos, mientras las fieras montaban las nubes, deseosos de consumir el respiro abrupto de la vida en su camino.

El mismo Galios alzó la mirada al sentirse observado, miró directamente a los ojos de Zandar y todo su ser se inyectó de ira.

*«La obsesión desconoce a las víctimas, solo se centra en el egoísmo, en la fútil carrera de alcanzar el deseo sin importar el medio y las consecuencias, rechazando otras posibilidades y centrándose en lo más destructivo, que suele ser el camino más rápido».*

—¡Mi lord, mi lord! —repitió Ranzor hasta que al fin fue escuchado.

—¿Qué sucede Ranzor? —respondió Zandar, luego de un minuto.

—¿Se encuentra bien? —Preguntó Ranzor, esperando la orden ante el suceso inevitable que se iba dibujando en la distancia.

—Sí, solo vi una mirada vacía; que en un futuro, puede que sea también la mía. —Zandar se quedó reflexivo...

—¿Mi lord? —Volvió a interrumpir Ranzor.

—Lo sé. ¡Es tiempo de la verdad! —gritó de pronto, sobreponiéndose a la impresión sutil, alejando su herencia para aceptar la dicha del poder y sus consecuencias—. ¡Aceleren la marcha! —gritó Zandar—, ¡el ejército que llegue primero tendrá la mejor posición! —luego giró hacia Ranzor y agregó—: Coge la cabeza empalada de Kraus, ve a las primeras filas, muéstrala con orgullo y que mi padre lo vea, después guía a las legiones que yo me encargaré de él.

En ese momento, un terrible relámpago recorrió el cielo y un frío espectral que

zumbaba con el viento delineó el camino; y luego, el sonido de la tormenta empezó a apoderarse de las bestias y de los guerreros que viendo lo ineludible, empezaron a rugir.

Y en medio del bullicio, el mayor de los desprecios y tristezas se empezó a dibujar en la mirada congelada y sorprendida del soberano del fuego.

—Cómo pudiste caer tan bajo Zandar —bisbiseó el soberano, al mismo tiempo que levantaba la mano en señal de aprobación, aprobación por la muerte, aprobación que liberaba las ansias guardadas en las entrañas de su gente, aprobación para matar a los suyos en pos del poder.

¡Viva el gran rey! Se escuchó en todos los rincones del cielo y luego solo el zumbido del viento que se despide en el fragor de la partida.

En ese momento el cuerno helado vibró desde el oriente.

—Tss —chasqueó los dientes Zandar—, en el peor momento... —susurró con molestia, pero no era algo que no hubiera previsto, entonces miró a los temibles Tantros que habían retornado—. Drou'Rael, Daner y tú Sheirú, lleven las tropas que requieran y aplasten a los Montañeses.

—Sí, mi lord —respondieron los Tantros, saboreando la deliciosa orden que se asemejaba al manjar de miel, sus corazones enloquecieron y la sed que grita el arrebató de la vida empezó a rugir sin medida y con un simple gesto sus subordinados giraron y siguieron a sus adorados comandantes.

El basto ejército de Zandar se partió en dos y ambas cabezas del demonio encararon a sus enemigos, sin temor ni desconcierto; su bravura se vio iluminada por los relámpagos del cielo que no paraban de tronar y ante los destellos, las miradas endemoniadas de aquellos que viven para morir en la gloria esparcieron el temor en su camino, gracias a su decidido arrebató.

El cielo temblaba y rugía por la herida, mientras que la amenaza galopaba a nuestro encuentro. Pensé que nuestro número era basto, pero realmente no era tan grande como lo que acechaba. Ver la furia de los jinetes Yabel sobre sus tirios manchados me estremeció y si no fuera por la valentía del grupo, tal vez, tal vez..., hubiera escapado.

De pronto un grito daba la orden: «¡Prepárense!». Y de un solo movimiento, los cientos de Montañeses desfundaron las lanzas, estratégicamente colocadas en la espalda de las fochas, lanzas heladas que reflejaron el estruendo del cielo. Acto seguido, una voz familiar se alzaba con una nueva orden: «¡Arqueros!». Y varios batallones Druskas se colocaron en posición, respondiendo con un poderoso aullido.

La piel se me erizó ante el inevitable suceso y desde las profundidades del ejército, la voz imponente del rey Montañés Baruk, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Vrail Moe! —Y sus fieles respondieron con la misma fuerza, aceptando el destino incierto:

—¡Vrail Moe!

Al recordar el significado, desfundé a las «justas» que hervían en mi espalda y

sin pensarlo susurré las mismas palabras, pero en mi idioma: «¡Qué así sea!». Y junto con la aceptación, el resultado fue el inicio de la guerra, la cual silbó sujetando el viaje de las flechas al encuentro de su colisión.

*«En el caos de la guerra la supervivencia es individual; su musa, es la vida cercana; su desenlace, lo imprevisto y la compañía, no siempre la adecuada».*

Cuando me di cuenta, el caos había llegado y los rugidos de ambos bandos colisionaban sin parar; mientras que el fuego, las flechas, lanzas, dardos y poderes extraños cumplían su cometido de plasmar obras de sangre en el cielo. Y extrañamente, a pesar de la impresión y la brutalidad frente a mis ojos, mi corazón se tranquilizó y antes de siquiera darme cuenta, blandí las justas, hiriendo de gravedad a varios jinetes Yabel que buscaban sorprender la quietud; al mismo tiempo Marbok, el destructor, se sorprendía.

—Taadar Kailem, ahora comprendo lo temible que puedes ser.

Vi los lienzos caer y yo mismo me asusté. Busqué a Quetzel con la mirada, pero solo vi la ira que se evapora con la muerte y el nacimiento del terror que se asemeja a la valentía. Los relámpagos en el cielo seguían rugiendo y la entrada a las Tierras del Viento era cada vez más visible, en ese instante un estallido llamó mi atención, y pude ver una onda de aire que destruía todo a su paso, acompañado de una expresión de algarabía. Observé más detenidamente y vi a las fochas caer junto a sus guerreros, dejando el lamento que se vuelve resignación ante los brazos de la muerte. Más adelante Marbok, junto a su rey cabalgaban con decisión por los cielos, para dar el encuentro a la fuente de tan terrible devastación. Sin pensarlo decidí ir en esa misma dirección y muchos de los taadar acudieron también.

*«El desaire, fiel reflejo de la esperanza quebrada, no es más que el tormento sembrado por nuestras propias manos y regado por el fiel deseo de esperar lo mentalmente concebido, destruyendo la sorpresa que la vida ha prometido».*

La tormenta de viento, rugió en medio de los taadar, pero nuevamente vi el poder destructor que lo consume todo, arrasar con las fochas y también con los temibles taadar. Marbok se interpuso ante el rey y quedó gravemente herido; en ese momento Baruk quedó desconcertado y con él, el espíritu combativo de los Montañeses empezó a apagarse, a causa del desamparo que se irrumpió con una carcajada sádica.

—¡Montañeses! Sus armas y ustedes se quiebran como el cristal. ¡Mi ariete es suficiente para acabarlos a todos! ¡Tiemblen ante los Tantros! —Gritó el destructor, mientras posaba su atroz condición sobre el rey Montañés.

—¿Cuál es tu nombre guerrero? —Preguntó Baruk, guiado por la inercia de lo sucedido.

—Drou'Rael —respondió el destructor, mientras rodeaba lentamente al rey y observaba a los demás montañeses paralizados por la ignominia realizada a los taadar; a la vez que una utopía se hacía realidad en forma de pregunta silenciosa: ¿Cómo los nobles pudieron caer con un solo golpe? ¿Con qué clase de ser se habían encontrado? En ese instante de desconsuelo, el destructor, sonrió—. No se desgaren,



no es la primera vez que causo esta impresión. Huyan o luchen, pero al final del día descubrirán que son solo ovejas en las fauces del lobo —afirmó con dureza.

*«La extrema confianza es el gatillo del suicidio, pues tapa la luz de lo inesperado y emblandece el brazo ante el embiste de lo repentino».*

A veces un solo instante basta para ver el destino destruido y suele ser tan rápido que la oportunidad se vería perdida si no existiera duda en el corazón.

La risa del destructor me permitió ver una entrada, entrada que había sido abandonada en el momento que su confianza excesiva se apoderó de él. Instintivamente el Kala Traps se fue apoderando de mí y antes de siquiera planearlo, salté del bargrio, empuñando las justas en dirección del confiado guerrero. El cual percibió el embiste no sin antes ser herido ligeramente en el brazo, pero al protegerse dejó descubierto el pecho y con ello su condena..., sin embargo la suerte no abandona a aquellos que se han forjado en la batalla y mucho menos si su sangre está combinada con la de sus aliados.

En el preciso momento en el que iba a alcanzar la letal estocada, una brisa fétida descompensó mis sentidos, alertándome del fútil intento. Raudamente giré el cuerpo, guiándome de los instintos que el Kala Traps me había conferido y descubrí que el error de la presa, suele ser también el error del cazador. Pues donde hay dos, siempre queda otro al acecho..., la misma fortuna colocó las armas en la posición correcta y la repentina estocada fue bloqueada con precisión, aunque el impulso del impacto susurró que el embate no había terminado; en el caos del girar sin apoyo, una corriente contraria me indicó el trayecto.

Moverse sin un suelo suele ser complicado y más aún cuando se ha perdido el soporte. Con el mayor de mis esfuerzos logré bloquear el segundo impacto, el cual me impulsó hacia arriba, dándome una perspectiva más completa del fantasmagórico agresor, al cual pude detectar sigiloso e impredecible mientras giraba al tiro manchado, nuevamente en mi dirección. El rey Baruk gritó con violencia e intentó ayudarme, pero su esfuerzo fue bloqueado por el destructor, el cual no volvería a ser tan confiado, y aprovechando la incertidumbre sacudió su ariete, creando vientos mortíferos a su alrededor; sin embargo Baruk no desistió y empuñando la lanza de hielo, atravesó la barrera de viento creada y mientras lo hacía, escucharía el golpe seco de espadas que dibujan la esperanza bajo la tensión o simplemente describen a la tinta esparcida en el lienzo, el cual jamás volverá a expresar. Baruk evitó desviar la mirada y así evitar sumarse a un posible final y arremetió con todas sus fuerzas hacia Drou'Rael, quien esperaba con ansias. El golpe frío sacudió el cielo y el valor perdido de los Montañeses regresó con un rugido que acompañaba su lealtad y fortaleza:

—¡Por el rey! —Rugieron los paralizados, y mientras la fuerza del impacto que me elevaba se iba desvaneciendo por la gravedad; el susurro que nace del silencio me recordó la fragancia ya casi olvidada, pero eterna en la memoria del ser y sin dudar mi corazón supo de qué se trataba, pues era mi ángel que ponía sus labios y sus

palabras en el susurro del silencio:

—Kai..., tu cuerpo tiembla y gime, pero veo que tú ya dejaste de temer. Has tocado el lodo, la sangre, el hielo, el fuego y el viento en mi búsqueda; pero no olvides que los ojos engañan y los oídos mienten y cuanto más te aferres, más lejos estaré. Pero no por ello dejaré de esperar; que tu voluntad camine junto a la confianza, pero no dudes en voltear para evitar caer en la obsesión, no olvides mis palabras Kai... Ya despierta, el enemigo se acerca.

El viento enroscó mis cabellos y lentamente volví a la conciencia, no sin antes sentir la caricia de mi ángel del árbol y la mezcla de la dicha, la cual se pierde junto al alboroto del corazón. Pero cuyo palpitar, me mostró la sutil silueta que esquivaba al viento, acercándose con sigilo, pero a gran velocidad para culminar su cometido... Entonces disimulé el desconcierto y esperé al asesino quien buscaba finalizar con mi vida usando sus propias manos, sin percatarse que dejándome caer, el cometido ya estaría cumplido.

*«Interferir es el misterio que rompe el suceso perfecto y lo complica, pues basta a veces una sonrisa y al final esta acarreará una consecuencia».*

En ese momento Drou'Rael, el destructor, gritaba enfurecido al verse burlado por el temible rey Montañés, a quién los látigos de viento causados por su ariete no afectaban en lo absoluto. Y su grito llamaba la atención de otro Tantra, que esperaba entrar en acción; el cual a su vez veía la sabrosa presa inadvertida y al ver que los dos titanes se abalanzaban sin precaución, se acercó con la única intención de derribar el obstáculo; pero decidió esperar, con su filosa espada desenvainada, el momento que arrebatara la gloria y que garantizara la victoria.

En ese instante la silueta que me acechaba llegó a mí y bloqueando el impacto confuso, logré subirme a su tirio manchado y ahí los destellos del metal causaron estruendos, mezclándose con la tormenta desatada. Hasta que los golpes fallidos hirieron al animal de muerte, pero sujetándonos con vehemencia continuamos lanzando las puñaladas a diestra y siniestra evitando a toda costa separarnos; el tirio aulló los últimos vestigios de su aliento y cerca de nosotros el choque desbocado del rey y Drou'Rael se hacía inminente y su impacto letal generaría una onda mortífera que terminaría por matar a las fochas, tirios y bargrios cercanos e inclusive a algunos guerreros Yabel, Druskas y cientos de Montañeses, que acudían sin precaución para resguardar al rey, sangraron por los oídos y fueron cayendo al abismo lentamente.

Los Norf cantarían: «La lluvia se convirtió en sangre y la sangre en cuerpos que cual gotas maldecidas caerían sin cesar despidiendo al cielo cruel; y abrazando la filosa roca, su consuelo hallarían».

El impacto nos dejó desprotegidos ante la inminente caída, pero a su vez nos encaminó hacia la abertura en el cielo... Y mientras el viento silbaba, vi a los colosos con las manos entrelazadas golpeándose con fuerza y también logré observar al misterioso asesino impulsarse entre los cadáveres para amortiguar el impacto. Bajé sin respeto que aprendí a imitar; pero al entrar a la extraña apertura en el cielo, la

estática de la tormenta hizo que la gravedad perdiera su fuerza, a la vez que la belleza en destrucción de las Tierras del Viento se mostrara ante nuestros ojos con toda su plenitud. Pero algo terrible ocurría, pues los elementales se mataban entre sí...

Desde el otro extremo Zandar contemplaba la lluvia de cadáveres y no paraba de sonreír, hasta que la ira de su padre fue percibida en su mollera y por instinto volteó solo para encontrar su desafiante mirada que anhela el pronto castigo, el cual se iba soltando con una loa perturbadora que se mezclaba con el estruendo.

—Comprendo padre, parece que el agrio sabor de mis actos te ha alcanzado. Debes saber que no hice nada sin desearlo. Cada gota de sangre las fui cargando y fue doloroso sentir como resbalaban en mi interior, pero en algún momento su abundancia lo volvió placentero, hasta lo más turbio se puede volver diáfano si se espera con calma... Lamento si no me comprendes, pero cuando te arrebate el poder, podrás escoger entre esperar a que el veneno se disipe o simplemente morir... — Zandar voló por encima de todo sin desprender la mirada de su padre, quién guiado por el orgullo y el desafío implícito, hizo lo mismo.

—Hijo mío..., eres el mayor error que he dejado vivir, debí escuchar a mis ancestros y hubiera dejado que tu aborto fuera una realidad, pero entre las debilidades de un rey está el escuchar la voluntad de su familia y escuché con atención y por eso estas aquí. La sangre que has vertido es la misma que en antaño te salvó. Hijo mío, te convertiste en el carnicero de tu propia familia y el error fue solo mío, pues te dejé respirar... Pero no creas que te odio por tu actuar, lo que aborrezco es lo mucho que te pareces a mí... —Galios se separó de su ejército al igual que Zandar y mientras las voluntades de sus fieles se despedazaban en los aires, ellos se acercaban con cuidado.

—Padre es la primera vez que realmente hablamos, lo paradójico es que también será la última vez. —La temperatura empezó a elevarse, mientras que Zandar se lamentaba no haber perturbado lo suficiente al emperador del Fuego.

—Luces confundido Zandar, creíste que la muerte me perturba; he danzado muchas veces con ella, he cantado con sus estertores. Hace tiempo que la vida y las emociones que me podrían hacer caer, dejaron de surtir efecto, pues en el camino del poder no hay espacio para ello. —Finalmente los relámpagos se fusionaron con el calor y se volvieron anaranjados y al fin padre e hijo se encontraron frente a frente, no con lo amical que une los corazones, sino como el abismo que los separa y que se disfraza con el falso poder.

—¡Confusión Es lo que he creado!, confusión es el aliño donde mis enemigos han caído, confusión es el bálsamo del desamparado que juega con las náuseas de la fortuna, pero en el momento de la tenue esperanza te roba el aliento... Sin duda ya lo conoces padre, pues no es difícil ver que ya antes has jugado con ello.

—Incontables veces la desesperación se volvió mi aliada. —Galios se rio silenciosamente y el aura del terror empezó a emanar sutil aliento del brote infernal.

Varios relámpagos atravesaron iluminando el horizonte y la lluvia se combinó con la sangre para luego caer con desmedro.

Zandar se acercó aún más a su padre y la distancia que los separaba se redujo, quedando ambos al alcance de sus manos.

—Es la primera vez que te veo de frente..., no eres más importante que una ilusión, no comprendo por qué antes te respeté... Si tu fuego se ha vuelto tenue.

—Zandar, no es el fuego lo que me hizo ser un rey, sino el rugido que lo domó, aún eres joven y desconoces lo que realmente es el terror, pero cuando lo veas, lo sabrás. —Los ojos de Galios empezaron a arder y el fuego en forma de aura empezó a ser expelido de su cuerpo, convirtiendo la lluvia en un torrente de fuego—. ¡Soy el emperador del fuego y ahora hijo mío, conocerás tu lugar! En ese momento Galios rugió con todas sus fuerzas y el anochecer volvió a ser un atardecer por la fuerza del calor y el fuego y mientras el rey Yabel ardía de furia; Zandar mantuvo la calma, no sin antes retroceder por la fuerza de su padre.

—Padre, tarde o temprano nuestros fuegos chocarían, pero eso no mostrará a un victorioso, nuestro poder destruirá nuestro alrededor, pero difícilmente a nosotros y justamente por eso te mostraré algo que jamás has visto —en ese momento y ante los ojos furiosos del emperador, el fuego negro olvidado en el tiempo volvió a brotar; las lenguas de fuego se mezclaron atrayendo la mirada exhausta de las legiones, las cuales no podían creer ver la extraña aurora que nacía frente a ellos. Y mientras el cielo cambiaba, en la tierra los ojos inundados de terror solo atinaban a sollozar resignados. Sin embargo, una desquiciada carcajada rebelaba que la locura o la ignominia también pueden destruir al terror...

\* \* \*

—Escucha Noluc... —La fatiga era notoria por la acelerada respiración y el jadeo continuo de Cruxios—, has complacido mis instintos... —se incorporó Cruxios, limpiando la tierra mezclada con su sangre—, qué clase de criatura eres..., jamás he conocido a un Noluc como tú, tienes la paciencia que carece un destructor, la elegancia de un guerrero y la fe de un mortal, ¿cómo un ser etéreo pudo aprender semejantes cualidades?

—Viviéndolas —respondió el Noluc, parado frente a él, con la espada ardiendo de luz—, la suerte ha sido un enigma en mi existencia, una locura en mis pasos, pero al final fue un mortal con quién aprendí que la verdadera fuerza no viene del poder, sino de la voluntad.

—¡Blasfemias Noluc! —Gritó Cruxios, empuñando la espada y sujetando su escudo partido tembló, al ver que su fuerza lo abandonaba.

—Tu fuerza y tu poder se apoyan en el uso de la luz, pero usar la luz y ser la luz misma son dos abismos que no puedes ver, porque sigues confiando en lo externo, olvidándote y despreciando lo que eres en realidad... —El Noluc caminó unos pasos y ese simple movimiento hizo que Cruxios perdiera el equilibrio y volviera a caer—. El cielo está sangrando y tú sigues aferrado sin aceptar lo inevitable.

—¿¡Qué quieres decir!?! —Intentó levantarse, pero fue inútil, ya que el cansancio era cada vez mayor—. ¿Qué me hiciste?

—El Noluc desvió la mirada, observando como el ocaso regresaba de pronto y luego de una pausa al fin respondió: Tu poder te superó y al hacerlo, tu vitalidad se hizo luz..., cuando chocamos..., te absorbí.

—Aún estoy aquí, mis heridas no son tan graves, ¿qué me quitaste?

—Tu cuerpo físico está bien, pero el cuerpo vital, aquel que alimenta al físico ha sido destruido. Lentamente la fatiga te apagará y ya no hay nada que podamos hacer, luchaste contra el cuerpo poseído, pero te olvidaste que habito en lo etéreo y desde ahí se forjó mi victoria.

—No es posible —susurró Cruxios—, mi «Penitencia» bloquea ataques en otros planos.

—Parece que me sigues confundiendo con alguna criatura del reino de las sombras, tu «Penitencia» es luz y la luz no tiene efecto contra la luz.

La lucha se acabó, la fatiga detuvo el esfuerzo y agudizó la comprensión, en ese momento Cruxios lo comprendió.

—Te confundí con una sombra —dejó que una carcajada se llevara sus pocas fuerzas y continuó—: Maldito ser divino... —Y con esas palabras en sus labios, el viento sopló y apagó su vela...

El Noluc se acercó a él, ayudándole a cerrar los ojos.

—Descansa guerrero de la cruz, el camino sigue siendo largo para los dos.

«La vida suspiró en la tierra al recibir con tristeza el llanto de sus hijos que lloraban en el cielo».

«Las Tierras del Viento nos recibe para engendrar la muerte, la blasfemia y el poder; nos engaña con su suavidad, al dejarnos caer como pétalos en sus tierras, pero no pudo ocultar el llanto de su pecho, pues su propia existencia ahora alardea su muerte, su belleza restriega el caos de sus entrañas, la corrupción la ha tocado, la ha envenenado y ha seducido a la magia que añora el poder. Sus ricas tierras se han manchado y la codicia ha entrado con violencia, sacudiendo el esputo de las ansias cegadas por algún fin, las Tierras del Viento dejaron de ser del viento...».

—¿Quitás la mirada de tu enemigo para apreciar lo desconocido o es la resignación que te ha inmovilizado? —Profirió el asesino que se incorporaba luego de la extraña caída.

—Nunca quité mis ojos de ti, que no te observe no significa que no te vea —respondió Kailem respirando con suavidad el aire puro, mientras contemplaba la bella vegetación que crecía en el piso de nubes; la tierra se sentía suave y su blanco color se fundía con lo utópico—, no fue el golpe de tus armas lo que me despidió en el aire, solo la potencia de un alfiler... —y pensar que bloqueaba un impacto más cercano, nunca he visto algo así—, soy Kailem Istramus, ¿quién eres tú?

—Y siendo solo un alfiler pudiste bloquearlo con precisión, desconociendo su origen, jamás alguien ha hecho lo que tú..., soy el Tantra enigma, me llaman Daner. No sé si eres una casualidad o solo un misterio —colocó su mano sobre la daga y con los nudillos de la otra sujetó tres alfileres.

En ese momento la tensión se elevó y la entrada al nuevo mundo se incendió con fuegos rojos y negros.

—¡Ah! Ahora te reconozco —sonrió Daner—, tú eres el caído, menuda sorpresa, mi objetivo me encontró. Zandar se pondrá feliz cuando encuentre el misterio que

llevas dentro de ti —caminó con sigilo reconociendo el terreno.

Kailem se inclinó y acarició la tierra..., luego dentro de sus pensamientos susurró:

—¿Qué es esta impresión mi ángel, por qué tanta seguridad, dónde ha quedado el temor, acaso es un sueño?, ¿por qué presiento que conozco estas tierras más que a mi propio mundo? ¿Es acaso que mi alma ha encontrado otro cuerpo o es el susurro de tu enseñanza?, tal vez la cordura se dejó molestar por la locura después de tantas insolencias o es la locura que finge escuchar a la cordura lo que me arrebató el sueño del momento. Pero aun así mi corazón está tranquilo y mi mente dispuesta; perdóname mi ángel por buscar respuesta en lo ambiguo, te aseguro que continuaré peleando sin escapar hasta cumplir mis promesas que están como hierro fundido en mi esencia. —De pronto Kailem levantó la mirada y la posó en Daner quien no pudo evitar dar un paso atrás, luego se sorprendió por lo que acababa de hacer—. El destino ha cruzado nuestros caminos, pero aun así podemos decidir. ¿Qué quieres hacer Daner? Que tu enigma decida.

El temible Tantro dudó por un instante, luego esbozó una sonrisa.

—Mi enigma es sencillo: ¡Ante el temor, templanza! ¡Ante la duda, osadía! —diciendo eso se abalanzó.

El tenue polvo de tierra y nubes fue sacudido por sus precisos pasos y el casi imperceptible lanzamiento de alfileres agudizaron los instintos y sobornaron a la muerte que gustosa aceptaba el pedido, pero la vida apostó a lo incierto: mientras que el primer alfiler era esquivado con gran esfuerzo; ya el segundo partía con premura ostentando el prejuicio que acorta el camino, recreando el peligro en aumento... El segundo alfiler realizó un corte en la carne fresca, garantizando así que el tercero consumiría al objetivo, el cual ante el esfuerzo ya perdía el equilibrio.

—Es una pena Kailem, pero esta batalla la gano yo y aunque no mueras con este tercer alfiler, mi daga terminará el trabajo —sonrió con placer, su experiencia ya había dibujado la victoria y sin dudar lo lanzó el tercer alfiler, el cual zumbó en su trayecto; a su vez, él mismo avanzó con rapidez para lanzar la estocada y contrarrestar así cualquier imprevisto, el orgullo de asesino le impedía confiarse, sin embargo a medida que el alfiler se acercaba más convencido estaba de la certeza del impacto, pues su antagonista no tenía forma de evitarlo. ¡Muere!— gritó al ver el impacto consumado, y con rápidos pasos lanzó la final estocada quedando sorprendido al ver su brazo bloqueado. ¡No es posible! Estoy seguro que mi alfiler te impactó... —La ira por haber fallado fue evidente.

—Claro que impactó —susurró el caído—, pero tu logro no fue más que mi deseo en voluntad, ahora ya estás a mi alcance. —En ese momento Daner vio llegar el temible sablazo, al mismo tiempo que unas rocas caían al piso y entonces recordó el bisbiseo previo al impacto... «Sidaré»..., Daner giró y logró bloquear el trastazo y de inmediato aún estando en el aire regresó el ataque y cientos de chispas acompañados del choque del metal paralizaron el momento, quedando ambos frente a frente con la

incógnita creciente.

—Te subestimé, pero sigo siendo un Tantra y los Tantras no conocemos la derrota; ¿por qué nunca he escuchado hablar de ti?, son muy pocos los que han sobrevivido a mis ataques y los que lo han hecho solo llegaron a disfrutar lo que mis dagas demoraron en llegar a su pecho, pero tú... mantienes la calma y tu respiración sigue tranquila a pesar que veo el temor en tu cuerpo.

—Ahora lo comprendo... —respondió Kailem—. No se trata de luchar contra el temor, sino de aceptar la condición propia de tu ser, el temor me ha inundado, mi cuerpo tiembla y mi mente se agita, pero hay un punto intermedio en el que no sucumbes y el espíritu queda sereno. La energía que me ha inundado se va convirtiendo en una fortaleza, el temor deja de ser un enemigo cuando descubres que te enseña el valor de tu vida..., se vuelve parte de tu inteligencia. ¿Tú temes Daner?

—Hace mucho que dejé de temer —respondió con seguridad.

—Entonces hace mucho que dejaste de vivir, la vida florece en la incertidumbre y este es un aspecto del temor.

Daner suspiró ante la ironía —no comprendo tus palabras extraño—, respiró pausadamente mientras recuperaba el equilibrio de sus emociones —lo único que sé es que ningún cobarde me va a detener. Golpeó con fuerza el suelo y la espesa neblina se elevó cubriendo con su manto las delicias de la visión—, si tanto quieres saber lo que es el terror, entonces te lo mostraré —volvió a golpear el piso y el ambiente se volvió más denso por la espesa bruma y en esa perdición de los sentidos empezó a lanzar sus alfileres con tanta fuerza que su sonido en el vuelo se asemejaba al zumbido de los zancudos, los cuales tientan a sus víctimas a perder el sueño y sucumbir a su regazo—. Ya debes ir sintiendo los efectos de mi veneno, es irónico pues nada se salva del mayor horror y mucho menos alguien que ya admite tener miedo —rio con fuerza camuflándose en la neblina—, la toxina en tu sangre dará vida a tus mayores desasosiegos, ahora estás a mi merced y tal vez ni siquiera logres escucharme, susurró.

El silencio se apoderó del lugar y los vientos fueron escuchados, al mismo tiempo que los colores de la destrucción iluminaban con sus bellezas los cielos y la tierra. La silueta del tormento se dibujó en la neblina y el asesino sonrió a lo esperado.

—La cacería siempre ha sido un placer, pero cuando el terror domina todo, hasta el guerrero más adiestrado se vuelve un desahuciado que va clamando alivio y engendra gratitud al perder su vida —dijo Daner al ver la silueta atormentada, mientras presentía el fin escurridizo de un enemigo peligroso.

Con la maestría de su experiencia se deslizó entre la densa neblina, llegando al punto certero de la espalda del incauto y lanzó su más letal estocada partiendo en dos al enemigo, pero sus ojos se agrandaron con demencia al percibir el engaño y sin poder reaccionar vio su carne atravesada, intentó escapar, pero se vio envuelto en los brazos del enemigo quien usó su peso, cayendo los dos al suelo dejándose escapar solo un grito de dolor aullante, pero el filo del arma fue chocando con su columna,



paralizando lentamente sus movimientos.

—No comprendiste Daner, la supuesta valentía que nace por reprimir el miedo no es más que solo cobardía, la observación profunda que te lleva a su aceptación es la superación del mismo y no por eso dejas de temblar o temer, pero ya se vuelve de tu control y decisión, tus venenos no funcionan en mí, ya antes experimenté mis más grandes temores..., eres un ser misterioso Daner, nunca sentí tus emociones solo un raciocinio profundo..., en todo momento solo fui tu objetivo, tal vez en un futuro podamos llegar a conocernos, pero ya no como enemigos. No he tocado ningún órgano vital, solo he dañado tu sistema nervioso, demoraras en recuperarte, pero no morirás hoy.

—Tú también eres un asesino, ¿por qué no acabas conmigo? —Gritó Daner, mientras que la daga que lo atravesaba era retirada con gran precisión.

—Te vuelves a equivocar, en la guerra todos somos asesinos con distinta prioridad.

—¿Y cuál es tu prioridad?

Kailem sonrió y en ese preciso momento una temible explosión partió un pedazo de la tierra la cual se desmoronó en una caída sin fin, formándose un abismo; en el otro extremo se pudo visualizar la silueta del rey Montañés y la del temible destructor, pero el polvo como una neblina tapó pronto la imagen...

—Ya es tiempo de continuar —dijo Kailem haciendo una reverencia hacia Daner.

—¡Kailem! Es una guerra que no puedes ganar, tal vez derroten a los Tantros en batalla, pero no podrán hacer nada contra las verdaderas bestias del terror.

—Nunca lo sabremos si no lo intentamos..., buena suerte Daner —y mientras Kailem se alejaba los Ugur's cantaban: «la vida se ha vuelto una herramienta, todos luchan por ella y nadie la respeta, miles de estrellas se apagan en el cielo, otras miles se apagan en la tierra y el viento se va opacando al arrastrar la sangre de las historias perdidas, donde ni la voz del trueno ya es comprendida; el cielo llora con amargura y la tierra se emborracha de sufrimiento y es tanto el odio que ni siquiera los guardianes elementales ya se ponen de acuerdo...».

## El despertar de la tormenta



El fuego y el terror brotaban por doquier, no había pedazo de cielo que no fuera amenazado por las garras de la ambición, ni retazo de vida que no sintiera la amenaza creciente, pero el caos solo era la excusa de un mal que se propagaba hasta en lo más puro y elemental, pues una de las fuerzas que inhala y respira el orden colapsó, despertando el susurro que lucha en el silencio por la destrucción.

Las fuerzas que gobernaban las Tierras del Viento ahora rugían entre sí, abalanzándose y abrazando la confusión, mientras que algunos gritos desahuciados decían: «El elemental de la magia se ha corrompido y busca el poder y ante lo inevitable, el poder al fin se levantará para retomar el orden perdido».

—Gran elemental, dador del poder... —susurraron los súbditos anhelando una respuesta—, los elegidos están cayendo por la abertura preludio del solsticio de Agnaruk, pero no hay nadie que los reciba, pues el equilibrio se ha roto, el fuego ha descendido y el viento ha callado..., la magia ha enloquecido y las tierras sagradas del viento han sido sacudidas; gran dador del poder, qué podemos hacer... —susurraron los esbirros elementales del poder ante el silencio prolongado del rey.

—Los dioses han hablado, la codicia será confundida con fortuna, la sabiduría será manchada por el deseo, la libertad será reemplazada por el capricho y la vida se confundirá con la muerte..., setecientos años de confusión si el fuego consume al fuego, donde el más elevado saciará su abstinencia; los dioses han hablado y al hacerlo me han permitido interferir... —La voz de trueno del gran elemental se escuchó en medio de la tormenta y al levantarse su forma etérea ocupó el cielo del reino, pero de inmediato desde la corrupción de las tierras el demonio de Lepand se erigió en su encuentro y su naturaleza ocupó las tierras del reino, dejando en sus entrañas a los guerreros incapaces de distinguir su presencia—. ¿¡Hermano, en qué te has convertido!?! —Preguntó el gran coloso del poder al ver la esencia corrupta del elemental de la magia.

En un instante los ojos atónitos del interior y exterior de las tierras del viento quedaron fosilizados al ver a los colosos que arrastrando nubes negras desde la tierra y nubes blancas desde el cielo se iban acercando envolviéndolo todo, desatando a la locura... Los Ugur's cantarían en medio del desconcierto:

«El equilibrio se ha roto, ahí va el cielo enfrentando a la tierra, nada parará el torrente etéreo cuyas aguas lavaran la cordura; pronto todos estarán en sus entrañas y los hijos del poder verán su fuerza incrementada, mientras que los de la magia se convertirán en los esbirros del demonio de Lepand. ¡Oh!, ahí se acercan los colosos y no todos los consumidos se han dado cuenta».

El impacto sacudió los cielos y la gran tormenta comenzó.

El rey elemental del poder llamado Gorkán, reconoció las lágrimas de su hermano Maúr, elemental de la magia, y logró ver a la sombra detrás de la corrupción...

—¿¡Demonio, qué es lo que buscas!?! —Gritó y su voz creó relámpagos en el cielo estremeciéndose la tormenta.

—Te busco a ti, gran manantial de vida —respondió el demonio, pero su voz tergiversada creó una nueva confusión que bordeaba entre lo sutil y lo obtuso.

—Entonces libera, libera la pureza de mi hermano y enfréntame —rugió junto con la tormenta Gorkán, pero su petición fue recibida con una gran carcajada.

—¿Pureza? No seas hipócrita Gorkán, algo realmente puro jamás podría haber sido corrompido, lo que ves es lo que estaba reprimido..., aquí no hay corrupción, solo liberación —respondió Lepand y agregó—: Te devolveré este espíritu cuando lo más buscado sea entregado o mostrado. —Lepand suspiró y el viento silbó incrementando el vendaval.

—¡Demonio inferior, jamás lograrás chantajear a un rey elemental..., escojo la otra opción..., te arrancaré de las entrañas de mi hermano y luego te despedazaré!

El impacto se dio en el plano etéreo, la violencia del choque sacudió la vida que empezaba a desplomarse sin razón alguna, pues los cuerpos físicos permanecían intactos, mientras que la fuente de su energía o vitalidad eran destruidos, solo los ojos más lejanos sabrían lo sucedido.

*«El cuerpo es solo una prenda, un vehículo; cuidarlo está bien, identificarse con él es perder la propia identidad. Todo vehículo necesita energía, cuando la energía es sustraída el vehículo deja de funcionar. La materia es transformada en energía en el mismo vehículo, pero lo más sutil e importante es almacenado en el soplo de la vida, o un nuevo cuerpo llamado vital, que se encuentra en lo imperceptible, en lo etéreo, o simplemente en otra dimensión, siendo su característica la flexibilidad y el calor».*

Cientos de cuerpos de todas las razas empezaron a desplomarse como lágrimas en la lluvia, apropiándose de los mismos los esbirros del poder y los corrompidos de la magia, pues fueron ellos los que vislumbraron la oportunidad, evitando el descanso prometido y logrando así continuar con la ignominia ensangrentada por la guerra.

—Cuánto tiempo soportarás demonio, hasta que encuentre tu verdadera naturaleza —maldijo Gorkán, mientras se erguía luego de destruir el cielo y sus

movimientos lentos por la distancia sacudieron las entrañas de los vivos que no entendían el porqué de su deceso.

La corrupción se apoderó aún más del cuerpo de O'da y el demonio encarnado desató más su furia, la ventisca no se hizo esperar y la sangre elemental empezó a correr mezclándose con la lluvia y fecundando la tierra en su camino.

*«Extraña verdad, pues la muerte es el inicio de la vida y la vida es esplendorosa momentos antes de la muerte».*

Como un beso que presagia el inicio de la tormenta la lluvia cesó, para luego rugir de forma más encarnizada, llevándose el suspiro falaz que el engaño sembró en el corazón de los vivos.

\* \* \*

El fuego volvió a arder en la gran bóveda celeste y una tremenda explosión partió parte de las Tierras del Viento, el reflejo abatido del rey Montañés se dejó ver entre las nubes esparcidas y el polvo ligero que no daba tregua al descuido.

—¡Soy Drou'Rael! El destructor..., siempre escuché que el rey Montañés poseía una gran fuerza, no me decepciones, no me decepciones Baruk —rugió, con la aspereza que lo caracterizaba, al mismo tiempo levantaba el ariete de la tierra, causante del temible impacto.

—¡Al fin en tierra firme! —El monarca de las montañas se estiró, mientras el polvo del holocausto se disipaba—. Nunca ha sido de mi agrado luchar en los aires, ¡debiste haber aprovechado esa gran oportunidad Rael! —El monarca finalmente recuperado blandió su pesada espada con las dos manos y se preparó para encarar al temible Tantro—. ¡Mi reino valora la fuerza, pero no llegué a ser rey precisamente por ello, espero que estés preparado para descubrir mi secreto! —Baruk dio un par de pasos hacia adelante observando a su enemigo, pero el destructor era aún más temible en la tierra que en el cielo; levantó el pesado ariete y observó con gran concentración al rey Montañés.

—Parece que ahora los dos estamos cómodos. —La tierra seca en forma de nubes empezó a despejarse y ante la claridad de la luna, los más grandes abismos al fin se dejaron ver y ante la calma repentina el enorme imperio del viento, con sus montañas y lagos al fin se dejó observar, mientras que hordas de elementos reunidos empezaban a trasladarse hacia el norte—. Hay un banquete de sangre reuniéndose y tú eres solo un obstáculo en mi diversión —las cadenas de su ariete sonaron al ser levantados, entonces el destructor bufó y mostró los dientes con gran furia. El rey helado, el Montañés, se inclinó previendo el ataque e inhalando con fuerza, gritó:

—¡Por los dioses! —Y de inmediato se adelantó al ataque rugiendo, pero ya el temible impacto se acercaba..., pues Drou'Rael lanzaba su poderoso golpe en la tierra, generando una potente ola expansiva; sin embargo Baruk se anticipó al ataque y se alzó por los aires con gran destreza y al ver al destructor desarmado presintió que

la suerte se mostraba con premura, pero Drou'Rael se incorporó de inmediato, dejando el ariete en el suelo, y despejó el ataque usando el acero de uno de sus brazaletes y con el otro brazo le atinó un puñetazo que lo volvió a levantar en el aire, estrellando al rey en las rocas y rompiendo varias en su camino.

—Hace mucho tiempo que nadie me lanzaba así —el Montañés se rio por la ironía, mientras se despegaba de las rocas—. Eres más ágil de lo que pareces, me recuerdas mucho a Mirth, pero tal vez seas solo su reflejo.

—¿Mirth? Reconozco ese nombre. Nunca me han gustado las comparaciones, pero que mis enemigos las hagan es un beneficio a mi favor, pues ahora lucharás contra dos, contra tus recuerdos y conmigo —recogió el ariete incrustado en la tierra y sus ojos se inyectaron de gran profundidad, volvió a golpear el suelo generando una ventisca de polvo y rocas, pero esta vez él mismo aceleró la marcha mezclándose con el impacto; el rey helado trató de esquivar la ola de rocas moviéndose por los costados hasta que finalmente vio inevitable el impacto, entonces golpeó con su pierna derecha el suelo levantando un muro de hielo cubierto de lanzas. El choque destruyó la albarrada, pero la afluencia también fue detenida; sin embargo en medio del destrozado Drou'Rael se abrió paso sujetando el ariete, mientras que Baruk usando su gran destreza se aventó al encuentro del despiadado y mientras lo hacía invocó a la tormenta de hielo, lo cual dificultó la vista del destructor llevándolo a fallar el porrazo, el cual chocó ligeramente con la espada de Baruk perdiendo los dos el equilibrio y cayendo estrepitosamente al suelo.

La tormenta de hielo pronto congeló el aire alrededor aumentando la fatiga y dificultando la respiración, al mismo tiempo la escarcha se iba acumulando en la tierra obstruyendo los pasos del destructor, quien finalmente gruñó:

—Crees que con estos trucos vas a detenerme. —Drou'Rael se sacudió la escarcha que se iba acumulando en sus hombros y contempló su aliento en forma de vapor a causa del frío—. Irónico, un amante de la fuerza que usa la magia del frío para defenderse —el destructor suspiró pesadamente y agregó—: Voy comprendiendo como derrotaste a Mirth, tal vez aún guardes diversión para mí... —Agregó.

—Jamás te has enfrentado a un verdadero Montañés. Tantro, deberías cuidar más tus palabras, ya que la crueldad del frío no conoce la piedad. —Ante un movimiento de su espada la tormenta de hielo aumentó, pero la mirada serena de su antagonista a pesar de la caída gélida, alertó al rey Montañés de un peligro oculto. Disimulando su sorpresa continuó—: El frío no solamente te restringe, sino también te vuelve más torpe, incrementando el peso y desafiando el equilibrio, ahora el tiempo será tu sentencia y a diferencia de lo que te espera, el frío siempre ha sido mi cobijo. — Baruk caminó con ligereza, arrastrando la pesada espada a pesar de la escarcha acumulada; el destructor lo seguía con la mirada totalmente inmutable, hizo una mueca obligada por el desprecio y seguidamente se rio.

—¿Impedimentos? —bufó burlándose del montañés—. Estás lejos de comprender las circunstancias que nos separan... —El destructor movió una mano señalando al

rey gélido—. La mayoría de las veces el mayor peligro es el que no se ve —sonrió sádicamente ante la mirada atenta y serena de Baruk.

—No podría estar más de acuerdo —el rostro de Baruk se alegró, al mismo tiempo que creaba una explosión de gran magnitud, al señalar el hielo en un lugar totalmente distinto al que se encontraba el destructor.

—Parece que eso soluciona el peligro oculto... —murmuró Baruk.

—Pero no la desventaja en la que te encuentras Montañés —respondió Drou'Rael y mirando hacia la explosión agregó—: Para ser un Tanthro eres bastante evidente Sheirú, me temo que has perdido el toque; decepcionante para una cazadora de tu nivel.

—Ya deja de burlarte Rael —respondió Sheirú al levantarse de los escombros de hielo y al colocar sus espadas, que la habían defendido, nuevamente en sus vainas—. Parece que usa el hielo como un sensor, vaya sorpresa..., esto es lo que me gusta de las guerras, siempre hay algo nuevo que aprender —la temible danzante de espadas contempló, como una fiera ve a su presa, al rey gélido—, es tiempo de derramar sangre real, Rael. Quería tomar su vida por sorpresa, pero tomarla por la fuerza también puede ser agradable. No pensé que te tomarías tanto tiempo con un simple Montañés, tal vez el nombre de destructor ya te queda grande.

—Deja de bromear Sheirú y prepárate, que este es distinto a los demás.

—Qué tontería es esa Rael, mejor observa desde donde estás, comprendo que se te hace difícil moverte, pero ya he observado sus movimientos y sus músculos, para mí es solo una presa ordinaria. Saborearé la cacería —agregó y lentamente desenvainó las espadas serpiente.

—No seas imprudente Sheirú —advirtió Drou'Rael a su compañera, sentó el ariete y suspiró.

—Malditos Tanthros cobardes, vengan juntos, si es que eso aumenta su valor —rugió Baruk, mientras se preparaba.

—No vayas a interferir Rael, tú ya tuviste tu oportunidad, ahora este ser es mío, veremos que tal sabe cuando termine de cortarlo en pedazos...

—Malditos códigos Tanthro; haz lo que quieras Sheirú y más vale que salgas victoriosa —el destructor se sentó en su arma y mirando a Baruk, agregó—: Tienes mi palabra, no interferiré hasta que llegue mi momento, procura no morir hasta ese instante.

—No sé si es un código de honor o una simple estupidez, pero me alegro que lo hayan decidido de esa manera. Espera con paciencia Drou'Rael que también te llegará el momento —sonrió el rey gélido ante la extraña suerte que lo alcanzaba.

*«El honor es un arma que dignifica el espíritu, pero cuando es solo orgullo se vuelve el arma que te destruye».*

De pronto el hielo se levantó en dos extremos apuntando en dirección del Montañés, dejándose ver pedazos de las extensas espadas de Sheirú, que cual serpientes se deslizaron bajo tierra.

El Montañés logró esquivar una de ellas a tiempo, pero la segunda espada logró rozarle el hombro derecho, en ese preciso momento; Sheirú jaló con fuerza y las púas transversales de la espada se engancharon en el cuerpo del rey gélido, desgarrando la piel y carne de su brazo, al mismo tiempo que se reía por el placer del dolor ajeno.

—¡No te distraigas Montañés que recién estamos empezando! —El grito de Baruk se escuchó como un rugido y su sangre tiñó de carmesí la escarcha a su alrededor.

—Qué interesante, solo percibes los ataques que rozan tu poder..., pero si me deslizo en la tierra no eres capaz de sentirme —se burló Sheirú, mientras miraba de reojo a Rael, quien sereno observaba.

El viento sopló con fuerza, silbando en su camino y el cielo enardecido parpadeó con los destellos del fuego. La tierra tembló y los temibles elementales se irguieron para continuar la lucha, mientras que sus hijos se extinguían buscando el cuerpo del demonio de Lepand.

—¡Sangra Montañés, disfruta el deleite del dolor, pues este se cobijará en tus entrañas y no parará hasta que supliques de rodillas que te de un blasfemo final! — Baruk sujetó la herida de su brazo, guiado por el reflejo, mostró los dientes por la cólera, pero luego su corazón se fue cobijando en el sereno viento que soplab a pesar del caos a su alrededor.

—El invierno caerá sobre ti, ¡víbora! —Clavó su espada en la escarcha y empezó a susurrar unas palabras y un escalofrío recorrió el cuerpo de los Tanros y la voz de Baruk se escuchó con gran fuerza—: ¡Rama Shantel! —En ese momento, toda la escarcha se convirtió en filudas lanzas y todas al mismo tiempo fueron lanzadas con vehemencia hacia Sheirú.

El impacto creó una nube congelada que evitaba ver más allá de los escombros; el rey gélido cayó de rodillas apoyándose en su espalda, agotado por el esfuerzo de tan impresionante ataque. Drou'Rael se levantó de inmediato con la sorpresa latiendo en su pecho y la impresión de lo inesperado, sin siquiera poder gritar el nombre de su compañera ante tan repentino embiste. El rey gélido volvió a suspirar con dificultad, luchando para evitar perder la conciencia, mientras que la densa nube de escarcha se iba disipando y cuando al fin la nube se disipó, solo se pudo observar una tumba de nieve, la cual logró esbozar una sonrisa en el Montañés, pero la misma sería borrada de inmediato al empezar a desmoronarse y dejar ver las espadas giratorias de Sheirú, la temible muralla de hierro y a ella sin el menor rasguño.

—Nunca subestimo a mis presas y nunca alguno de mis trofeos ha llegado a tocarme, tú no ibas a ser la excepción —sacudió sus espadas y estas avanzaron como serpientes rasgando la piel y la carne del agotado rey, quién solo atinó a gritar—: Hay melodías que son únicas en los labios de los desamparados y solo en su último tono se puede alcanzar a recrear el réquiem de la muerte, así que no seas tímido, ¡grita!, ¡grita!, hasta que llegue el ansiado estertor —continuó lanzando sus espadas rasgando el cuerpo y esparciendo su sangre, hasta que un golpe silencioso quebró el sádico

frenesí.

—Te demoraste demasiado... —susurró Baruk, esbozando una media sonrisa—, el rey gélido alzó la mirada y rio complacido zarandeando la cabeza —no esperaba que erraras ese golpe Quetzel.

—Cómo te atreves insolente bestia a tratar de apuñalarme por la espalda —gritó Sheirú golpeando con sus espadas serpiente por todos lados sin dejar posibilidad alguna más que la de alejarse.

—Lo siento Baruk —no esperaba que tuviera una tercera espada envolviendo su cuerpo, Quetzel apoyó una mano en el cuerpo debilitado de Baruk e invocó a la sangre—: «¡Cralem, holy vrein!».

—¿Qué has hecho Quetzel? —Preguntó Baruk, sintiéndose más ligero.

—Enlacé nuestros cuerpos, ahora compartimos la misma vida, tu dolor ahora es de los dos y tanto tu fuerza como la mía son una, ¡párate rey Baruk, que hoy luchamos juntos! Y cuida tu vida que ahora también es la mía. —Baruk se irguió renovado, las heridas dejaron de sangrar y sus fuerzas regresaron con mayor intensidad.

—Te agradezco Quetzel, jamás imaginé que usarías un conjuro prohibido por tu pueblo y menos que lo usarías conmigo.

—Seguirá siendo prohibido, pues no veo a alguien capaz de delatar que lo usé —el vínculo se afianzó gracias a la confianza que brotaba de forma misteriosa y silenciosa en el corazón de los antiguos enemigos—. Baruk aún tienes una pelea pendiente, déjame a la danzante a mí.

Baruk asintió con un suave movimiento de cabeza, mientras que un chasquido de desprecio se dejaba escuchar.

—Te reconozco sacerdotisa, sé que eres caprichosa, ¡pero no me arrebatarás a mi presa!, gritó Sheirú.

—Entonces tendrás que derrotarme a mí primero —respondió Quetzel mientras se iba camuflando con la escarcha.

—¡Esos trucos no funcionan conmigo! —Sheirú se enfadó y volvió a lanzar las espadas serpientes cuyas navajas giraron a su alrededor expandiéndose de forma indefinida tanto por la tierra como en el cielo, creando un domo de navajas hasta que inevitablemente se escuchó el impacto del metal, el cual arrancó a Quetzel de lo invisible arrojándola al suelo congelado, el cual se tiñó levemente de sangre.

—¡Eh! No te desconcentres, es tiempo de retomar nuestro agradable baile, rey Baruk —el temible Drou'Rael se levantó complacido al ver el giro agradable del destino y al alzar su ariete, el gozo inefable de la guerra volvió a recorrer sus venas; entonces mientras el cielo rugía por los lamentos desatados por los deseos, él festejaba ansioso, a su vez empezaba a correr ignorando la escarcha en su camino, la cual se habría paso ante la temible fuerza del destructor, quién aumentaba su velocidad como si el obstáculo fuera inexistente.

El rey gélido sujetó con fuerza su espada y se sintió más ligero que antes y



comprendió que ahora tenía la responsabilidad de dos espíritus, pero no por ello se guardó en cautela, sino al contrario decidió luchar con todo su poder y sobrecogiéndose de la adrenalina danzante en todo su ser, corrió al encuentro del destructor y su espada fue creando una avalancha, la cual expresaba el ferviente espíritu de lucha, incapaz de ser domado por la muerte. Y ante la cercanía, el rugido implacable de los dos se fusionó en un relámpago causado por el impacto de sus terribles armas, las cuales sacudieron los cimientos de la tierra y el viento; y al mirarse nuevamente frente a frente Baruk sonrió.

—Tu fuerza es inalcanzable, pero ¿podrá contra la avalancha? —Ni bien terminó de hablar cuando la avalancha creada fue lanzada con toda su potencia hacia el destructor, quien soportó el pesado abrazo de la tormenta, pero ante la insistencia y fuerza de la misma sucumbió, siendo revolcado varios metros hasta quedar encarcelado en las gruesas capas de hielo que lo cubrían por completo—. Has sido un gran adversario Drou'Rael, pero esto se acabó —dijo Baruk acercándose hacia el destructor.

Las espadas serpientes trataron de liberarlo, pero el insistente ataque de Quetzel impidió el cometido, entonces Sheirú, sacrificando su defensa, logró interponerse alejando momentáneamente al rey gélido; pero pagando con su sangre al haber sido al fin alcanzada por una de las dagas de Quetzel. Su grito fue como el aullido de una bestia herida y de inmediato alejó la amenaza al rearmar la impenetrable muralla de hierro, espantando a sus antagonistas raudamente de ese lugar.

—Lo siento Sheirú —susurró Quetzel, mientras sostenía un pedazo de hielo con sangre.

Sheirú aún adolorida, pero protegida por sus espadas serpiente, miró con inquietud a Quetzel.

—¿Qué pretendes hechicera? —preguntó al no comprender las palabras de su adversaria.

Quetzel inhaló profundamente y cerró los ojos mientras conjuraba:

—La sangre derramada regresa al verdugo para así clamar justicia... «Vreim Brocrata» —y al terminar el conjuro, la sangre que se encontraba dentro de la muralla de hierro como fuera de ella, empezaron a evaporarse tornándose negras y lentamente fueron absorbidas por la herida abierta de la danzante, la cual de inmediato exhaló sus fuerzas brotando por todo su cuerpo el humo negro de la sangre contaminada. Miró al cielo al comprender que la muerte había llegado y se desplomó suavemente junto a la muralla impenetrable y mientras caía, en medio de los estertores, susurró—: la única grieta siempre estuvo adentro...

En ese momento la tierra tembló y la furia descontrolada del destructor despertó, mostrando el semblante de la monstruosidad segada por la ira.

Las Tierras del Viento se sacudieron ante el extraño despertar y el hielo que retenía su cuerpo empezó a quebrarse, Quetzel y el rey Baruk se pusieron de inmediato en guardia y sus corazones se congelaron repentinamente ante la mirada

endemoniada del destructor, de quién su rugido se escuchó tanto dentro como fuera del reino del viento, creando un espanto en lo más profundo de cada ser.

—Prepárate Quetzel..., el dios de la fuerza está observando y me temo que no a nosotros —dijo Baruk, aún con la incapacidad de librarse de la paranoica impresión. Entonces Quetzel se alejó ligeramente de Baruk, tratando de resguardarse en la invisibilidad, pero los ojos endemoniados del destructor la siguieron sin dificultad.

No puedo creerlo, es capaz de verme..., susurró.

—En ese momento Drou'Rael pisó con violencia y el hielo junto a la tormenta se quebraron, a continuación un segundo grito marcaba el terror desembocado, el cual se reflejaba en la vehemencia del ataque destructor.

\* \* \*

No muy lejos del estruendo en las Tierras del Viento, el cielo soplaba tratando de amortiguar el calor, donde el fuego se regocijaba y se empapaba de rencor...

—¿Escuchas eso?, mis guerreros ya están abriendo el camino —la flama negra que ya inundaba el cielo rodeó a Zandar, pero el calor en vez de disminuir aumentó; al mismo tiempo, el gran emperador del fuego reunía olas de poder a su alrededor.

—Profanas los pactos antiguos, al menos espero que conozcas las consecuencias del llamado a la flama negra —el emperador hizo una pausa forzada y continuó—: Tanto es el odio que me profesas como para poner tu vida en juego..., —exhaló liberando los lazos que lo limitaban y recién en ese momento observó a Zandar, ya no como un padre a su hijo, sino como a una aberración que tenía que corregir.

—La flama negra no es una maldición para mí, mucho menos un riesgo, acaso olvidas que yo nací con ella y que esa es la verdadera razón por la cual me desterraste.

—Te equivocas, te desterré porque eras mediocre en el uso del fuego real, símbolo de nuestra herencia Yabel.

—Tal vez tu temor por lo nuevo no es más que el temor que tenías por lo que podría llegar a ser...

—Ningún Yabel puro ha usado el fuego negro, solo los marginados lo hacían, no iba a tolerar que un hijo mío mostrara más aprecio por la peste que por la nobleza de sangre.

—¿Qué estás tratando de decir? —Zandar frunció el ceño al comprender vagamente las palabras de Galios.

—Ya deberías saberlo, ningún hijo mío nace con flamas negras..., tu madre debió haberte dicho eso. Traté de criarte como si fueras de mi sangre, te enseñé el uso de la flama Yabel, pero aun así la injuria renace; eliminé a todos los marginados para evitar habladurías, sin embargo, el recuerdo es una enfermedad incurable, permanece. Te desterré porque eres la viva aura de la traición, sombra de prejuicio y burla.

Los relámpagos sacudieron el cielo, marcándose por las llamas del fuego en

constante choque.

—Es lamentable..., mejor dicho gratificante saber la verdad, te agradezco que al fin me lo hayas dicho, ahora me siento más libre..., es grato saber que no derramaré la sangre de mi progenitor. —Zandar soltó un suspiro acompañado de una carcajada—. No queda nada que me detenga...

—Demuéstrame entonces que puedes ser un digno rival —interrumpió Galios dejando caer su capa, la cual fue arrastrada y quemada por el fuego; de pronto el ruido pareció desaparecer y el viento cambió de rumbo—. No mostraré clemencia, así de irónico es el destino —tomó una gran bocanada de aire y sin dudarlo gritó—: ¡Toran Far! Y el fuego se convirtió en un remolino horizontal cuya presión absorbía todo en su interior; Zandar puso resistencia, pero la fuerza del «toran far» era demasiado grande y empezó a ser arrastrado a su interior...

—Dos pueden jugar lo mismo. —Zandar sonrió sádicamente y gritó—: ¡Toran Far! —y el fuego negro adoptó la forma del remolino horizontal quedando ambos atrapados en el terrible forcejeo de la presión que pronto buscaría su propia liberación.

—¿Acaso estás demente? ¿¡Quieres suicidarte!?! —rugió Galios ante el sorpresivo ataque de Zandar, quien respondió con una nueva carcajada. En ese mismo momento los dos remolinos colapsaron generando una explosión, tan grande, que se podría semejar a algo nuclear; el estallido sacudió el cielo y hasta los temibles elementales que luchaban en lo etéreo se retorcieron por el impacto, así mismo la onda expansiva calcinó a los guerreros que luchaban cegados y arrastrados por la obediencia carente de criterio.

*«La lealtad es una virtud maravillosa, siempre y cuando cobije reflexión, comprensión y amor, que deben florecer en el interior; de lo contrario se convierte en un andar a ciegas, mediocre y vano».*

El fuego no perdonó y el lamento de la vida zumbó arrastrado por el viento, el cual sopló con fuerza para aliviar la herida y hasta los ciegos Norf que cantan la historia enmudecieron, para luego agregar: «El cielo sangró como nunca antes lo había hecho...», las almas desahuciadas empezaron a caer y en medio de su caída la tenue esperanza de ver el cielo aclararse fue arrebatada por una nueva explosión, la cual atrajo las miradas desconcertadas, que presas del pánico empezaron a huir; pero ni la tierra, ni los elementales perdonarían la ofensa y mientras las distintas legiones tanto de los Yabels, de los Montañeses y Druskas trataban de incorporarse y alejarse, una nueva maldición se erguía.

Los esbirros de la naturaleza y de los elementales despertaron de su letargo, tomando conciencia propia y vieron a los hijos de los vivos como un mal por erradicar; entonces abrieron sus fauces y tanto la magia como el poder se unieron en una masacre indiscriminada, acorralando a los distintos ejércitos en el Páramo del Olvido, lugar en el que la supervivencia volvería a unir lo que el deseo había separado..., los guerreros arrinconados, los Yabels, los Montañeses y los Druskas

lucharon juntos y por primera vez la guerra tuvo sentido.

Desde lo alto, aquellos que lograron reponerse a la temible onda expansiva, miraban extasiados lo ocurrido en el Páramo del Olvido, pero muchos de ellos, élites ya carentes de corazón continuaron con la codicia del amo. El ejército Yabel del estandarte de la flama, guiado y comandado por la Tantra Igni y Ranzor se abrieron paso hacia el portal, entrada a las Tierras del Viento, donde el ejército Montañés junto a los Druskas, aguardaba.

—Ranzor, adelántate, ve abriendo camino, yo me encargaré de los salvajes —dijo Igni, mientras señalaba el portal—, busca el manantial en el que se juntan las aguas de la magia y el poder... —el Tantra miró con astucia y señalando a unos cuantos guerreros de élite, también conocidos como los escalius, se separó del grupo y se adelantó al portal de las Tierras del Viento; y a pesar que los Montañeses trataron de evitarlo, su esfuerzo fue fútil gracias a Igni, cuyo poder empezaba a aterrorizar a sus adversarios.

—¡Igni! —gritó Ranzor—, ¡los estaré esperando! —La Tantra respondió con un suave movimiento y de reojo observó en dirección al fuego, donde la figura borrosa de Zandar y Galios se iba mostrando luego del temible impacto.

—Te has vuelto poderoso y más de lo que esperaba, definitivamente tu fuerza ha superado lo conocido, sin embargo el fuego nunca será comprendido. —Galios limpió las cenizas y el carbón de su rostro—, tu ventaja, hijo mío, era pensar que mi fuerza no te dañaría, pero el fuego es mi voluntad y si mi voluntad es destrozarte, entonces así será.

Zandar levantó la mirada, tenía el cuerpo lleno de quemaduras, escupió la sangre acumulada en sus labios y sonrió mientras respondía:

—Por más que te esfuerces en disimular..., las llagas de tu cuerpo te delatan..., el fuego negro te ha alcanzado —se irguió de su postrada posición y agregó—: mi voluntad es más fuerte que la tuya..., padre.

En ese momento una de las princesas del fuego descendía y se dirigía al emperador y ya al estar cerca lo saludó con una respetuosa reverencia.

Galios respondió el saludo y agregó:

—Mi niña, ¿qué te trae a este lugar?

—Vine a buscarte, tu ejército espera dentro del portal —la princesa acomodó su cabello rojizo y con una mirada de gran desprecio observó a Zandar en el otro extremo—, es tiempo de ponerle fin a la inmundicia... —agregó.

—Espera acá, que ya estoy por terminar... —respondió Galios—. Eres fuerte, hijo mío, pero no lo suficiente —el temible emperador ardió vivamente con el fuego que brotaba de su interior y lentamente se fue acercando, y al estar cerca, Zandar volvió a invocar a la llama negra la cual recorrió su cuerpo para finalmente estallar en el impacto de sus puños, los cuales fueron bloqueados con gran habilidad por parte de Galios, quedando después de varios intentos desprotegido, momento que sería aprovechado por el gran emperador Yabel quien sin dudar lo levantó a Zandar

tomándolo por el cuello, mientras su fuego lo abrazaba por completo—. Tu error Zandar fue confiar en una utopía, vivir una ilusión..., pero debo admitirlo, tu sueño te hizo avanzar y ahora en mis manos te toca despertar —el fuego incrementó y en medio del dolor combinado por el ahogo, la carcajada sádica de Zandar desconcertó al emperador.

Cuando de pronto, en medio de las carcajadas entrecortadas por el ahogo; la felonía mostraba sus oscuros colores recreando lo imposible, al soplar la llama incauta que solo se resguardó de la lluvia, olvidándose del viento.

El emperador giró la cabeza incrédulo, al ver las manos delicadas de su hija sujetando el puñal, sus ojos se llenaron de dudas y sus pensamientos enfermaron ante la incredulidad; a su vez, las fuerzas que sujetaban a Zandar empezaban a mermar y sus labios temblaron dejando una incógnita escapar:

—¿Bórea..., por qué?

—Es la historia de nuestra raza... —la princesa se cubrió con la capucha y la sombra del reflejo delató la silueta que siempre estuvo escondida y mientras Galios se desplomaba, la incógnita era respondida—: ¡Tú eras Igni...!

—Siempre lo fui, pero a tu lado solo Bórea...

La risa descontrolada de Zandar pronto se convirtió en la locura del llanto, al ver a Galios luchar para mantenerse en el aire... entonces Zandar lo tomó del brazo al ver que sus fuerzas se acabaron y encontró una mirada perdida, como una vela que ha perdido su cera...

—Tu error padre, fue pensar que yo era como tú..., que el fuego te cobije. —En ese momento Zandar dejó caer a Galios y la caída fue por sí sola el adiós.

## Anhelos inalcanzables



Las garras de la vida aferradas a los colmillos de la muerte obligaban al miedo y al desconsuelo a gritar, mientras que los gemidos de aquellos alcanzados por la banalidad esperaban ansiosos los estertores, para al fin verse liberados de la calamidad; sin embargo, ni los fuertes vientos, ni las tormentas de fuego llegaron a ser tan despiadados e indiferentes como la mano descontrolada de los elementales, los cuales nutridos por el odio, solo arrebatan lo que en sí ya había sido tomado por el deseo...

Los esbirros de los elementales perdieron la piedad en medio de la locura y ahora eran guiados por un único sentimiento, el cual había generalizado a la vida como el origen de toda maldad y tanto en el exterior como en el interior los vivos se defendían de los esbirros embriagados por la muerte, seducidos y en constante búsqueda del cuerpo del demonio de Lepand... En medio del baño de sangre el Kala Traps fue de gran ayuda y con un dolor inmenso encontré las vidas susurrantes de los conocidos que se preparaban para iniciar otro viaje, entre ellos el taadar Marbok, al que llamaban el devastador, me acerqué con cautela y pude observar su respiración, la cual profunda y serena contrarrestaba con su destrozado cuerpo; al acercarme pudo sentirme y tal vez por la sensibilidad aumentada que traen los heraldos negros, hasta pudo reconocerme...

—Taadar Kailem..., me alegro que estés bien —era evidente la fatiga, la cual era ya visible hasta en un parpadeo.

—Taadar Marbok... ¿la guerra recién inicia y tú ya estás descansando? —Pude ver el esbozo de una sonrisa que luchaba por dejarse ver en sus labios partidos.

—Tar, el dios de la fuerza me llamó muy pronto —volvió a reír— la bestia con la que nos encontramos estaba bendecida por la fuerza..., tal vez sea hijo del mismo Tar y mi corazón se sintió desvalido al imaginar la caída de mi rey, sin embargo escuché a la bestia gritar y solo Baruk podría lograr esa hazaña, pero el rey está en

problemas... Esos esbirros son un obstáculo y sé que buscan algo, ve taadar Kailem..., y encuéntralo primero, tal vez así tengamos una oportunidad en esta guerra desvalida... —Empezó a toser sangre y vi el brillo de sus ojos partir a lo desconocido, me incliné con una señal de respeto y me despedí de ese bravo guerrero que hasta el final mantuvo una sonrisa, mientras que su corazón añoraba la seguridad de su rey.

—Que Tar te reciba en sus brazos, taadar Marbok —le ayudé a cerrar sus ojos sin vida y al pararme comprendí su mensaje..., realmente los esbirros elementales habían enloquecido, se mataban entre ellos agrupados por tipos, desataban con enervada furia todo lo que fuera distinto a su entorno, ni las bestias propias de esa tierra estaban exentos al caos, pero lo curioso era que mientras los esbirros de la magia se comportaban de manera caótica, los esbirros del poder cumplían un patrón de búsqueda, metódica y excesiva que iba barriendo el terreno desde la superficie y se encaminaba hacia el centro...

—Qué mejor lugar para ocultarse —susurré sin pensarlo y de inmediato me dirigí a una protuberancia en la tierra que vagamente se observaba en el horizonte y al levantar la mirada guiado por un reflejo de luz, encontré la espantosa experiencia de ver a los titanes elementales luchando detrás del cielo y una mórbida sensación recorrió mi cuerpo; el cielo estaba llorando, pero esas lágrimas eran la sangre combinada de los elementales, sentí gran nostalgia al ver a seres tan nobles en tan triste circunstancia, pero al no comprender el escenario completo, decidí respirar profundamente y continuar—: ¿Qué podrían estar buscando estos esbirros? —era la pregunta que se repetía constantemente en mi mente y cuya respuesta estaría próxima a ser revelada...

De pronto, los esbirros elementales dieron un giro de forma desmesurada y empezaron a emitir un sonido que se asemejaba al siseo entrecortado de una fuga de aire, de inmediato aceleraron la marcha en una dirección, en ese mismo momento una devastadora explosión sacudía la tierra, levantando escombros de rocas y dispersándolas en todas las direcciones; la onda del impacto fue tan grande que a pesar de la distancia la pude sentir y desde donde estaba fue como ver un volcán de rocas elevándose por los cielos..., ese lugar era un infierno, sentí mi corazón acelerarse por el estruendo y a su vez mi sangre vibraba mientras percibía una calidez conocida.

Mientras tanto, en el lugar de los estruendos, los antiguos enemigos blandían sus armas, mientras sus vidas conectadas les mostraban que siempre fueron solo uno y que por el error de absurdos prejuicios cegaron la fuente del crecimiento y la alianza; pero ahora juntos, el rey Baruk y Quetzal, observaban con asombro a la bestia despierta y por primera vez se tomaron de la mano ante el temor de ver todo perdido.

Drou'Rael había perdido la cordura y con ello el control incesante que ejercía para controlar a la bestia de la destrucción, que en realidad era. Las rocas que se elevaron por los cielos a causa de su primer golpe, empezaban a caer y cada impacto

sacudía los cimientos del suelo. El destructor miró lentamente todo a su alrededor y al ver a Baruk y Quetzel aún con vida, susurró: «Ra ñan ag» que en el antiguo dialecto de los hombres roca significaba «cráter», lo cual evocaba al peor tipo de muerte para esa tribu. Rugió con todas sus fuerzas sacudiendo el viento y paralizando a los vivos. Entonces volvió a lanzarse realizando una acometida que se podría asemejar al mismo apocalipsis. Quetzel y Baruk difícilmente lograron esquivar ese segundo impacto, el cual creó un cráter enorme en la tierra, esparciendo grandes cantidades de pedazos de roca de distintos tamaños por todas partes, siendo las más filudas y pequeñas las que causaron el mayor estrago.

Nuevamente las Tierras del Viento se conmocionaron ante el estallido de las rocas... Y el rey gélido, Baruk, por primera vez en toda su vida se sentía indefenso ante la abominación de la fuerza frente a él. La bestia volvió a rugir y el cielo empezó a temblar.

Baruk ante la impotencia buscó a Quetzel y la encontró atrapada entre las rocas y un temible escalofrío se apoderó de él, volteó raudamente y se encontró con los ojos de la bestia clavados en ella; intentó de todo por llamar su atención y desviarla de Quetzel, pero fue en vano..., el destructor avanzó sin desviar la mirada, Baruk empuñó el arma y se abalanzó ante Drou'Rael, pero su arma al impactar en la piel de la bestia se rompió, lo que era considerado imposible sucedió; el rey escarcha usó sus puños luego tratando de detener su avance, pero era como si la abominación no percibiera su existencia, y al estar frente a Quetzel volvió a rugir y el miedo que parecía extinto brotó en el corazón de la sacerdotisa y resbaló en forma de una lágrima ante lo inevitable... El destructor levantó los puños... Baruk gritó con fuerza... Quetzel cerró los ojos, y mientras el fatídico golpe empezaba la caída, el rey gélido se abalanzó sobre Quetzel, protegiéndola y abrazándola con todas sus fuerzas... A su vez susurrando con resignación: Vrail Moe... De igual forma Quetzel se despedía: Nia Aja'Las Baruk... De pronto el golpe se detuvo en medio camino y Quetzel vio como la cordura regresaba al destructor. La onda del impacto detenido creó una ola de viento a su alrededor, la cual atesoraba con pánico el momento de vida concedido, mientras que los suspiros retenidos ante la impresión buscaban desesperadamente el escape.

La mirada fría de Drou'Rael se posó en los ojos resignados de Quetzel y luego de contemplarlos durante un instante se irguió pensativo, observó a su alrededor con detenida calma y luego observó al rey Baruk, aún abrazando a Quetzel; de pronto el destructor empezó a reír y mientras lo hacía, agregó:

—Es la primera vez que al recuperar la cordura encuentro aún a seres con vida, deben ser muy afortunados o tal vez sus dioses realmente existen —los observó con mayor detenimiento—. No veo el espíritu de lucha ya en ustedes, es una pena que el impulso se les acabó, pero no los juzgo... —Giró mirando el horizonte, el cual ardía en todas las direcciones—. Esta guerra ya no me brinda placer, deberían también regresar con los pocos de su raza que aún quedan —luego los miró nuevamente, sus



espíritus están derrotados, matarlos no me daría placer.

Lentamente, el temible destructor empezó a alejarse y al fin las almas de los que juraban haber perdido el temor volvían a respirar, y con ello el llanto silencioso y amargo que se mezclaba con el candor del alivio se entrelazaban para gritar.

—Quetzel y Baruk se avergonzaron de descubrir la existencia de tanto temor en sus entrañas, pero al reconocerlo como parte de ellos, se volvieron más fuertes.

*«Al reprimir ciertas emociones y sensaciones engañamos al exterior, mostrando una o muchas máscaras para evitar así ser descubiertos. Pero de tanto reprimir para engañar, uno termina convirtiéndose en lo que no es y pierde la oportunidad de avanzar; valiente no es aquel que reprime, sino el que acepta su debilidad y la cambia».*

Quetzel y Baruk ya incapaces de levantarse, tanto por las heridas como por la emoción, solo pudieron rogar a Tar y al Dios de la Sangre que guiaran a los vivos de su pueblo ya sea hacia la victoria o simplemente al hogar. Y con una lágrima amarga, Quetzel susurró:

—Lo siento Kailem, ahora estás por tu cuenta.

Sus palabras fueron arrastradas por el viento y en medio del caos elemental, Kailem lo comprendió; pero ya era imposible regresar, la guerra de los esbirros elementales se acercaba.

\* \* \*

Es increíble, pero en medio del caos; guiado por la intuición, el azar y la referencia del taadar Marbok, un suave aroma a clavel y a rosa me guio a una cueva escondida entre la maleza y la tierra. Ya había sentido ese aroma delicioso antes, pero no lograba saber dónde, solo me daba cierta calma y también un poco de terror.

Muchos esbirros elementales ya rondaban la zona. Marbok tenía razón, los esbirros buscaban algo, me acerqué a la cueva cuando de pronto un suave rocío empezó a refrescar la tierra malherida; levanté la mirada y no pude ubicar nube alguna, pero al ver detrás del cielo, lo comprendí; la sangre de los elementales empezaba a pasar lo etéreo.

Nuevamente el aroma de flores llamó mi atención y guio mis pasos al interior de la cueva. Grande fue mi sorpresa al ver como esa pequeña entrada se abría de forma desmesurada dejando una gran amplitud en su interior; luego de unos pasos encontré unos charcos de agua que brillaban, al tocarlos pude sentir una textura pegajosa. Me preguntaba que podría ser y en ese preciso momento alguien respondió:

—Es sangre de los esbirros elementales —levanté la mirada y encontré el origen de la voz detrás de unas rocas—. No te acerques Kailem —agregó.

—¿O'da, qué sucede? —Respondí ante el pedido, al mismo tiempo dejé de avanzar y vi sangre con savia filtrándose entre las piedras—. Estás herida —dije, y empecé nuevamente a avanzar.

—Lo siento Kailem, no quiero que me veas así, por favor no te acerques —su voz cobijaba cierta culpa y vergüenza, sin embargo solo pude sentir cierto abandono antiguo, como cuando la conocí; entonces haciendo caso omiso me acerqué encontrándola recostada con graves heridas en todo su cuerpo, bella y corrupta a la vez.

Recuerdo que cerró los ojos e inclinó la cabeza, la pena y la vergüenza eran evidentes y lo comprendí, pues su palabra y sus promesas eran el valor de su espíritu y ella prometió a su pueblo no volver a usar lo prohibido, la maldición que adormece la voluntad de un desconocido convirtiéndolo en una herramienta de la obsesión individual.

—No te juzgo O'da..., lo comprendo —le dije, luego me incliné y empecé a tratar sus heridas; sin duda toda magia prohibida tiene consecuencias notorias y perceptibles, lo que veía era un terrible dolor en el cual no existía la queja, pero era evidente al ver las llagas profundas que se abrían en su piel.

—Kailem, pronto el manantial de la vida se abrirá, la sangre de los elementales es la llave... Cuando eso suceda, deberás ir a ese lugar junto con la semilla de mi raza.

Pude ver el pedido implícito en su mirada y solo atiné a responder:

—Iremos juntos O'da. —En ese instante un esbirro entraba a la cueva y empezaba a emitir un ruido estridente—. Primero debemos salir de aquí —le dije, mientras sujetaba las armas del justo.

En un instante la cueva empezó a plagarse de esbirros del poder. Criaturas poderosas y extrañas que guiadas por su instinto se dirigieron al montón de rocas, por donde se encontraba O'da. Prácticamente avanzaron cegados, pues empezaron a ignorarme y el resultado de su búsqueda se expresó en una emoción ruidosa, sin perder el tiempo se abalanzaron y su premura los llevó directamente al filo de mis espadas. Un nuevo grito retumbó no solo en la cueva, sino también en el exterior; los súbditos de los elementales voltearon con vehemencia al percibir mi presencia y pude comprender lo espantosos y temibles que podrían ser.

*«Defender y entregarse por el bien de otro puede parecer complicado, pero es el mayor estímulo para volverse imparable».*

Durante horas logré repeler a los esbirros, muchos cayeron ante las espadas de Siomac el justo, pero también en mi cuerpo ya se iban dibujando los estragos de la lucha. En eso O'da, cada vez más débil, susurró:

—Ya pronto llegan los refuerzos, aprovecha ese momento para escapar —la miré de reojo y asentí con la cabeza, ni bien terminaba de responder cuando un alboroto se sintió en el exterior; de inmediato pude ver la conmoción y supe que era nuestra oportunidad, corrí hacia O'da, la sujeté fuertemente en mis brazos y usando la agilidad del Kala Traps me dispuse a escapar. Los esbirros de la magia habían llegado y se entregaban al cruel destino para abrirnos paso al exterior. Cuando logramos salir me sorprendió ver que el suave rocío se había convertido en una lluvia de verano; y al mirar alrededor la terrible escena de la guerra regresaba, pero esta vez mostrando un

escenario casi irreal, pues cientos de miles de esbirros de ambos tipos plagaban el sagrado templo de las Tierras del Viento, la lluvia se precipitó con más fuerza y los relámpagos carentes de nubes alumbraron y traspasaron las dimensiones de lo etéreo, mostrando a los temibles elementales en un cruento escenario; no podía darme el lujo de detenerme, los esbirros del poder se abalanzaron sin tregua y otros eran detenidos por los de la magia. La huida llevó mis pasos cerca a unas ruinas antiguas, escapar ya no era posible. Coloqué a O'da al resguardo de una ruina y observé a lo lejos a los esbirros que lograron seguirnos el paso, sin embargo no llegaron a nosotros, pues una misteriosa fuerza los detuvo y empezaron a arder en medio de la lluvia. No muy lejos, las siluetas borrosas empezaron a tomar forma.

*«La obsesión es un capricho sin forma que algunos llaman amor».*

—Quédate aquí, le dije a O'da, mientras la dejaba en la protección de las ruinas, las cuales brindaban resguardo de la lluvia que iba en aumento. Me concentré en los recién llegados, no llevaban ningún tipo de estandarte ni símbolo que los identificara, pero había aprendido a ser cauteloso y más aún cuando la locura está a merced de los idealismos caóticos de la guerra; coloqué una mano cerca a las espadas, solo para evitar una indiscreción y ante el canto melodioso de la lluvia cayendo alrededor, esperé una muestra de la intención de los recién llegados, atinando a saludarlos con una suave reverencia.

Al encontrarnos más cerca vi con claridad como la silueta femenina de uno de ellos se sorprendía y frenaba abruptamente; mientras que el otro esbozaba una sonrisa de felicidad, torcida por el sadismo en sus ojos. En ese momento, la mayor de las emociones se mezcló con una duda que bordeaba a la ironía.

—Esta si es una verdadera sorpresa, Kai. No puedo creer que un caído esté aquí.  
—Se quitó la capucha que cubría su rostro y al mismo tiempo que mi corazón saltaba una voz retumbaba en mi ser.

—¿Mi ángel? —Será posible un sueño tan vívido; pensé, y el conflicto de emociones chocó ante la utopía hecha realidad—. Te estuve buscando todo este tiempo y ahora que te veo ya no sé qué es verdad —musité entrecortadamente mientras era presa del asombro.

—¿Cómo puedes estar aún vivo si caíste en el ardamis? —se empezó a reír—, realmente esto es absurdo.

—Te prometí que te encontraría y que juntos saldríamos de este infierno —le dije y pude sentir que había un abismo que nos separaba. Una idea que desgarró mi corazón cayó como el telón de un teatro.

Ranzor miró con desprecio a su alrededor y complacido del rostro confundido, agregó:

—Estúpidos caídos, son solo llaves para viajar entre dimensiones y son más efectivos cuando se sacrifican por una emoción; Bórea, ¿esta es la llave que te trajo de vuelta?, pero que esté aquí solo significa que mis hermanos los Tantros fallaron su misión, debe haber alguien de gran poder cerca... —Ranzor observó con

minuciosidad y abrió los ojos ante el hallazgo—. ¡Lo sabía! ¡La princesa Liliun! Esto será un gran regalo para nuestro lord —caminó de forma desinteresada, saboreando a la presa herida, pero en ese momento un fino movimiento con la espada lo obligó a retroceder. Y con terrible asombro cruzó la mirada con la del caído, el cual con una voz dura y desafiante, le advertía:

—¿¡A dónde crees que vas!? —El caído volvió a posar su mirada en Bórea y agregó—: Reconozco que vivimos de ilusiones y rogaba que esta fuera verdad, pues te busqué con sinceridad y te escuché en los momentos de mayor peligro, no comprendo por qué después de haberme salvado y enseñado, ahora, me ves como a un extraño; desde esta mínima distancia se siente un abismo mayor, solo te reconozco en lo físico —y mentalmente agregó: ¿Dónde quedó mi ángel añorado?!

—No sé a qué te refieres caído, estabas muerto cuando me fui y desde ese momento no he vuelto a saber nada de ti; soy una Yabel, jamás me mezclaría con una raza inferior —respondió Igni ya más incómoda—. Ranzor, mata a ese animal y continuemos... que la lluvia está aumentando y pronto se formará el manantial de la vida.

—Será un placer —respondió Ranzor, mientras desenvainaba su espada y de forma desafiante se acercaba—. Esto será sencillo —agregó.

El caído esbozó una sonrisa y Ranzor se detuvo precipitadamente.

—¿Qué fue eso? —susurró.

—¿Qué te detiene Ranzor? Es solo un caído, no es más fuerte que un ñak y hasta ese animal lo superaría.

—Lo sé Igni, pero hay algo extraño aquí.

La lluvia volvió a aumentar y los estruendos carentes de relámpagos retumbaron con fuerza, oscureciendo el cielo y formando un espejo que aclaraba la noche.

*«Cuando descubres que vives del recuerdo, anhelando un futuro inexistente; en ese momento la claridad se hace evidente en el presente, dejando la ilusión en el destello de lo inservible».*

Tal vez lo verdadero y lo falso se unieron en una parte del camino; mis ojos ven lo evidente y mi corazón busca lo inexistente, pero lo falso se disfraza de verdadero y muchas veces es lo evidente.

—Pensaba Kailem, mientras contemplaba a su antagonista.

El Tantro Ranzor, diestro en el combate se sorprendió al sentirse amenazado por el caído, entonces su orgullo pudo más que la precaución y lanzó un ataque certero que cortó y paralizó la caída del agua, pero su golpe erró en el objetivo y su impulso lo dejó a merced de lo inaceptable; sin embargo, Igni se percató del descuido y protegió a su compañero de la brutal puñalada que se acercaba y se horrorizó al ver la otra espada del caído que no vacilaba en su trayecto, logrando esquivarla al invocar la flama Yabel y mientras lograba dar un paso, atrás escuchó como las espadas de Ranzor retumbaban expandiendo una onda a causa del impacto. Igni trató de aprovechar el punto ciego de su adversario, pero se encontró con la sorpresa de que el

ataque continuaba, logrando esquivar nuevamente el sable el cual cambió de dirección repentinamente, chocando con vehemencia contra su arma afilada. Ranzor giró todo el cuerpo con la intención de ubicarse en una posición favorable, pero una espesa pared de rocas impidió la proeza, viéndose obligado a retroceder, volviendo a sentir la amenaza que se precipitaba con más fuerza a pesar del paso de alejamiento; Igni trató de invocar al fuego, sin embargo la presión ejercida por el incesante ataque hizo que el intento fuera vano y junto a Ranzor se dieron cuenta que regresaron a la posición original..., lejos del caído.

—¿Qué clase de criatura es esta? —susurró Ranzor, mientras recuperaba el aliento.

—Kai, ¿por qué no te unes a nosotros?, de esa forma estaremos juntos —sugirió Bórea cambiando el escenario del extraño encuentro y anhelando un respiro para recuperar el descuido de su desprecio.

—Mi ángel... Bórea, me confundes con alguien desesperado y yo te confundo con alguien anhelado, pero a quién busco aún no ha sido revelado; tú misma lo dijiste después del ardamis... Un ángel me guio, me alegra saber que no fuiste tú, por lo que mi búsqueda aún no ha acabado. —Kailem suspiró de forma silenciosa, de la misma manera que se sopla una herida para darle alivio, pero con la diferencia que el suspiro fue para aliviar el corazón.

La lluvia se convirtió en una tormenta y el suave velo que divide las realidades se empezó a romper, el estruendo se creó en el cielo y retumbó en la tierra, alumbrando con destellos de fuerza la convicción de los vivos.

Ranzor se mordió los labios con fuerza ante la inesperada humillación, pero comprendió que solo no podría atravesar el obstáculo; Igni llamó a los fuegos Yabel, los cuales evaporaron la lluvia que caía y alumbraron aún más la noche... Una antorcha de desesperanza en medio de la oscuridad.

—Debiste quedarte muerto Kai, ahora tendrás que experimentar el suplicio de morir quemado —amenazó Igni, al mismo tiempo Ranzor sonreía, pero inexplicablemente el caído se mantenía sereno en su posición, lo cual atormentaba a Ranzor.

*«La voluntad es el arma implacable que hace temblar las cimientos de cualquier condición».*

—Maldito caído, voy a destrozar tu arrogancia —bufó Ranzor ante la extraña seguridad de su contrario, el cual mantenía la mirada estática en un solo lugar.

—En ningún momento te he subestimado —respondió el caído sin retirar la mirada de Bórea quien empezaba a invocar un poderoso hechizo, el cual calcinaba hasta las piedras cercanas a ella.

—Has llegado lejos Kai, desconozco el origen de tu fuerza, pero el simple hecho de que me obligues a usar el fuego sagrado Yabel dice mucho de tu logro, pero hasta la fortuna se acaba cuando la ola de lava emprende el camino. Tal vez exista una época en la que mi raza se permita soñar, pero por ahora solo puedo arrebatarte el

sueño. ¡Rin tal frag! —Gritó dejando libre el poderoso conjuro, el cual se elevó desde el piso llevando al fuego junto a la tierra derretida, formando una espesa ola en dirección del caído; este a su vez observó por la comisura del párpado donde O'da yacía inconsciente, respiró con fuerza para luchar contra el pensamiento del abandono, sabía que era imposible detener la ola de magma que se acercaba y menos aún abandonar a la princesa a su suerte; tal vez un alivio de esta locura, con un último esfuerzo pensó, y concentrando toda su fuerza invocó alrededor de O'da el Teldoras Sidaré. El impacto del magma fue espantoso, y pronto la barrera de rocas empezó a derretirse cayendo al cuerpo desprotegido del caído. La princesa despertó solo para comprender que el fin libera de todo peso, a pesar de dejar un amargo sabor, y justo cuando la resignación empezaba a apoderarse de su corazón, la lava cesó y el caído empezó a brillar.

—Descansa O'da, tu fuerza será necesaria más adelante —susurró Kailem, mientras se abría paso entre los escombros; las heridas por la lava eran visibles, pero parecía no afectarle, entonces O'da se llenó también de fuerza y el cielo fue testigo del rugido de los elementales: Gorkán y Maúr, que retumbaron como relámpagos aumentando la tormenta. Igni y Ranzor sintieron un escalofrío macabro al ver que la capa de lava era removida desde su interior, incrédulos y extrañados se observaron, mientras que de los escombros el caído se levantaba.

—¿Cómo es posible? Gritó Ranzor ante el hecho inexplicable. Vociferó y maldijo, pero ni la ira de sus palabras pudo evitar su asombro. Igni retrocedió un paso y de inmediato se recuperó, observó con detenimiento tratando de entender como la simple carne se podía abrir paso ante el fuego destructor y sin encontrar respuesta se mordió los labios y por primera vez sintió cierta frustración, aunque también gran temor y finalmente susurró lo suficientemente fuerte como para ser escuchada:

—¿Cómo puedes estar vivo después de haber sido bañado por el «rin tal frag»?., nadie podría...

—Y es verdad, nadie podría solo —respondió el caído limpiando los escombros ardientes que aún persistían en él—, la diferencia es que no estoy solo y esa también es la base de mi poder. —Completó la respuesta al mismo tiempo que en su interior con todas las fuerzas de su corazón, agradecía: «Gracias... Noluc...».

—Kailem, los vientos nos vuelven a unir ya que nuestro vínculo jamás fue roto —respondió el antiguo semidiós. En ese preciso momento Igni comprendió lo sucedido.

—Ranzor, es tiempo de luchar sin reprensiones, que es probable que este ser sea más poderoso que un Tanro y hasta es probable que tenga que usar mi verdadera naturaleza. Bórea cambió de posición tras deslizarse con suavidad hacia la izquierda de su compañero.

—¡Te reconozco tras esa máscara Bórea Igni Yabel! —dijo con voz de trueno el Noluc al ver a los Tanros en posición de ataque, luego agregó dirigiéndose al caído —: ¡Kailem, las apariencias son el engaño del alma; no te contengas que lo que ves, ensucia lo que es! —Volvió a retumbar la voz del Noluc y su fuerza se transmitió al

caído.

—Gracias Noluc... Lo estaba olvidando.

*«Cuando dos energías opuestas se encuentran, nace la creación; cuando dos fuerzas distintas se encuentran, nace el cambio; cuando dos frecuencias adversas se unen, nace la armonía».*

La tierra tembló ante la energía que empezaba a fluir y de inmediato las garras de lo impreciso empezaron a tejer el manto del destino; la precipitación del cielo aumentaba con cada relámpago que no era más que la ira encontrada de los imponentes elementales y en la tierra los tres ejércitos sufrían ante la inclemencia de los esbirros, los cuales enloquecieron cuando Gorkán y Maúr perdieron la cordura.

*«Los esbirros elementales carecen de emociones, pero adoptan la voluntad de los que tienen orden en su palabra».*

Igni miró al cielo percatándose que el solsticio de Agnaruk empezaba a llegar a su cima y sabía que en ese momento las energías que unen el mundo se iban a mezclar concentrándose en las Tierras del Viento, lo cual a su vez abriría el milagro de la fuente de la vida, la cual corona con su don por setecientos años a su portador. Ansiado brebaje sagrado, forjado en lo más oscuro, pues la sangre de aquellos que codician es el regalo mezclado para la mayor ambición y toda ambición al encontrarse con un obstáculo se desespera en destruir.

—Ni siquiera un Noluc podría contra dos Tantrós, ya antes hemos eliminado a muchos de ustedes... Miserables servidores; ahora entiendo por qué ese caído pudo luchar a mi nivel —refunfuñó Ranzor, mientras limpiaba el sudor ya presente en su rostro—, todo este tiempo estuviste escondido, servidor del caído —se burló del Noluc, esperando sacar a flote la precoz irritabilidad de esa raza orgullosa, pero el efecto deseado nunca apareció.

—No Ranzor, ese Noluc recién apareció —corrigió Igni—. Pero entre los dos lo acabaremos.

Entonces Ranzor empezó a rugir como un león y la energía se hizo visible en su cuerpo y sin esperar descuido alguno, decidió abalanzarse con el don de las fieras en su interior y su ataque desgarró al viento, obligándolo a esparcirse con un denso zumbido; el caído esquivó con destreza la furia del Tantro, pero no desvió la mirada de Igni, quien empezaba a invocar nuevamente la ola de magma, entonces trató de abrirse paso, pero la fiereza de su antagonista, combinada con la ira, aumentó su fuerza y precisión; del mismo modo también su confianza, convirtiéndose en una pesadilla incansable. Ante la presión ejercida, el Noluc imbuyó de fuerza las espadas del caído y agilizó los movimientos de sus piernas al disminuir su peso y ante el frenesí desatado, el Kala Traps, se intensificó.

Las espadas aullaron ante la luz de la luna y su reflejo tras cada golpe fue guardado en el incesante aguacero. Igni invocó a los espíritus del fuego para darle más poder a su conjuro y ante la fuerza del mismo, todo su cuerpo se cubrió de llamas que crujían al derretir las lágrimas de dolor del firmamento y cuando las

espadas se separaron, la ola de magma se levantó; Ranzor sonrió con desprecio, mientras daba paso a la temible invocación, pero al mismo tiempo el caído también realizaba una media sonrisa, dejando escapar en un susurro el Teldoras Sidaré. Igni desenvainó su filuda daga y con un gesto indicó a Ranzor que se preparara para emboscar al caído si lograba sobrevivir y tal como lo esperaba, nuevamente el magma se empezó a mover, por lo que los dos Tantros se abalanzaron de inmediato y perforaron la tierra con la esperanza de destruir la carne que retenía sus pasos, retiraron la estocada y el sinsabor de no encontrar nada los horrorizó; al revisar a su alrededor, una silueta que se escabulló del ojo de Igni llegó cerca de Ranzor y antes de que ella pudiera proferir palabra alguna se escuchó: ¡Yum Koralta Teldora Arántica! Y de inmediato un destello verde impactó en Ranzor. Cuando el destello disminuyó, Ranzor cayó duramente en la lava petrificada por la lluvia y mientras su espíritu luchaba por no abandonar su cuerpo, la incredulidad se dibujaba en su rostro y tristemente ese sería el rostro del adiós, pero Igni no lo permitiría. Levantó el brazo y los espíritus del fuego entraron por la herida, cicatrizando el daño recibido y con ello un suspiro casi ahogado regresó a Ranzor, quien nuevamente se encontró vivo.

—No es tiempo para despedidas, Ranzor —dijo Igni incitándolo a levantar las armas nuevamente y él solo atinó a agradecer con toda su sinceridad:

—Gracias...

Kailem observó las ruinas en las que se encontraba O'da, parecía que todo estaba bien y dirigió la mirada hacia Igni y fue inevitable pensar que hubiera bondad tras esa máscara de crueldad y en la presencia de ese pensamiento, el Noluc advirtió:

—¡Cuidado Kailem! No bajas la guardia.

—Lo sé —respondió el caído, en ese preciso momento Igni fue cubierta por los aires de fuego y su verdadera naturaleza se fue dibujando como la danza del fuego ante el viento, y su daga se convirtió en una larga espada incandescente; la lluvia ayudaba a contemplar su figura, pero su presencia se empezó a sentir como una tormenta que amenazaba con destruir el horizonte. Ranzor trató de ponerse firme, pero el beso de la muerte todavía mantenía su aroma en él y sus rodillas se doblaron obligándolo a mantenerse en el piso. Igni, alzó la mirada.

—Te has vuelto muy fuerte Kai, no pensé que tendría que usar mi máximo poder para enfrentarte, provocas que el fuego arda nuevamente en mí y creas una incógnita en mi pecho, pues no sé qué clase de criatura he traído a este mundo —dijo, mientras tormentas de pensamientos los abordaban:

«Sombra que te alejas sin cesar, sombra que me pides un respiro, deja de hacerme soñar, pues luchar contra ti no puedo; maldito recuerdo, maldito desasosiego, capricho que late, no puedo evitar seguir amándote; sé que el tiempo se ha vuelto mi obsesión y la obsesión ya se mezcla con la realidad. ¿Qué debo hacer para enfrentarte? Luchar sin piedad, esparcir la sangre..., sabiendo que esas llagas no cicatrizarán jamás o dejar que tu flama me guíe al abandono, no... eso sería un insulto que no estoy dispuesto a realizar. Cómo se nublaron nuestros ojos para



traernos a este lugar, tal vez el sonido de nuestras armas lleven consigo al de nuestro corazón y así podamos despertar».

Pensaba el caído al ver la ironía de su gran anhelo convertido en mentira.

«Viento que te encuentras perdido a causa de una fantasía, cómo te debo mirar si el orgullo y la supervivencia es lo elegido, pues una mancha en lo decidido no podría cambiar; un beso he recibido, uno sincero al final, pero me he vuelto una mentira que difícilmente encontrará el sabor de la verdad. Una vida, un desgarró, que triste realidad; estar contigo hubiera sido un regalo, pero ya vez que el fuego no tolera lo irreal».

Pensó Bórea al ver al caído y ambos tragaron esa lágrima negra y se lanzaron al vituperio de la realidad.

Las armas danzaron como nunca al ser alcanzadas por el baño de luna y la tormenta se detuvo advirtiéndolo del presagio que pronto se mostraría.

O'da abrió los ojos, al mismo tiempo que los elementales Gorkán y Maúr volvían al silencio, pues el poder y la magia se habían drenado de sus venas, dejando la inanición de la tormenta.

Gorkán miró a su hermano recuperado y Maúr lloró pidiendo disculpas, pero las lágrimas no brotaron, pues los elementales se habían agotado; las Tierras del Viento temblaron y el manantial de la vida empezó a brotar.

Igni sabía que el pequeño manantial duraría lo mismo que el solsticio, pero cada vez sus fuerzas disminuían sin poder librarse del guerrero que se imponía y en ese trance del destino, los Ugur's y los Norf cantarían. «El fuego descubriría al fuego y el fuego lo acabaría». Y su cántico también evocaría a la profecía.

La extenuante batalla entre Kailem e Igni empezaba a mermar la fuerza de los golpes, y la fatiga era evidente en el respirar del caído y en la flama de la princesa Yabel, que lentamente también se iba extinguiendo; en ese momento, los vientos cálidos del amanecer empezaron a refrescar los cuerpos agotados, mientras susurraban que el manantial se había abierto.

La premura aceleró el embiste de las espadas y estas danzaron con elegancia hasta que el calor de las mismas las soldó, quedando cerca al misterio de la atracción y al cinismo de la guerra. Finalmente las palabras reprimidas, brotaron:

—En verdad pensé que estabas muerto.

—Te he buscado todo este tiempo.

—¿Cómo sobreviviste al ardamis?

—¿Dónde has estado?

En el fondo las respuestas no importaban, pues las miradas encontradas hablaban por sí solas, mientras se acercaban al fuego latente y desbordado de los labios; a su vez, los puños que sujetaban las espadas seguían luchando en lo incierto.

*«Paraíso encontrado en la sed del desierto, no hay mayor oasis que tu aliento».*

Ni las advertencias del Noluc evitaron el encuentro anhelado y mientras el amanecer se aclaraba y los corazones se envolvían; el graznido de un cuervo traía un

presagio, pues el lord del fuego había llegado y nadie lo había notado, no muy lejos el brillo inconfundible del manantial de la vida, al fin era revelado.

—Nada interferirá en mi victoria —gritó Zandar, mientras que el fuego negro atravesaba a los amantes descuidados, con una ráfaga de ambición no esperada.

*«La codicia no reconoce aliado, mucho menos a enemigos, pues existe sesgada en el anhelo desenfrenado y justificado por el deseo».*

Un grito amargo y silencioso hizo brotar las lágrimas de la princesa Liliun, que permaneció escondida; mientras que el cuerpo de Kailem caía y el de Bórea se convertía en cenizas.

El frenesí se apoderó de Zandar, quien con todas sus fuerzas volvió a gritar:

—¡He ganado! ¡Soy el emperador de este mundo! ¡Todos se inclinarán ante mí!  
—Empezó a festejar mientras se acercaba a la fuente de la vida, el tesoro que arrebató todas las vidas. En ese preciso momento una carcajada sádica se escuchó y el corazón del «emperador del fuego», retumbó.

—¿Quién podría imponerse ante un lord Yabel? —Susurró confiado de su poder. Las flamas negras ardían, pero la incertidumbre empezó a volverse locura y aceleró sus pasos hacia el manantial descubierto y al estar más cerca, cierto alivio regresó a su lado, para nuevamente ser perturbado por el embiste repentino de quien estuvo esperando su venganza añorada.

El alba mostró su tristeza y trató de alumbrar al odio oscuro con su suave luz, pero lo que la luz mostró fue el reflejo del averno y mientras las lágrimas de fuego rodaban en la tierra, otras cristalinas caían en el caído.

—¿O'da? ¿Por qué lloras? ¿Dónde está Bórea?

—La flama negra la arrastró a las sombras —respondió el Noluc—, lo siento Kailem, traté de protegerte pero las flamas negras te han alcanzado, ahora este cuerpo está corrupto y no durarás mucho en él.

—Comprendo, el alivio es una ironía; mi querida O'da, aún hay algo que puedo hacer por ti —el caído se sentó haciendo un gran esfuerzo, todo su cuerpo estaba quemado por las flamas negras aún persistentes, luego sujetó a O'da delicadamente por el contorno del rostro y le dio un beso en la frente. De inmediato la corrupción demoniaca en el cuerpo de O'da desapareció y la semilla custodiada en su puño se trasladó a su princesa.

—¿Qué has hecho Kailem? —los ojos de O'da se llenaron de lágrimas...

—Los Liliuns van a necesitar a su princesa, ahora la corrupción que brotó está en mí, no hay mayor diferencia. Escúchame Noluc, los Liliun son ahora tu pueblo, es mi voluntad que cuides a su princesa. Mi querida O'da, no olvides que el nombre de tu padre es la palabra perdida. Aún hay oportunidad... —Ni bien terminaba de hablar cuando el aliento que deja escapar al espíritu, escapó.

El Noluc selló con fuego el cuerpo del caído y se unió a O'da, luego agregó:

—No te preocupes princesa, su espíritu no se ha ido..., la corrupción lo llevó al reino de las sombras y de ese reino algunos encuentran retorno; no pensé volver a

sorprenderme otra vez.

—Kailem siempre ha sido una gran sorpresa —sollozó O'da, mientras limpiaba las lágrimas de sus mejillas, sé mi fuerza Noluc, que las mías ya no las encuentro.

—Puedes confiar, la voluntad de Kailem ahora también es la mía —en ese momento la luz que irradiaba al caído desapareció y O'da empezó a brillar.

El cuerpo dañado de O'da se movió con suavidad y con mucho sigilo se dirigió al manantial y la esperanza regresó a ella al ver las flamas negras luchando con vehemencia contra las flamas de luz.

—¿Cómo te atreves a interponerte en mi destino?! —se escuchó la rabia de Zandar y su rabia se encontró con un rostro complacido—. ¿Qué quieres? ¿Quién eres? —Volvió a balbucear ante la creciente incertidumbre.

—Solo busco venganza, soy Ormus el colérico, un hijo de la raza del sol que al fin clamará justicia. Y así como has arrebatado la esperanza de mi rostro, también yo arrebataré la tuya.

—No te reconozco, ¿justicia de qué?

Ormus sonrió.

—Grava este nombre, Ortel es el nombre de mi hijo, estoy seguro que jamás has escuchado hablar de él. Pero sé que reconoces a Sicar Sinderell. Esta agonía me ha ayudado a descifrar el amor indistinto que nace en los seres y tu mayor amor se irá junto al solsticio de Agnaruk. El amor al poder puede ser placentero para aquellos que ven consumirse a otros en él. ¿Qué se siente Zandar? Estar tan cerca de lo anhelado y a la vez tan lejos.

—¡Silencio criatura! Te vas a arrepentir por esta interferencia. ¡Igni-Arrus! —La celda negra invadió el espacio alrededor de Ormus y se cerró con violenta explosión dejando arder hasta al mismo aire; en ese momento Zandar sintió cierto alivio de la frustración que nació como una amenaza y empezó a reír desquiciadamente, cuando desde el fondo de la explosión la misma amenaza respondió:

—No lo comprendes aún, soy el terror de tus crímenes y no sabes cómo disfruto verte palidecer, he atormentado a muchos seres mediante el dolor, pero en tu caso solo con retenerte, resultará exquisito.

Zandar entendió la situación, se esforzó en controlar su corazón; pues era ya solo un último impedimento hacia el añorado poder, contempló con agudeza al hijo del sol, observó el gozo en su rostro y repudió el encuentro, naciendo en él un odio incontenible y con ello su temible poder se elevó; pero el fuego negro solo avivó la ira de Ormus, quien se abalanzó con todas sus fuerzas y los dos titanes sacudieron el cielo del cual llovió fuego. En ese momento O'da, a pesar de todas sus fuerzas y de ser impulsada por el Noluc, cayó al piso, pero continuó avanzando, arrastrándose. Zandar reconoció a la princesa de los Liliams y sintió un escalofrío, su descuido se marcó en su rostro y los puños de Ormus lo alcanzaron al fin. Zandar gimió por el impacto y la incertidumbre mezclada con la desesperación incendió su cuerpo, logrando expandir una onda de calor a gran escala, alejando a Ormus y aventando las

rocas, árboles y malezas del alrededor; O'da logró esquivar los escombros al utilizar sus últimas fuerzas, pero los retazos de fuego hicieron estragos en su espalda, respiró profundamente y continuó avanzando. Ormus rugió y su poder chocó nuevamente contra Zandar, quien intentaba desesperadamente deshacerse del hijo del sol y ante la frustración que aumentaba, volvió a lanzar una inmensa cantidad de energía, cuya temible ola de calor derritió hasta las rocas; entonces el Noluc brilló con todas sus fuerzas protegiendo a O'da. A su vez se escuchaba el grito descontrolado de Zandar, quien bordeaba la locura; Ormus aprovechó el desconcierto y sujetó a Zandar con fuerza, propinándole una temible golpiza, pero ante la frustración, a Zandar no pareció importarle, recuperándose de inmediato invocó al Igni-Arrus en varias direcciones, creando un estallido en cadena que desembocaría justamente en O'da, quien ya casi lograba llegar al sagrado manantial. Ormus se percató del peligro e interpuso su cuerpo para proteger a O'da, quedando bañado en sangre; pero hasta eso era tolerable solo para ver su venganza realizada, sonrió a pesar de las heridas y su furia aumentó hasta el borde de lo inimaginable; Zandar escupió sangre con fuego, había usado demasiado poder en ese último ataque y las consecuencias se hicieron visibles en sus entrañas, pero aun así la codicia, el temor y la frustración eran tan grandes que ante el anhelo surgió un pérfido olvido. O'da al fin llegó al manantial y Zandar se abalanzó con todas sus fuerzas para impedirlo, pero Ormus lo sujetó con vehemencia y el fuego se combinó en el mayor martirio.

—¡Hazlo ya! —gritó Ormus al no poder soportar la locura de Zandar, entonces O'da se dejó caer y sumergió su mano, aquella que protegía la semilla de su raza, y con lágrimas en los ojos y con el poco aliento que le quedaba, susurró:

—¡AZI-IK'S!

El cielo brilló como nunca y la semilla incrustada en su mano se deslizó a la profundidades del manantial y el rey roble volvió a nacer. O'da perdió la conciencia por lo agudo de las heridas y el agotamiento y Ormus rio a carcajadas mientras sus puños se grababan en la carne de Zandar, quien era incapaz de reaccionar. En medio del desconcierto, un ácido extraño cayó en el rostro de Ormus, obligándolo a retroceder; cuando recuperó la visión ya no encontró a Zandar, pero eso ya no importaba, pues no había mejor venganza que arrebatarle la victoria y dejarle vivir. Entonces Ormus se acercó al manantial en donde el gran árbol nacía, sujetó a O'da y dejando el fuego fluir empezó a curar sus heridas, pronto la princesa de los Liliums se recuperó y al abrir sus ojos sintió la calidez de la sombra que solo su padre era capaz de brindar.

—Hija mía, bienvenida... Contempla mi ciprés, los brotes están naciendo en este reino y los elementos han aprobado darnos su resguardo, todo lo que no pertenezca será transportado y cuando el solsticio termine, nosotros quedaremos en el cobijo de esta nueva dimensión.

—Padre... Kailem, ¿puedes traerlo?

—Su cuerpo permanecerá con nosotros y el tiempo lo curará, pero él me pidió

que te dijera: «Que no te preocuparas, que sintió a Ábreas y que regresará con él». Hija mía, el reino de las sombras es un misterio, pero si está activo, tal vez la guerra de los mil años de oscuridad volverá a empezar.

La música volvió a sonar y la vida brotó, los Liliums saltaron de alegría, la maldición había terminado, la conexión con la naturaleza se hizo más fuerte y pronto el pueblo renació.

No hay forma de expresar el amor de los Liliums para con su princesa, a quien todos saludaban con una reverencia; pero ahora también la misma reverencia era realizada en una piedra de ámbar, donde el cuerpo del caído se encontraba.

Los Norf susurrarían la profecía: «Cuando las sombras regresen, también lo hará el caído».

Y eso... es otra historia.



LUIS FELIPE CÁCERES VIZCARRA. Vive en el Perú, disfrutando de la simplicidad de la vida, pues descubrió que si aún estuviera tratando de resolverla se la estaría perdiendo.

Autor de las novelas: *El Ángel del Árbol* y *El Ángel del Árbol en las Tierras del Viento*, obras que logran danzar entre la ficción, la reflexión y el entretenimiento.

Además del poemario *Reflejos del Alba*, que es un regalo de poesía, pensamientos y fotografía.